



UNIVERSIDAD
DE ANTIOQUIA

Facultad de Comunicaciones y Filología

Prácticas sociales de la agricultura urbana en Colombia

EDITORAS

Paula Andrea Restrepo Hoyos

Carmen Cecilia Rivera Gómez

Solón Calero Cruz



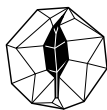
Red de
huerteros
Medellín



FOCO
Fondo Editorial

COMUNICACIONES

Prácticas sociales de la agricultura urbana en Colombia



Red de
huertos
Medellin



COMUNICACIONES

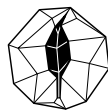
Prácticas sociales de la agricultura urbana en Colombia

Editores

Paula Andrea Restrepo Hoyos

Carmen Cecilia Rivera Gómez

Solón Calero Cruz



Red de
huertos
Medellín



Prácticas sociales de la agricultura urbana en Colombia

COLECCIÓN COMUNICACIONES

© Paula Andrea Restrepo Hoyos, Carmen Cecilia Rivera Gómez, Solón Calero Cruz

© Cristina Sandoval, Ana Paula García García, Jenny Faisury Peña Varón, Sara Rankin Cortázar, María Isabel Correa Espinosa, Guillermo Silva Pérez, Kelly Manosalva Fajardo, Alexander Luna, Nathaly Jiménez Reinales, Abner Ortiz Canamejoy, Ángel Gustavo Rivera, David Carvajal Guerrero, Marilyn Olinda Acero Zapata, Eduard Beltrán.

© Fondo Editorial Facultad de Comunicaciones y Filología, Universidad de Antioquia

ISBN: 978-628-7652-25-5

ISBNe: 978-628-7652-26-2

DOI: 10.17533/978-628-7652-25-5

Dirección editorial: Juan Fernando Táborda Sánchez

Comité editorial: Alba Shirley Tamayo Arango, Mauricio Naranjo Restrepo, Andrés Vergara Aguirre, Juan Fernando Táborda Sánchez

Editores asistentes: Jineth Ardila, Christian Benavides Martínez, Juan Felipe Varela García

Diseño y diagramación: Yon Leider Restrepo Monsalve

Primera edición: septiembre de 2023

Impresión y terminación: Publicaciones VID

Septiembre de 2023, 300 ejemplares

Impreso y hecho en Colombia. Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio o con cualquier propósito sin la autorización escrita del Fondo Editorial de la Facultad de Comunicaciones y Filología de la Universidad de Antioquia. Contacto: foco@udea.edu.co, (574) 219 59 26, Calle 67 No. 53 - 108, Medellín, Colombia.

Las imágenes incluidas en esta obra se reproducen con fines educativos y académicos, de conformidad con lo dispuesto en los artículos 31-43 del capítulo III de la Ley 23 de 1982 sobre derechos de autor.

El contenido, las opiniones y el estilo de cada capítulo corresponden al derecho de expresión de los autores y no comprometen el pensamiento institucional de la Universidad de Antioquia ni desata su responsabilidad frente a terceros. Los autores asumen la responsabilidad por los derechos de autor de las fuentes citadas.

LC: S494.5.U72
CDD: 635.0286 ed. 23

Prácticas sociales de la agricultura urbana en Colombia / editoras: Paula Andrea Restrepo Hoyos, Carmen Cecilia Rivera Gómez y Solón Calero Cruz; autores: Cristina Sandoval...[y trece más]. -- Primera edición. -- Medellín : FOCO. Fondo Editorial; Red de Huertos Medellín, 2023.

210 páginas : gráficas, mapas y fotografías.

ISBN: 978-628-7652-25-5

ISBNe: 978-628-7652-26-2

1. Agricultura urbana - Aspectos sociales - Colombia. 2. Economía urbana. I. Restrepo Hoyos, Paula Andrea, editora. II. Rivera Gómez, Carmen Cecilia, editora. III. Calero Cruz, Solón, editor. IV. Sandoval, Cristina, Autora. V. García García, Ana Paula, autora. VI. Peña Varón, Jenny Faisury, autora. VII. Rankin Cortázar, Sara, autora. VIII. Correa Espinoza, María Isabel, autora. IX. Silva Pérez, Guillermo, autor. X. Manosalva Fajardo, Kelly, autora. XI. Luna, Alexander, autor. XII. Jiménez Reinales, Nathaly, autora. XIII. Ortiz Canamejoy, Abner, autor. XIV. Rivera, Ángel Gustavo, autor. XV. Carvajal Guerrero, David, autor. XVI. Acero Zapata, Marilyn Olinda, autora. XVII. Beltrán, Eduard.

Catalogación en publicación de la Biblioteca Carlos Gaviria Díaz



**UNIVERSIDAD
DE ANTIOQUIA**
Facultad de Comunicaciones y Filología

Sumario

- 7 **Prólogo**
Comida, ambiente y sociedad
Sandra Valenzuela
- 11 **Ciudades urbano-agrarias. A modo de introducción**
Paula Andrea Restrepo Hoyos, Carmen Cecilia Rivera Gómez
y Solón Calero Cruz

Primera parte

Reflexiones sobre prácticas e interacciones sociales en la agricultura urbana

- 21 **Redes comunicacionales de la agricultura urbana en Medellín**
Paula Andrea Restrepo Hoyos y Cristina Sandoval
- 43 **Soberanía alimentaria: acciones y sentidos para la construcción de nuevos sujetos**
Carmen Cecilia Rivera Gómez y Solón Calero Cruz
- 65 **De la huerta a lo social: huertas urbanas como medio de apropiación territorial**
Ana Paula García García
- 79 **La agricultura urbana como estrategia comunitaria de bienestar en Cali: pedagogía curativa y terapia social, curando a través de la tierra**
Jenny Faisury Peña Varón, Sara Rankin Cortázar
- 99 **Acciones políticas en torno a la Paca Digestora Silva**
María Isabel Correa Espinosa, Guillermo Silva Pérez
- 121 **Nosotras en las huertas**
Kelly Manosalva Fajardo, Guillermo Silva Pérez

Segunda parte

Narrativas huerteras

- 139 Introducción**
- 143 Llegué para quedarme. La paca digestora Silva en Bogotá**
Nathaly Jiménez Reinales
- 155 Abner Ortiz Canamejoy, Putumayo**
- 163 Eduard Beltrán, Cundinamarca, Bogotá y Quibdó**
- 173 Marilyn Olinda Acero Zapata, Jamundí**
- 181 David Carvajal Guerrero, Santander**
- 191 Alexander Luna , Santander**
- 201 Ángel Gustavo Rivera, Villavicencio**

Prólogo

Comida, ambiente y sociedad

Colombia ha tenido una profunda transformación en su historia reciente. Durante el último siglo, el país pasó de ser predominantemente rural a tener la mayor parte de su población concentrada en grandes centros urbanos. Hasta la década de 1930 la densidad poblacional era relativamente baja, la mayoría de las ciudades eran pequeñas y estaban escasamente interconectadas. En 1938 menos de la mitad de la población del país era urbana y ya en 1993 apenas el 30% vivía en la zona rural. En un rápido proceso de urbanización, las ciudades colombianas se expandieron y a partir de entonces las capitales fueron los centros donde se desarrolló la mayor parte de las actividades económicas, sociales y político-administrativas del país.

Este pasado rural relativamente reciente aún se evidencia en las ciudades colombianas, en múltiples rezagos de costumbres heredadas de las dinámicas campesinas propias de cada región. La forma en la que hablamos, lo que comemos, cómo nos vestimos y muchas otras cosas propias de la identidad de cada ciudad tienen origen en el pasado rural y en las migraciones que se dieron en los territorios en los que hoy se ubican los centros urbanos, y en gran medida se mantienen gracias a las relaciones que persisten entre los dos ámbitos a través de la producción y el consumo de alimentos. Al mismo tiempo, las ciudades y su



Sandra Valenzuela
Directora WWF Colombia

crecimiento parecen haber marcado el ritmo de transformación de la agricultura. La demanda desmedida de alimentos por parte de las grandes ciudades hizo masivo el uso de fertilizantes y agroquímicos que posibilitaban producir cada vez más a la velocidad en la que crecía la población urbana y su demanda de alimentos.

Sin embargo, y a pesar de esta relación de dependencia, el crecimiento progresivo de las ciudades alejó paulatinamente a sus pobladores de esa ruralidad que los abastece de comida. Somos cada vez menos conscientes del origen de los alimentos que consumimos y de las dinámicas y dificultades que afrontan quienes los producen. Muchos siguen convencidos de que las zonas rurales son la gran despensa de las ciudades y que podemos encontrar en ellas de todo en cualquier época de año.

Esta demanda desmedida pone cada vez más en riesgo la resiliencia del suelo y su capacidad de proveer alimentos, así como a los ecosistemas naturales que necesitamos que permanezcan libres de cultivos para que, entre muchas otras cosas, puedan seguir proveyendo servicios ecosistémicos como el agua y la energía que requerimos todos. Si, por ejemplo, todos los páramos del país se convirtieran en cultivos de papa y cebolla por la alta demanda de alimentos, nos quedaríamos sin agua, pues en Colombia más del 70% de la población se abastece de agua potable que proviene de algún páramo.

Por otra parte, el uso de agroquímicos para acelerar la producción de comida ha desgastado el suelo a tal punto que tierras que fueron productivas hace un tiempo empiezan a dar cosechas insuficientes aun aplicando agroinsumos, por lo cual la frontera agrícola se amplía y cada día más áreas de selvas, bosques y páramos son convertidas en sistemas de producción agrícola y pecuaria, poniendo a su vez en riesgo el abastecimiento de agua y comida para las ciudades y su creciente población, lo que es, a todas luces, un modelo insostenible. Este dilema pone a las ciudades en el centro de un triple desafío: el cambio climático, la insuficiencia de alimentos y la pérdida de biodiversidad, ya que de las demandas de sus habitantes dependerá el rumbo que tomen estos tres aspectos.

Se calcula que para el año 2050 la población global será de alrededor de nueve mil millones, concentrada principalmente en grandes centros

urbanos. Esto presupone un aumento aún mayor de la demanda de recursos, especialmente de alimentos. Y si bien las revoluciones agrícolas del pasado permitieron alimentar a más personas, el costo que representaron en términos de afectaciones a los ecosistemas, los medios de vida, la vida silvestre, el agua y la estabilidad del clima hace irreplicable la experiencia sin comprometer la viabilidad planetaria en un futuro próximo.

Esta presunción lleva a pensar en el rol actual y futuro que tienen las ciudades no solo en la demanda de alimentos y la necesidad de transformar los hábitos masivos de consumo, sino en las oportunidades que ofrece la agricultura urbana en la producción de alimentos, de tal forma que se logre satisfacer las necesidades alimenticias reduciendo a su vez el impacto ambiental, energético y ecológico de la sobrepoblación, como se discute en este libro.

Prácticas sociales de la agricultura urbana en Colombia hace un recorrido desde lo teórico-conceptual hasta las vivencias cotidianas de distintos actores urbanos que han decidido abordar este dilema. El libro permite entender cómo la agricultura urbana tiene un rol que va más allá de la producción de alimentos: hace parte de un movimiento social, reconociéndola como una red comunicacional de acciones y discursos que conecta la ciudad, su gente y sus conflictos. Es así como se admite en el texto que “los agricultores urbanos no solamente tienen que ver con la alimentación en términos de producción, sino también con la posibilidad de vivir la ciudad desde diversas interacciones comunicativas en el orden de lo sensorial, cognitivo, recreacional, político, estético y ambiental” (p. 15); y esto solo se logra, como sugieren los editores de este libro, en un contexto de cooperación.

Un movimiento social de esta naturaleza persigue objetivos que responden no solo a la búsqueda de comida saludable, sino también al rescate de la cultura y las costumbres locales de origen campesino, la conexión de las personas alrededor de una motivación de sostenibilidad de su territorio, el fortalecimiento del trabajo en equipo, la cohesión social local y la generación de resistencia a las imposiciones globales respecto a las dietas que ponen en riesgo la salud y el bienestar, bajo la premisa de un falso desarrollo mediante el uso de semillas transgénicas y fertilizantes del suelo en la agricultura y la ganadería.

Este libro es, por lo tanto, una invitación a la desterritorialización y a la apropiación del espacio urbano; a la redefinición de la forma en la que nos relacionamos con el planeta, con el suelo y lo que este nos provee; a la reevaluación de nuestra noción de consumo, salud y bienestar, y a reconocer también cómo el rol de las mujeres en esta toma de conciencia del autocuidado es determinante y fundamental, pues son ellas las que a través del tiempo han tenido mayor participación en el cuidado de familias y poblaciones. Este comportamiento hay que resaltarlo y expandirlo a ciudades y territorios, ya que si no cuidamos del planeta, nadie cuidará de nosotros.

Las ciudades y sus habitantes están inmersos en la crisis global, y este libro muestra diversos ejemplos de cómo en Colombia los centros urbanos pueden aportar a su solución en lugar de contribuir a aumentarla. Un movimiento social ligado a la producción de alimentos permite acercar a los ciudadanos a entender estos problemas y a tener más empatía con los habitantes rurales y con los procesos de producción limpia. Entendiendo mejor las dificultades de la ruralidad, los habitantes de las zonas urbanas podemos tener la autodeterminación de ser conscientes del impacto que generamos con nuestros hábitos y demandas, y de la huella que resulta de nuestras elecciones. Consumir productos locales, por ejemplo, no es solo apoyar a alguien cercano a ganarse la vida, sino también contribuir a la menor generación de emisiones del transporte de alimentos cosechados muy lejos. Se trata, en suma, de cuidar de nosotros mismos mientras cuidamos el planeta y reducimos el impacto que genera nuestro efímero paso por la Tierra.

Ciudades urbano-agrarias

A modo de introducción

Ciudad y agricultura han tenido desde siempre una relación estrecha. Lo que se ha ido transformando a lo largo del tiempo y que ha sido reconocido por diversos investigadores es el tipo de vínculo que se ha dado. ¿Fue necesario tener una agricultura de gran escala bien establecida para que se formaran esos conglomerados de personas, espacios y actividades que ahora llamamos ciudades? ¿O acaso fue necesario un tipo de organización cohesionada alrededor de un espacio para que la agricultura tuviera lugar? Sea como sea, lo cierto es que esa actividad que ahora relacionamos con las áreas rurales tuvo su origen en articulación con el inicio de las ciudades. De acuerdo con la concepción más difundida, la agricultura fue el antecedente necesario para el surgimiento de la ciudad. Según Soja (2008), las primeras ciudades, la agricultura a gran escala y la cría de animales surgieron al mismo tiempo; o tal vez las ciudades hayan surgido un poco antes, dándole un empuje a la domesticación de plantas y animales. Esta reflexión lleva al autor a hablar de sociedades urbano-agrarias (Soja, 2008); de acuerdo con esta tesis, la ciudad habría dado origen a las aldeas agrícolas, la vida rural y el campesinado, y más tarde a la escritura y al Estado. Esta historia resulta paradójica, dado que la ciudad se ha convertido en un

■
Paula Andrea

Restrepo Hoyos

Grupo de investigación
Comunicación, Periodismo
y Sociedad. Facultad de Co-
municaciones y Filología.
Universidad de Antioquia
Red de Huerteros Medellín.
paula.restrepo@udea.edu.co

Carmen Cecilia

Rivera Gómez

Investigadora
independiente.
odoros13@gmail.com

Solón Calero Cruz

Docente-investigador
Universidad Autónoma
de Occidente. Facultad de
Comunicación, Periodismo
y Medios Digitales.
sacalero@uao.edu.co

espacio que al mismo tiempo necesita y niega la agricultura, y su impulso creativo e innovador sigue dictando las transformaciones sociales que se dan en el resto del planeta.

Las ciudades y su crecimiento parecen estar marcando el ritmo de transformación de la agricultura, al menos eso se entiende cuando uno de los principales argumentos esgrimidos para justificar el crecimiento de la agroindustria, incluida la industria de la privatización de las semillas, es que la agricultura tradicional no podría alimentar un mundo con un ritmo de crecimiento como el nuestro, donde más del 60% de la población mundial vive en ciudades. Pero realmente es el capitalismo el que marca su ritmo de crecimiento y transformación, y la relación capitalismo, ciudad y agricultura se ha convertido en un arma mortal para la humanidad.

Si bien la ciudad ha tenido un papel importante en las transformaciones que nos ponen en escenarios de muerte, es también un espacio en el que se lucha por instalar la vida. Tal como afirma Soja (2008) “Desde el principio, las ciudades son consideradas como centros de innovación, lugares donde la proximidad densa y la copresencia interdependiente constituyen importantes rasgos modeladores de la vida cotidiana, del desarrollo humano y de la continuidad social” (p. 60).

A partir de esta capacidad de las ciudades, sus habitantes y muchos colectivos urbanos están luchando por transformar la espacialidad en un intento por apropiarse de su potencial de creación y transformación. Algunos intelectuales, especialmente aquellos que vienen de la vertiente decolonial, plantean que la ciudad es incapaz de combatir los desastres que dejan la modernidad y el capitalismo a su paso; en oposición a esta idea, otros han creído en el poder emancipador de los habitantes urbanos. En este escenario, la agricultura urbana parece ser una herramienta con múltiples usos.

Académicos, organizaciones y colectivos se han interesado en el poder transformador que tiene la agricultura urbana desde diferentes perspectivas. En primer lugar están quienes ven en esta práctica una opción, generalmente con el apoyo de los gobiernos locales, para buscar paliar el hambre y resolver problemas relacionados con la pobreza urbana. Están también aquellos que la ven como un espacio multifuncional destinado no solo a la

producción de alimentos, sino también a la construcción de beneficios ecológicos, sociales y políticos. Y finalmente hay quienes ven con ojos críticos el entendimiento de la agricultura urbana solo como instrumento del desarrollo sostenible y las políticas públicas, sin cuestionar el sistema neoliberal, y abogan por una práctica que sea crítica con el sistema actual, además de trabajar en pos de su transformación.

En este libro encontraremos huellas de estas tres perspectivas con diferentes matices. En la primera parte, “Reflexiones sobre prácticas e interacciones sociales en la agricultura urbana”, tenemos una colección de artículos académicos que dan cuenta de diferentes procesos de investigación centrados en Medellín, Cali y Bogotá. Y en la segunda parte, “Narrativas huerteras”, se relata una serie de experiencias en primera persona por sus protagonistas de Villavicencio, Jamundí, Putumayo, Bogotá, Santander, Cota y Quibdó.

Los editores académicos de este libro decidimos emprender esta tarea mientras estábamos trabajando en dos proyectos de investigación relacionados con la agricultura urbana en Medellín y Cali, ambos desde la perspectiva de la comunicación. Aunque nuestra intención desde el principio de comprender el estado actual de las prácticas sociales que circundan la agricultura urbana, después de la primera convocatoria nos encontramos con que todos los artículos que nos habían llegado eran de Medellín, Cali y Bogotá, las tres principales ciudades colombianas. Por nuestra vinculación con colectivos de base relacionados con el tema, como la Red de Huerteros Medellín, sabíamos que esta práctica no se restringía a estos tres lugares. Que no recibiéramos propuestas de capítulos de otros lugares no quería decir que no existiera allí la agricultura urbana, solo que tales experiencias no habían sido investigadas por académicos. Emprendimos entonces la tarea de buscarlas a través de redes sociales y por conexión directa con algunos amigos y conocidos, con el fin de realizar las entrevistas que luego se convirtieron en la segunda mitad de este libro.

Nuestro principal interés al editar este libro fue comprender y resaltar la importancia de las iniciativas relacionadas con el contexto de la crisis ambiental en la que nos encontramos; importancia que deriva no solo

de la producción de alimentos para el autoconsumo, sino también de la conciencia ecológica que puede despertar y de los valores agregados de bienestar y solidaridad que esta práctica conlleva. Como muchos de los artículos enfatizan, sembrar y recolectar conectan a los seres humanos entre sí y con todos los otros seres vivos con los que habitan, lo que fomenta el cuidado mutuo y el acercamiento a la naturaleza tanto tiempo proscrita; desarrollan además la observación y la sensibilidad para percibir los cambios en el proceso de vida que entraña cada huerta. El asombro empieza a hacer parte de las herramientas de los huerteros y gestiona nuevas formas de liderazgo y participación que fortalecen la autonomía. Vista así, la agricultura urbana sobrepasa lo meramente funcional para ser parte de la calidad de vida que buscamos.

Este libro presenta dos aproximaciones diferentes al tema de la agricultura urbana. En “Reflexiones sobre prácticas e interacciones sociales en la agricultura urbana” se intenta comprender estas prácticas a partir de la recopilación de resultados de diferentes investigaciones en ciencias sociales, la mayoría de ellas en comunicación. En “Narrativas huerteras” otorga la voz a distintos huerteros que han promovido cierto activismo con el propósito de fortalecer la autonomía y la soberanía alimentaria. Es este un intento por hacer explícita la presencia de los diferentes conocimientos en el ámbito que nos acoge.

En la primera parte, el hilo conductor de los textos es la noción de *tejido social*, en la medida en que los capítulos tienen su foco puesto en la acción de la agricultura urbana sobre los vínculos comunitarios. Teniendo en cuenta este señalamiento, presentamos una síntesis de cada capítulo.

“Redes comunicacionales de la agricultura urbana en Medellín”, de Paula Restrepo y Cristina Sandoval, es el resultado de un proyecto de investigación de largo alcance que se ha preocupado primordialmente por sistematizar y comprender las diversas acciones que acontecen en la agricultura urbana de Medellín. Se hace evidente en este trabajo que tanto los discursos como las acciones alrededor de la agricultura urbana son una estrategia política y comunicativa para asumir problemas inaplazables de las ciudades del planeta, entre ellos la soberanía alimentaria, la crisis civilizatoria y la crisis

ambiental y climática. Desde esta perspectiva, las autoras nos muestran cómo se construye tejido social cuando la producción y el consumo de comida son resignificados por los ciudadanos desde una perspectiva ambiental y sustentable, lo que permite restablecer, por ejemplo, conexiones conscientes entre lo rural y urbano. También se reconoce que el arduo trabajo realizado por los agricultores urbanos no solamente tienen que ver con la alimentación en términos de producción, sino también con la posibilidad de vivir la ciudad desde diversas interacciones comunicativas en el orden de lo sensorial, cognitivo, recreacional, político, estético y ambiental; y esto solo se logra, de acuerdo con las autoras, en un contexto de cooperación.

En “Soberanía alimentaria: acciones y sentidos para la construcción de nuevos sujetos”, Carmen Cecilia Rivera y Solón Calero exploran la producción de subjetividades entre personas involucradas en experiencias relacionadas con la soberanía alimentaria en la ciudad de Cali y su zona periurbana. Esas experiencias pueden ser bien de consumo, intermediación o producción, o bien de activismo incidental, pero en todas ellas los sujetos se ven envueltos en procesos de transformación mediados por la soberanía alimentaria hacia modelos alternativos a los del mundo actual. Los autores además resaltan el papel que cumple la comunicación en sus diferentes transacciones, lo que da pie a la resolución de problemas comunes y la negociación de diferencias de poder.

En “De la huerta a lo social: huertas urbanas como medio de apropiación territorial”, Ana Paula García hace referencia a una investigación sobre la posibilidad de reconstruir el tejido social y reterritorializar el espacio mediante las prácticas de la agricultura urbana, teniendo en cuenta el estado crítico del contexto ambiental actual, agudizado por el uso de semillas transgénicas en la agricultura y la noción de progreso al margen de la naturaleza. El trabajo de campo para este estudio se llevó a cabo en seis huertas comunitarias de la ciudad de Bogotá, seleccionadas mediante el muestreo de máxima variación, con el fin de abarcar las diferentes condiciones físicas y sociales de la ciudad. Entre las conclusiones se resalta la multifuncionalidad de las huertas que va más allá del ámbito social para

reapropiar los espacios y los saberes, estableciendo vínculos entre personas de diferentes procedencias.

En “La agricultura urbana como estrategia comunitaria de bienestar en Cali: pedagogía curativa y terapia social, curando a través de la tierra”, Jenny Peña y Sara Rankin discuten la relación entre agricultura y bienestar a partir del análisis de dos experiencias centradas en atender a personas con necesidades o capacidades especiales. Estas prácticas agrícolas buscan fortalecer el trabajo en equipo y la cohesión social, y generar resistencia a las imposiciones globales respecto a las dietas que ponen en riesgo la salud.

De manera categórica, el texto “Acciones políticas en torno a la paca digestora de residuos orgánicos” nos demostrará que las pacas digestoras son una tecnología política que en la praxis social permite comprender, gestionar y preservar la estabilidad y continuidad del bien común en la ciudad. Esta concepción de la agricultura urbana no solamente ayuda a deconstruir la noción de lo *político*, sino también a proponer otras maneras de encarnar la acción política a través de la organización, autogestión y soberanía comunitaria. Para capturar esta innovadora manera de asumir lo político, los autores de este texto, María Isabel Correa y Guillermo Silva, nos presentan experiencias específicas con pacas digestoras Silva, de las que brotan ejercicios de autorreflexividad por parte de los ciudadanos, y señalan que los discursos y acciones de estos ciudadanos estimulan el establecimiento de redes de relaciones entre diversos estamentos y actores sociales, incluidos los gubernamentales, las cuales propician la construcción de políticas públicas alrededor de la gestión ambiental de los residuos orgánicos en el casco urbano.

En el texto titulado “Nosotras en las huertas”, de Kelly Manosalva Fajardo, las protagonistas son tres huertas de Medellín cuyo propósito es recomponer los lazos sociales. La intención del análisis se centró en comprender la configuración de estos espacios con base en sus relaciones comunales, lo que motivó a su autora a reflexionar sobre “los sentidos de lugar, la comunalidad y las huertas como espacios de esperanza” (p. 122). Uno de los resultados más contundentes de este estudio se refiere al papel de las mujeres y hombres en las huertas; mientras ellas se dedicaban sobre todo a las

labores de cuidado, los hombres asumían roles de liderazgo para impulsar y guiar las acciones. Se destaca la función de los hombres como motivadora de los encuentros no solo entre los integrantes de las huertas, sino también entre estos y otros actores e iniciativas.

Referencias bibliográficas

Soja, E. (2008). *Posmetrópolis, estudios críticos sobre las ciudades y las regiones*. Traficantes de Sueños.

Primera parte

Reflexiones

sobre prácticas e interacciones sociales
en la agricultura urbana

Redes comunicacionales de la agricultura urbana en Medellín

Introducción

En este capítulo se da cuenta de los principales hallazgos y reflexiones de la investigación “Prácticas comunicativas de la agricultura urbana en Medellín: tejido social, territorio y saberes”,¹ que hemos expuesto anteriormente en videos, *podcasts* y documentos de apropiación social del conocimiento, material que puede ser consultado en las páginas de la Red de Huerteros de Medellín (RHM) y de la Universidad Popular Ambiental (UPA).

De acuerdo con el Departamento de Asuntos Económicos y Sociales de las Naciones Unidas, la población urbana mundial ha venido creciendo de manera acelerada desde hace un siglo y se cree que para el 2030 aproximadamente dos tercios de la población vivirá en las ciudades. En el último siglo la proporción de habitantes urbanos aumentó del 15 %

¹ Esta investigación fue financiada por la convocatoria programática CODI de 2016. Proyecto 2016-12689. Nace como una iniciativa de la Red de Huerteros Medellín (RHM) en asocio con la Universidad de Antioquia, la Universidad Autónoma de Occidente de Cali y la Universidad Javeriana de Bogotá, además del apoyo de la Red de Casas de la Cultura, teatros, UVA y laboratorios de producción sonora (Red CATUL) de la Secretaría de Cultura de Medellín.

■
Paula Andrea

Restrepo Hoyos

Grupo de investigación Comunicación, Periodismo y Sociedad. Facultad de Comunicaciones y Filología. Universidad de Antioquia Red de Huerteros Medellín. paula.restrepo@udea.edu.co

Cristina Sandoval

Red de Huerteros Medellín.
c.sandovalarango@gmail.com

al 50%. Esto no significa que la urbanización sea el destino inevitable de la humanidad ni tampoco el más deseable, sino que por razones históricas y complejas relaciones de poder, la urbanización viene imponiéndose como modelo de civilidad a la vez que otros estilos de vida siguen siendo desacreditados (Leff, 2001). En consecuencia, las ciudades son cada vez más grandes, lo que implica serios problemas ambientales. Esto ha hecho pensar que la agricultura urbana (AU) podría contribuir a paliar el impacto ecológico de la urbanización y satisfacer parte de las necesidades alimenticias, reduciendo al mismo tiempo el gasto energético y, en consecuencia, el impacto medioambiental de la sobrepoblación (Altieri y Toledo, 2011).

La AU es una actividad que busca aprovechar los espacios de las ciudades con diferentes fines mediados por actividades agrícolas y pecuarias. Sin embargo, esta no solo tiene la finalidad de producir alimento, pues además genera espacios de reflexión política y ecopolítica, aprendizaje, articulación social y momentos de ocio. En el ámbito de América Latina la AU se ha desarrollado desde al menos tres enfoques. El más conocido es enmarcado por el caso de Cuba, donde las autoridades estatales han visto en esta práctica una opción económica de autoabastecimiento, por lo que estas iniciativas provienen del Estado central mediante la instauración de proyectos o políticas públicas que buscan impactar nacionalmente, y que logran enfrentar tanto el hambre como los problemas ambientales. Otro modelo está presente en ciudades como Bogotá, Caracas o Buenos Aires, donde diferentes políticas de las administraciones locales gestionan proyectos tendientes a paliar los problemas de la pobreza. Un tercer enfoque es el de las comunidades de base que, sin políticas públicas claras o ignorando cualquier voluntad gubernamental, buscan emprender actividades agrícolas o agropecuarias, ya sea en ámbitos domésticos o públicos, orientadas muchas veces en la productividad, pero también en la posibilidad de crear nuevos espacios de socialización, gestión de conflictos o de aprendizaje.

Colombia es un escenario de conflicto, desplazamiento interno del campo a las ciudades y planes de ordenamiento territorial que ponen en crisis

los usos de la tierra en las áreas rurales y urbanas. Por ello es necesario, tanto en este país como en otras partes del mundo, entender la agricultura urbana como una alternativa para enfrentar el Antropoceno —la edad de la tierra en la que las acciones humanas alcanzan dimensiones geológicas y ecosistémicas— con comunidades de aprendizaje (Bendta, Barthel y Coldinga, 2013) y producción local (Altieri y Toledo, 2011).

Reflexión metodológica

Con esta investigación emprendimos un proceso de comprensión y reflexión sobre las dinámicas de la AU en Medellín, usando herramientas de la investigación académica. En 2017, a cuatro años de las primeras acciones de la RHM, vimos necesario entender qué había sucedido hasta el momento en la red de agricultura urbana que se venía gestando desde hacía varios años en Medellín y sus alrededores, por lo que nos propusimos realizar una investigación exploratoria que nos permitiera tener un mapa de la agricultura urbana en Medellín y nos posibilitara tomar decisiones sobre nuestras siguientes acciones. Nuestro objetivo era comprender las prácticas comunicativas que se articulan en las interacciones entre los diversos huerteros y huerteras de la ciudad de Medellín.

Para recoger la información aplicamos un instrumento mixto de 65 preguntas en 86 huertas. Este proceso investigativo nos permitió comprender empíricamente la parcialidad de los resultados obtenidos en la investigación activista. Aunque aplicamos un instrumento cuanti-cualitativo, realizamos el dimensionamiento de la muestra con la técnica de la bola de nieve y la saturación teórica; estos instrumentos evidentemente no tienen pretensiones estadísticas, por lo que nuestros resultados, si bien nos posibilitaron entender estadísticamente lo que sucede alrededor de la agricultura urbana en Medellín relacionada con la RHM, no nos permiten llegar a conclusiones sobre esta práctica en general en la ciudad.

De las entrevistas obtuvimos tres tipos de resultados: cuantitativos, cualitativos y de georreferenciación. Los datos cuantitativos los procesamos con Excel, buscando dar interpretaciones cualitativas a los números. También procesamos algunos datos cualitativos mediante esta herramienta

y los cuantificamos, lo cual nos permitió obtener una perspectiva distinta a la del análisis cualitativo. Los datos cualitativos fueron procesados con Atlas.ti a través del uso de categorías de análisis y síntesis que nos dieron un panorama global de las historias que nos contaron las huerteras y los huerteros de Medellín. Por último, los datos de georreferenciación fueron procesados en dos mapas —que pueden ser consultados en la página de la UPA— que nos permitieron, además, articular la información geográfica con la información cualitativa y cuantitativa en una herramienta que sirve de estrategia de apropiación del conocimiento y como material de interpretación de posteriores estudios.

Hay una gran cantidad de huertas que no tuvimos en cuenta por tratarse de iniciativas que se sostenían gracias a las instituciones locales, no a las comunidades urbanas. Esas huertas suelen tener un perfil productivo que no se destacó especialmente en nuestras indagaciones. Las huertas en las que nos enfocamos surgen en su mayoría por la intención de transformar los contextos sociales de los barrios y por la generación de una conciencia medioambiental, y funcionan como espacios de encuentro y de aprendizaje más que como unidades productivas, aunque en ellas se cosechen alimentos para el autoconsumo y la comercialización. Hay zonas de la ciudad en donde la RHM tiene pocas o débiles relaciones, por lo que desconocemos si allí se practica la agricultura urbana y por ende no estamos conectados con ellas.

Partimos de los contactos que teníamos en un mapa de la agricultura urbana en Medellín que habíamos realizado e impulsando a través de nuestras plataformas digitales y en algunos eventos presenciales. Por esta razón, todos esos contactos tenían ya un grado de relación con nosotras como RHM; a esos contactos empezamos a pedirles que nos vincularan con agricultores cercanos. Lo que en principio se reveló como un problema metodológico de la investigación terminó siendo una fortaleza, ya que no nos interesaba reflexionar sobre la agricultura urbana de Medellín en general, sino sobre aquella que estaba cercana a nosotras como red, es decir, queríamos emprender un proceso de autoconocimiento. Esto también nos llevó a constatar, siguiendo a Casas, Osterweil y Powell (2013, p. 210), que los investigadores inevitablemente realizan análisis en nodos específicos y

sus resultados tienden a ser parciales y especialmente situados. Así se hace evidente que debemos abandonar cualquier pretensión de establecer narrativas o conclusiones universalizantes que involucren a todos los nodos o actores que convergen dinámicamente en la red, pero también nos pone ante la necesidad de entender en qué lugar de la red estamos situados.

A través de este proceso se fue revelando paulatinamente que los nodos de AU que estábamos explorando fundamentan sus prácticas más importantes en procesos de comunicación que articulan a los practicantes y tejen relaciones de intercambio de diversos bienes materiales, cognitivos y emocionales. De modo que entendimos que nuestro principal objetivo como movimiento de base debería ser el reforzamiento de los lazos y los canales de comunicación. Estos canales no se limitan a las redes sociales digitales, puesto que entendemos la comunicación como un sistema de prácticas sociales que permiten poner en circulación saberes, objetos y significados (Martín-Barbero, 1991).

Para Martín-Barbero (1991) las prácticas comunicativas deben trascender la lectura estructuralista y normativista de la construcción de lo social desde las instituciones. En tal sentido, estas prácticas constituyen nuevas identidades a partir de la diversidad y la polisemia, dotan de significación el accionar de forma tal que no se agote en el hacer sino que lleve a una reflexión y producción de nuevos sentidos, y transforman los modos de percepción, creando una nueva discursividad. Por lo anterior se entienden como las “diferentes maneras de hacer” de las bases sociales, mediadas por relaciones de poder que surgen en la cotidianidad; es decir, son las tácticas creativas y artesanales que los individuos realizan de acuerdo con sus intereses y deseos no definidos, pero influenciados por los sistemas donde se desarrollan (De Certeau, 1996, p. 9). Prácticas que nacen de las interacciones con otros agentes y que construyen saberes y discursos sobre el quehacer, donde la cotidianidad se entiende como un espacio de poder político.

La presente investigación implica entender la comunicación como proceso de escucha en el que el otro asume el protagonismo. Todos somos otros. Desde esta perspectiva es posible la creación de nuevos sentidos, saberes, subjetividades, relaciones y espacios, puesto que todos hacemos parte

de las mismas contingencias. Como afirman Maturana y Varela (2009), la comunicación se entiende como un proceso en el cual, gracias al “lenguaje”, se establecen lazos y significados sociales que afectan las acciones de los sujetos; es decir, prácticas comunicativas que constantemente generan información reflexionada y consciente, que a su vez modifican las interacciones, acciones y sentidos a partir de experiencias colectivas o sociales.

Al asumir la comunicación como interacciones dinámicas que se sitúan entre lo individual y lo colectivo, se acepta su poder de transformación en la medida en que se construyen sentidos que posibilitan la vida en común. Orozco (1998) ya lo anunciaba al criticar radicalmente la asimilación de la comunicación al hecho informativo y proponer, con base en la teoría de las mediaciones de Martín-Barbero (1998), el rescate de la comunicación desde el diálogo y la interlocución. Sujetos activos, que construyen colectivamente sentidos de mundo con base en el binomio acción-reflexión a partir de hacer posibles escenarios para tal diálogo. En este aspecto, las prácticas de agricultura urbana se vislumbran como uno de ellos.

Hallazgos

La huerta como espacio de articulación

Tanto nuestro trabajo de campo como la extensa exploración bibliográfica que hemos realizado nos han conducido a entender la AU como un complejo sistema en el que convergen prácticas y discursos relacionados con la siembra de alimentos; la gestión de residuos orgánicos; la reflexión y práctica del consumo responsable; la protección de la fauna urbana, los suelos, el aire, la biodiversidad; la defensa de las semillas libres, criollas y nativas; la conservación y rescate de saberes ancestrales; la apropiación de espacios urbanos; la articulación de tejido social, y finalmente la reflexión sobre la relación entre lo que comemos y la justicia social y ambiental.

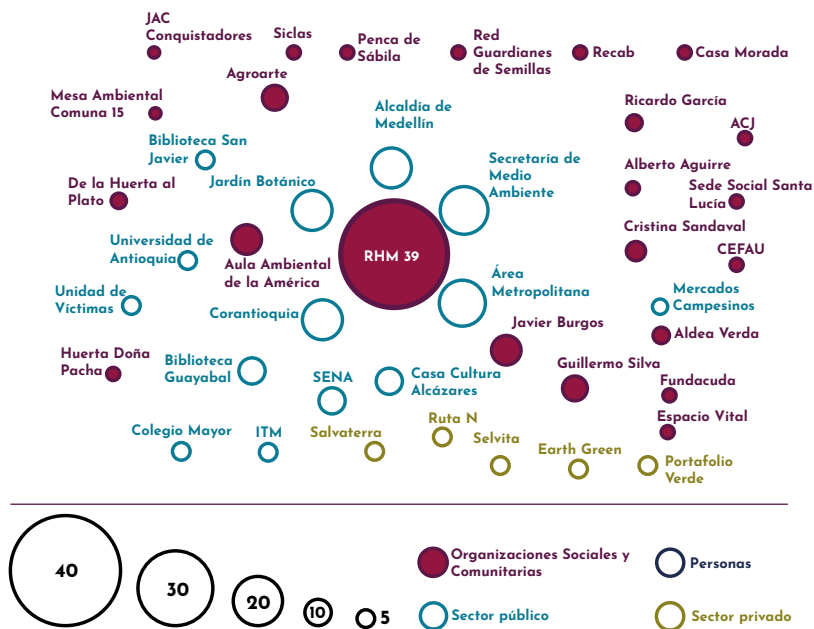
Tanto la capacidad de la AU para integrar el consumo y la producción de comida, el reforzamiento del tejido social, la conciencia medioambiental, la conciencia de la relación estrecha entre el campo y la ciudad como el compromiso cívico convierten el trabajo de los agricultores urbanos en un

proceso comunicacional donde convergen acciones de articulación social, aprendizaje colectivo y apropiación o reapropiación de espacios urbanos.

Esta investigación nos permitió comprender, sin pretender ser generalistas, que la AU en Medellín no es una actividad realizada por gente aislada, sino una serie de acciones y prácticas cognitivas en red de diversos actores individuales y colectivos, entre los que destaca la RHM como colectivo y algunos de sus miembros de manera individual, tal como podemos observar en la figura 1.

La mayoría de las huertas que estudiamos pertenecen al sector de la sociedad civil (61%), seguidas por las huertas del sector institucional (31%) y del privado (7%). En el relacionamiento se repite el mismo patrón: la mayor parte de las relaciones proviene del sector de la sociedad civil, seguido por el público, y en último lugar el privado. Si bien este es un proceso que tiene la mayor parte de su fuerza en la sociedad civil, el sector público desempeña un papel importante como aliado que, intuimos, funciona mucho mejor cuando no desempeña un papel protagónico y asistencial, sino uno residual y poco visible. Esto es posible, según hemos podido ver, cuando las personas que trabajan en el sector fungen como puentes que conectan las iniciativas sin que estas sacrifiquen su independencia, de modo que se ponga lo público al servicio de la gente y no al contrario. En términos zapatistas este principio es “mandar obedeciendo”.

Figura 1. Relaciones reportadas por las personas entrevistadas con actores individuales y colectivos en la ciudad. Fuente: elaboración propia.



Fuente: elaboración propia

Desde hace más de setenta mil años la especie humana ha creado grupos, organizaciones y relaciones con otros individuos y colectividades para la sobrevivencia de la especie. Estos lazos se han hecho más complejos a través del tiempo, gracias al lenguaje simbólico y a nuestra capacidad para imaginar y realizar juntos escenarios que no existían. Las redes de cooperación nos permiten crear y transformar de manera colectiva; hacer esto sería imposible en un escenario comunicacional menos complejo. La investigación mostró que las relaciones de cooperación son un asunto fundamental entre quienes siembran en la ciudad de Medellín, aun si esta se ha configurado como una sociedad postindustrial y consumista, en la que parece primar el individualismo.

Entre las personas entrevistadas hay relaciones mediadas por la gestión comunicativa, el intercambio de conocimientos, de materiales y de trabajo

físico. Cada relacionamiento, entendido como un conjunto de interacciones entre dos actores, tiene un propósito que lo trasciende. Estas relaciones proporcionan herramientas y difunden información, saberes y motivaciones para la acción. Su relevancia en los distintos procesos nos lleva a preguntarnos si la prioridad del movimiento de agricultura urbana de Medellín consiste en fortalecer y mejorar la calidad de las interacciones entre los grupos de huerteros, y si, en consecuencia, el rol principal de la Red de Huerteros Medellín es promover y facilitar el relacionamiento cognitivo y motivacional entre las personas.

Convocar a la comunidad y hacer que la gente comprenda y se sienta parte de un proceso no solo medioambiental sino también comunitario, que se mantiene amalgamado a través de los afectos, es fundamental en este tipo de procesos en donde no hay una retribución económica, muchas veces ni siquiera una cosecha para usufructuar. El fruto de la labor resulta ser la mayoría de las veces el lazo social mismo, junto con las transformaciones subjetivas y las articulaciones vecinales. La huerta se convierte en muchas ocasiones en una forma de acercar a la gente, de generar tejido social, de fortalecer relaciones y comprender procesos complejos que la atraviesan, entre ellos el de ecopolítica. Algunas veces la huerta es el fin, pero a través de ella se establecen contactos significativos; en otras ocasiones la huerta es el medio para fines sociales y de generación de conciencia ambiental. Este último es el caso de la huerta de la Casa de la Cultura de los Alcázares, la cual “no tiene un propósito productivo sino de fortalecimiento de relaciones comunitarias; y estas personas hacen parte de eso: fortalecen las relaciones en ese intercambiar, en ese ejercicio de enseñanza/aprendizaje de lo que sabemos y podemos compartir” (Burgos, 2018).

Para algunos agricultores urbanos la huerta y sus preguntas concomitantes permiten establecer vínculos con personas que comparten intereses sobre agricultura, alimentación, soberanía alimentaria, así como con aquellos que conciben la agricultura urbana como una herramienta de reconstitución de los lazos sociales. No se trata solo de encontrar amigos, sino también de que esos amigos compartan ideas de transformación de lo social para fortalecer lo ambiental. Lo social en muchos de estos casos se vincula

con la idea de ser una comunidad crítica de aprendizaje, con el trasfondo de las preocupaciones ambientales y políticas por la ciudad, el país y el mundo.

La huerta como espacio multifuncional

Antes de comenzar esta investigación ya intuíamos que las huertas en Medellín eran vehículos de otros saberes y experiencias, y lugares donde se realizaban actividades diferentes a la siembra. Esta confluencia permite desarrollar diferentes habilidades o reconocer distintos intereses y saberes entre quienes participan en el espacio, y ayuda a la consolidación de los procesos comunitarios. Hay quienes pueden no estar interesados en la siembra, pero aportan insumos, toman fotografías o dan visibilidad a la iniciativa, poniéndola en contacto con otras personas. Estas múltiples formas de participar favorecen la apropiación. Las huertas pueden ser espacios de esparcimiento y socialización, lugares que permiten nuevas lecturas del mundo.

En la mayoría de las entrevistas es clara una conciencia de que las plantas sembradas en la huerta no sirven únicamente para la alimentación humana, sino que también cumplen funciones ecológicas como la purificación del aire y el fortalecimiento de la biodiversidad, y pueden jugar un papel político-social en relación con el territorio que ocupan.

Otro aspecto relevante es el reconocimiento del potencial que tienen las huertas como dispositivos de aprendizaje en espacios comunitarios, colegios, escuelas y universidades. En los colegios donde hay huertas se vinculan varias asignaturas que pueden no tener relación directa con la siembra (arte, ciencias, matemáticas, lenguaje), lo que brinda una posibilidad para generar procesos alternativos al modelo educativo tradicional. En la Universidad de Antioquia hay un proyecto que articula el rescate de los saberes ancestrales, las lenguas indígenas y la protección de la Madre Tierra. Gracias a la relación con la tierra y las plantas se pueden entender los procesos de producción de alimentos, como explica Rodolfo Montes (2019) cuando habla de las motivaciones para hacer su huerta familiar:

Yo siempre he querido que mis hijos sepan de dónde viene la comida, de dónde viene lo que nos comemos, que sepan lo

que le toca a un campesino. Sin embargo, acá en la huerta casera no es un trabajo tan arduo como el de un campesino.

Otros casos hablan de la huerta como un lugar que permite crear experiencias piloto para investigar, por ejemplo, distintas maneras de generar y transmitir el conocimiento o de producir un impacto en el contexto social, o en donde la huerta es un espacio de experimentación que fomenta el sentido de observación y el pensamiento científico.

Uno de los aspectos que se menciona en varias de las entrevistas y que ha sido identificado con frecuencia en los estudios sobre AU (Milligan, Gattrell y Bingley, 2004; Armstrong, 2000) se refiere a los beneficios emocionales de la siembra. La motivación principal de algunas de las iniciativas entrevistadas es crear un espacio terapéutico. En estos casos la huerta es un lugar para sobrellevar duelos, incluso en situaciones como el desplazamiento o la pérdida de un ser querido.

Un lugar importante en las reflexiones sobre los espacios de siembra lo ocupa la transformación física de los lugares como un instrumento de apropiación del territorio y una posibilidad de poner en práctica conceptos más amplios sobre el medio ambiente, entre ellos el fortalecimiento ecológico a través de la biodiversidad. Las huertas transforman el espacio, y una de las maneras en que lo hacen es a través de la siembra de especies diversas (agrobiodiversidad) y la atracción estratégica o involuntaria de vertebrados e invertebrados, generando entornos biodiversos. Pensar el espacio de la huerta como un microecosistema en el que puede haber un equilibrio entre seres vivos significa poner en cuestión la idea de las “plagas”, uno de los temas fundantes de la agricultura convencional.

Una idea frecuente entre quienes siembran en espacio público es que la huerta invita a las personas a usarlo para su esparcimiento en actividades diferentes a la siembra. El ejercicio de ocupar el suelo público con la siembra de plantas comestibles lo transforma de manera simbólica: la huerta es una señal de que alguien más decidió aprovechar ese espacio y lanza el mensaje de que todos podemos hacerlo. Es un mensaje que no todas las personas acogen de manera positiva, pero sin duda la huerta es un vehícu-

lo de apropiación que pone en cuestión la idea de que el uso del espacio público lo define y reglamenta exclusivamente la administración local. Esa resignificación del concepto de espacio público es evidente en algunas de las entrevistas que muestran cómo la huerta ha permitido convertir lugares de paso o zonas de conflicto en espacios compartidos. Un ejemplo de esto son las iniciativas que pensaron la huerta como estrategia de transformación del territorio. Como en Manga Libre, que nació para reemplazar un basurero informal:

Cuando nosotros empezamos la huerta fue por una necesidad real de cambiar el territorio que había ahí: por evitar que se pusiera la basura, por darle otra utilidad al espacio que no se estaba utilizando para beneficio de nadie [...] hay una conciencia de que una planta significa comida y no puede estar con la basura (Rodríguez, 2018).

En algunas entrevistas emerge la idea de que el trabajo en la huerta es visto como un instrumento para fortalecer prácticas ciudadanas. Se busca reforzar las relaciones entre personas e impulsar el pensamiento crítico frente a los alimentos, frente al modelo económico y político de ciudad y de país. Las huertas como espacio de socialización han sido también lugares para responder a ciertos mecanismos de violencia arraigados en la ciudad, lugares en donde surge la vida a pesar de la muerte. Existen en la ciudad grupos poblacionales relacionados directamente con la violencia que ha atravesado nuestro país y, que han hecho de la siembra un medio para reconstruir su rol en la sociedad; la población desplazada en Medellín es uno de ellos. En países como Colombia, donde el desplazamiento forzado es una realidad y hay gran migración de campesinos, la agricultura urbana se entiende también como una estrategia que permite la supervivencia de la identidad campesina en la ciudad (Cantor, 2010).

Hacerse cargo de una huerta como desplazados significa al mismo tiempo recordar y sanar. Las víctimas de desplazamiento que entrevistamos tienen un pasado campesino y cuentan que los terrenos para sembrar, recibidos en comodato por parte de diferentes programas del municipio,

requirieron inicialmente mucho trabajo. Se encontraban en una situación ambivalente: por un lado, se les daba la posibilidad de ayudarse con el sustento diario y de tener un lugar donde seguir practicando la siembra, y por otro, tenían que empezar de cero en un lugar que no les pertenecía, en suelos no aptos para la siembra. De acuerdo con uno de los miembros del Colectivo de Huerteros,

Es una historia que uno se pone a recordarla y le da tristeza porque uno no vivía esperando a que otro le diera un jornal, qué comer, dónde vivir. Uno llegar a un barranco de estos, enseñado a tierra productiva, y llegar a tratar de sacar de la tierra de aquí lo que no produce... (Ángel, 2019).

Una cuestión que genera inquietud es la impresión de que las víctimas quedan relegadas a territorios circunscritos y poco fértiles que terminarán convirtiéndose en terrenos aptos para el cultivo y que no les pertenecen. Mientras tanto, el resto de la ciudad es impermeable a la situación de violencia que han debido afrontar. En Agroarte afirman: “Estos territorios fueron cultivados por campesinos desplazados. Estos cultivos hablan de la familia, el pueblo, el sistema de siembra y subsistencia” (Botina, 2018). Pero ¿en qué medida la administración pública escucha lo que esos cultivos cuentan?

Conexiones y desconexiones de la agricultura urbana en Medellín

Dos prácticas de siembra llamaron especialmente nuestra atención en la trama de conexiones que dibuja la AU en Medellín: la defensa de las semillas y la gestión de residuos orgánicos. El primero por ser uno de los nodos más desconectados y el segundo por ser uno de los más conectados. La desconexión de la defensa de semillas nos preocupó por su relevancia en las prácticas agroecológicas y la soberanía alimentaria.

Las semillas garantizan la producción gracias a la adaptación de las nuevas generaciones de plantas a las condiciones locales y a su mejoramiento a través de la selección artificial y otras prácticas milenarias que permiten mantener la seguridad alimentaria y agrícola de la humanidad. Estas prácticas agrícolas libres y milenarias están en peligro a raíz de la transformación

biotecnológica de las semillas, efectuada con el objetivo de sacar un usufructo de ellas, restringir su circulación y convertirlas en propiedad privada. Es por eso que, para Vandana Shiva (2007), “las semillas son el símbolo de la libertad en una época de manipulación y monopolio” (p. 56). La biotecnología genera herramientas para esa manipulación y las patentes generan herramientas para monopolizar un bien que de otro modo es libre por naturaleza (Shiva, 2007). El tema de las semillas es tan sensible que en muchos países su gestión por fuera de las reglas impuestas por industrias como Dupont, Syngenta y Bayer-Monsanto puede ser vista como ilegal.

A pesar de lo anterior, descubrimos que la mayoría de las personas entrevistadas no le da importancia a las semillas. Preocuparse por el tipo de semillas que se usa significa tener una mayor conciencia respecto al proceso de siembra. Escoger un cierto tipo de semillas en Colombia implica poner en cuestión un modelo que privilegia las semillas certificadas y, de momento, no limita el uso de semillas modificadas genéticamente o de variedades importadas que puedan afectar la producción local. Usar semillas libres en lugar de las comerciales que se encuentran en viveros, tiendas agrícolas o supermercados significa asumir una posición política frente al sistema productivo.

Los valores promovidos por los custodios de semillas, como la diversidad, la preservación de los conocimientos ancestrales, la protección de las semillas criollas y nativas, la soberanía alimentaria o la lucha contra el monopolio de las compañías farmacéuticas, son poco conocidos por los agricultores urbanos de Medellín. De 86 huerteros entrevistados, solo un 29% manifiesta conseguir las semillas de custodios de semillas, lo que significa que hay desconocimiento sobre la importancia de la labor que estos vienen desarrollando en torno a la soberanía alimentaria, o que es difícil acceder a las semillas que custodian y a los saberes que poseen. Los criterios para seleccionar las semillas suelen ser el gusto personal, la facilidad de acceso, la calidad o la economía.

Los hallazgos sobre el tema de las semillas contrastan con los relacionados con abonos y aprovechamiento de residuos. Las semillas son un tema residual, con prácticas responsables poco frecuentes y discursos estructu-

rados todavía más escasos; en cambio la producción del abono propio y la gestión de residuos orgánicos son practicadas por muchos huerteros, y su discurso trasciende la facilidad de elaborar el propio abono y se conecta con la conciencia ambiental.

Este panorama nos ha llevado desde la RHM a plantear la hipótesis de que tal vez la disparidad entre las dos prácticas se debe a las diferencias comunicacionales que existen entre sus respectivos impulsores. Los datos recogidos a partir del instrumento que construimos no son suficientes para sacar conclusiones definitivas, pero nos han permitido plantear nuestra hipótesis y trabajar en ella. De acuerdo con nuestro mapa de actores, teniendo en cuenta a los más relevantes en ambos temas, las personas y organizaciones relacionadas con gestión de residuos orgánicos tienen 64 relaciones, mientras que las organizaciones relacionadas con la defensa de las semillas tienen 16.

El bajo porcentaje de uso de agrotóxicos (5%) da cuenta de un proceso más limpio en la siembra y menores riesgos de toxicidad en las personas. Sin embargo, no se puede afirmar que exista una gran conciencia sobre los riesgos ambientales del uso de estos productos. El tipo de abono más utilizado es el compost (67%), seguido por la paca digestora (40%) —un dispositivo que permite gestionar residuos orgánicos de un modo parcialmente anaeróbico—, y el lombricultivo (37%). Todas estas técnicas nos hablan no solo de los conocimientos sobre siembra y aprovechamiento de residuos orgánicos, sino también en muchos casos de una atención por las prácticas de consumo. Esto se traduce en una mayor reflexión de los sembradores sobre un proceso completo de siembra que se preocupa por el estado de la tierra y la reutilización de los desechos, de ahí que el 83% de las huertas entrevistadas obtenga el abono de producción propia. Las huertas suelen articularse con formas de compostar para obtener abono, de modo que en algunos lugares la unidad agrícola urbana no es la huerta, sino la huerta compostera (sistema de compost, lombricompost o paca digestora).

Conclusiones

Geografía política de la AU

Esta investigación permitió concluir que la agricultura urbana no es solo, como proponen Altieri y Toledo (2011), una forma de producir alimentos reduciendo el impacto ecológico de la urbanización y la sobrepoblación, o una manera de enfrentar el Antropoceno con comunidades de aprendizaje (Bendta, Barthel y Coldinga, 2013), sino que es también una red comunicacional de acciones y discursos que conecta la ciudad, sus gentes y sus conflictos. Su potencial transformador va más allá del poder de producir alimentos: viene de la mano de transformar mentalidades y desarrollar proyectos de construcción de ciudad que solo son posibles a través de la cooperación.

Las huertas cargan con los conflictos sociales de la ciudad que habitan, de ahí que algunas de las que hablamos se relacionen con desplazamiento forzado, reinserción, memoria del conflicto, etc. En la RHM se ha planteado que las huertas son espacios multifuncionales en donde las diferentes “funciones” tienen que ver con compartir saberes relacionados o no con la siembra. A lo largo de la investigación se fue perfilando otra importante función de las huertas urbanas, asociada con la apropiación de los espacios en la ciudad: muchas veces se crean huertas para mejorar estéticamente un espacio con la esperanza de que las plantas despierten sentimientos que impidan a las personas, por ejemplo, botar basuras en el lugar. Pero hay casos aún más característicos de la vida en Medellín y sus conflictos, como las fronteras invisibles y la violencia a las que las personas deciden oponerse en ciertas zonas de la ciudad. A pesar de la fragilidad que puede representar una planta, las huertas, y especialmente las huertas comunitarias, se establecen con fuerza en el espacio y logran adquirir un valor simbólico y concreto en relación con las posibilidades del hacer colectivo. Quienes siembran nos hablan de huertas que hoy reemplazan atracaderos, lugares de tráfico de drogas o botaderos de muertos. Las huertas se convierten entonces en instrumentos políticos en donde ocupar el espacio significa oponerse a ciertas prácticas establecidas. En este sentido es posible imaginar que hay un buen camino trazado para que tomen fuerza otros temas que nos preocupan en la RHM y evidencian el poder político de la siembra.

Las huertas están íntimamente ligadas a los lugares no solo por su naturaleza, sino también porque quienes siembran encuentran en estas la posibilidad de reconectarse con sus raíces y con su pasado. A esto se suma un punto de vista desde el que se percibe al ser humano y a la tierra en conexión profunda y donde se entiende que el bienestar mutuo es necesario para su coexistencia.

El saber parece ser el bien máspreciado por todos los huerteros y es a través de él que se teje una buena parte de las relaciones. La agricultura, especialmente la que tiene un enfoque agroecológico, no requiere tantos recursos económicos para funcionar como la que está sustentada en otros enfoques que demandan más insumos externos, pero sí requiere un gran caudal de conocimiento que permita completar los ciclos de producción y reproducción de las plantas y toda la ecología asociada a ellas.

Prácticas de soberanía alimentaria

La AU se puede realizar de muchas maneras, pero indudablemente hay unas prácticas comunicativas y de siembra que hacen de ella una actividad que se conecta con la vida, la justicia social y la ciudad que queremos. Sin embargo, hay otras prácticas que perjudican el medio ambiente y tienen impactos más negativos en la vida social. Desde la RHM escribimos el manifiesto “Sembrando Mundos Soberanos y Solidarios”, en el que definimos los principios y las prácticas de la AU que soñamos promover y apoyar en la ciudad, y que están articulados con la agroecología. La cooperación entre huerteros y la defensa de la soberanía alimentaria son dos de los principios que atraviesan nuestro manifiesto, los cuales se relacionan con la idea del derecho a la ciudad planteada por David Harvey (2008):

La cuestión de qué tipo de ciudad queremos no puede separarse del tipo de personas que queremos ser, el tipo de relaciones sociales que pretendemos, las relaciones con la naturaleza que apreciamos, el estilo de vida que deseamos y los valores estéticos que respetamos. El derecho a la ciudad es por tanto mucho más que un derecho de acceso individual o colectivo a los recursos que esta almacena o protege;

es un derecho a cambiar y reinventar la ciudad de acuerdo con nuestros deseos (p. 20).

La protección de las semillas es uno de los temas que encontramos más débiles; por un lado, porque entre los actores menos relacionados están todos aquellos que se articulan con la defensa de las semillas criollas y nativas, y pocas personas acuden a las redes de custodios para conseguir sus semillas, y por otro lado, porque quienes siembran tienen un discurso poco complejo alrededor del tema. Esto nos despierta gran preocupación, ya que la relación con las semillas y el discurso tanto técnico como político que acompaña su conocimiento es uno de los indicadores más relevantes para hablar de un trabajo agroecológico fuerte.

En Medellín hemos detectado dos redes de comunicación alrededor de las semillas: la Red de Guardianes de Semillas de Vida Colombia y la RECAB (Red Colombiana de Agricultura Biológica), que trabaja en articulación con la Red de Semillas Libres de Antioquia y Colombia. Desde la perspectiva de las semillas, sus proyectos están dirigidos principalmente a campesinos, indígenas y población afro. Sus redes de articulación son a nivel nacional e internacional, más que a nivel local. Además en la ciudad podemos encontrar instituciones como el Jardín Botánico de Medellín, que se preocupa por difundir el conocimiento sobre las semillas a través de eventos como el Festival de Semillas Criollas y Nativas e iniciativas como el colectivo Espora, Semillas Originarias, que trabaja por la divulgación y la comercialización de las semillas libres.

Los resultados obtenidos alrededor del tema de las semillas nos sugieren que desde el grupo base de la RHM debemos reforzar, tanto en las prácticas como en los discursos, la importancia de las semillas libres, nativas y criollas, y su relación con la soberanía alimentaria. A partir de esta constatación hemos estado realizando dos acciones concretas: comenzamos un grupo de aprendizaje sobre semillas llamado el Semillero de la UPA²

² Nuestro “Semillero” se enmarca en las acciones de la UPA (Universidad Popular Ambiental) (<https://upamedellin.wordpress.com/>). Esta iniciativa surgió entre colectivos de Medellín dedicados al trabajo medioambiental. Partimos de los principios de la educación popular para hacer propuestas de aprendizaje relacionados con la protección de las semillas; el cuidado de polinizadores,

y formulamos un proyecto de investigación-acción-participación (IAP) para entender el problema y actuar en concordancia, en asocio con los colectivos y personas que trabajan el tema.

La gestión de residuos orgánicos y la producción de abonos son prácticas bastante recurrentes entre los 86 huerteros entrevistados, pues el 83% del abono es de producción propia. Aunque la conciencia política sobre los agrotóxicos y el manejo de residuos orgánicos es limitada, solo un 5% de las huertas usan fertilizantes químicos para abonar. Los dispositivos protagonistas aquí son la compostera y la paca digestora Silva. La RHM ha enfocado buena parte de sus esfuerzos a esta labor con el apoyo brindado a Guillermo Silva Pérez, desarrollador de las pacas digestoras. Un grupo de personas de la RHM ha gestionado diversos proyectos y actividades alrededor de la campaña Aprovecho el Desecho, y está impulsando cuatro técnicas de aprovechamiento de residuos orgánicos. En el Aula Ambiental de la Plaza de Mercado La América hay varios ejemplos de aprovechamiento de residuos, e incluso venden el abono que producen y hacen labor didáctica. El municipio de Medellín y su área metropolitana han dado un importante impulso a proyectos en torno al reciclaje y el manejo de residuos orgánicos. Las universidades han hecho aportes significativos, como el caso de Campus Vivo en la Universidad de Medellín; el Grupo de investigación Aliados con el Planeta y el proyecto Giro Sostenible de la Universidad de Antioquia, en donde coincide Catalina Ossa, impulsora de la paca digestora Silva; o el programa NFI Cultura Ambiental de la Universidad Eafit, que promueve el uso de las pacas digestoras en el campus universitario. Diversas empresas como EarthGreen, Vivaracha Compost o Sembramos se han dedicado a fabricar dispositivos que permiten la adecuada gestión de residuos en locaciones urbanas.

En resumen, hemos detectado que hay una buena cantidad de emprendimientos diversos relacionados con la gestión de residuos y semillas; sin embargo, el tema de las semillas, a pesar de su importancia, tiene muy poco eco en la agricultura urbana en Medellín. Por esta razón, la gestión de resi-

especialmente abejas; la movilidad sostenible; la alimentación; las medicinas ancestrales basadas en plantas; el consumo, y la gestión de residuos orgánicos.

duos es también protagonista en la segunda investigación que hemos propuesto. Intentaremos entender ciertas buenas prácticas de comunicación que se han realizado en este ámbito para tratar de hacerles una lectura desde las prácticas comunicativas de los impulsores de las semillas libres, nativas y criollas.

Acciones y discursos son dos asuntos que podemos distinguir en las prácticas. Los discursos conectan la AU con ideas y conocimientos más complejos como la soberanía alimentaria, la crisis civilizatoria, la crisis ambiental y climática, y con otras actividades cotidianas que se enlazan en la articulación de ciudadanía política responsable. Como RHM vemos un vacío aquí, ya que faltan discursos que respalden la adquisición de semillas a través de custodios, discursos sobre el uso de agrotóxicos y una metalectura sobre la importancia de la agrobiodiversidad y toda la ecología de saberes y prácticas que se encarna en la AU.

Referencias bibliográficas

- Ángel, L. (13 de febrero de 2019). Comunicación personal.
- Armstrong, D. (2000). A survey of community garden in upstate New York: Implications for health promotion and community development. *Health & Place*, (6), pp. 319-327. DOI: [https://doi.org/10.1016/S1353-8292\(00\)00013-7](https://doi.org/10.1016/S1353-8292(00)00013-7)
- Altieri, M. & Toledo, V. (2011). The agroecological revolution of Latin America: rescuing nature, securing food sovereignty and empowering peasants. *The Journal of Peasant Studies*, 38(3), pp. 587-612.
- Bendta, P., Barthel, S. y Coldinga, J. (2013). Greening and environmental learning in public-access community gardens in Berlin. *Landscape and Urban Planning*, 109(1), pp.18-30.
- Botina, W. (4 de septiembre de 2018). Comunicación personal.
- Burgos, J. (4 de septiembre de 2018). Comunicación personal.
- Cantor, K. (2010). Agricultura urbana: elementos valorativos sobre su sostenibilidad. *Cuadernos de Desarrollo Rural*, 7(65), pp. 59-84. Disponible en: <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=11716958003>

- Casas, M., Osterweil, M. y Powell, D. (2013). Transformations in Engaged Ethnography. Knowledge, Networks and Social Movements. En J. Jurif y A. Khasnabish (Eds.), *Insurgent Encounters. Transnational Activism, Ethnography and the Political*. Duke University Press.
- De Certeau, M. (1996). *La invención de lo cotidiano: Artes de hacer*. Universidad Iberoamericana.
- Harvey, D. (2008). *Ciudades rebeldes. Del derecho de la ciudad a la revolución urbana*. Akal.
- Leff, E. (2001). *Saber ambiental*. Vozes.
- Martín-Barbero, J. (1991). De los medios a las prácticas. En G. Orozco (Comp.), *La Comunicación desde las prácticas sociales*. Programa Institucional de Investigación en Comunicación y Prácticas Sociales.
- Martín-Barbero, J. (1998). *De los medios a las mediaciones*. Convenio Andrés Bello.
- Maturana, H. y Varela, F. (2009). *El árbol del conocimiento: las bases biológicas del entendimiento humano*. Editorial Universitaria.
- Milligan, C., Gatrell, A. y Bingley, A. (2004). Cultivating health: Therapeutic landscape and older people in England. *Social Science & Medicine*, (58), pp. 1781-1793.
- Montes, R. (18 de febrero de 2019). Comunicación personal.
- Orozco, G. (1998). Las prácticas en el contexto comunicativo. *Chasqui*, (62), pp. 4-6.
- Rodríguez, Y. (13 de noviembre de 2018). Comunicación personal.
- Shiva, V. (2007). *Las nuevas guerras de la globalización: semillas, agua y formas de vida*. Editorial Popular.

Soberanía alimentaria: acciones y sentidos para la construcción de nuevos sujetos

Introducción

La presente reflexión es uno de los resultados de la investigación titulada “Soberanía Alimentaria y Comunicación para la Sostenibilidad”, cuyo mayor interés fue comprender las subjetividades emergentes y los procesos de comunicación que ocurrían en las prácticas vinculadas a la cadena productiva para la soberanía alimentaria. En este artículo discutiremos la producción de subjetividades presentes en las prácticas de alimentación de aquellos actores sociales que se interesan por la soberanía alimentaria, basados en algunas experiencias que en este sentido vienen ocurriendo en la ciudad de Cali y su área periurbana. Nuestra hipótesis es que en las acciones que constituyen la cadena productiva para la soberanía alimentaria —producción, circulación y consumo— subyacen alternativas al modelo de mundo actual que entrañan un fuerte potencial para el cambio social orquestado desde las bases. Este cambio se caracteriza por el diálogo entre conocimientos vernáculos y científicos, por hacer uso de herramientas conservadoras e innovadoras y por establecer vínculos entre los sistemas sociales y ecológicos que valoran integralmente las relaciones entre seres

■
Carmen Cecilia
Rivera Gómez
Investigadora
independiente.
odoros13@gmail.com

Solón Calero Cruz
Docente-investigador
Universidad Autónoma
de Occidente. Facultad de
Comunicación, Periodismo
y Medios Digitales.
sacalero@uao.edu.co

humanos y no humanos, lo que a su vez convierte los estilos de liderazgo tradicionales y monolíticos en una amalgama de poderes impredecible.

Nociones previas

Soberanía alimentaria

En este texto la soberanía alimentaria se entiende como un sistema alimentario que se inspira en acciones y sentidos provenientes de los modos de ser campesinos, los cuales, por sus circunstancias específicas de subordinación, han desarrollado tecnologías alternativas tanto productivas como sociales en las que la maximización de los recursos al alcance y la ayuda mutua han sido las constantes de su quehacer. Esta orientación, que desplaza lo económico individualista para adherir a un régimen económico solidario (Rosset, 2003), requiere de subjetividades sensibles al destino colectivo de todos los seres vivos que reconozcan en este intercambio otras maneras de conocer y de hacer (Gutiérrez, 2011). Tales características han reivindicado al campesino frente al proyecto hegemónico agroindustrial, que ha demostrado su incompetencia al profundizar las desigualdades sociales, la inequidad económica y sobre todo la degradación ambiental. Es de amplia difusión que la escala de producción campesina frente a la agroindustrial reduce el impacto ambiental en el predio no solamente por el tamaño de los cultivos, sino por la biodiversidad de las prácticas. Como afirma Gutiérrez (2011), no se trata de mitificar las prácticas campesinas, que responden más al sentido de la oportunidad para la supervivencia, ni negar tampoco que despliegan una lógica “alternativa” diferente a la de la racionalidad moderna.

En Colombia, aunque la agricultura familiar cubre más del 30% de los cultivos anuales (Forero Álvarez, 2003), el tema de la soberanía alimentaria es incipiente. Si bien no contamos a nivel estatal con políticas que la beneficien, lo que sí se observa son iniciativas de la sociedad civil cuando adelanta actividades en este sentido. Estas iniciativas circulan adheridas a voluntades particulares o grupales en las que es posible identificar posiciones políticas y éticas de nuevo cuño que empiezan a proliferar, creando así las condiciones para el cambio social en el contexto del Antropoceno —que se refiere

a la naturaleza del impacto humano en los sistemas biofísicos globales, el cual ha empezado a ser dominante—, lo cual nos obliga a vivir de otra manera. En nuestro estudio observamos una amplia variedad de tendencias, algunas todavía ajustadas a la idea capitalista de negocio; otras que, sin dejar de lado el interés económico, centran sus actividades en la idea de bienestar, y en menor proporción las que consideran abiertamente la soberanía alimentaria como un acto de resistencia. Sin embargo, todas compartieron la urgencia de un cambio que reconozca a los otros seres vivos para mitigar el impacto humano sobre el entorno.

Subjetividades emergentes

Los mecanismos de interacción, diálogo y apropiación de conocimientos manifiestos en las acciones prácticas de los actores sociales involucrados en experiencias de soberanía alimentaria son producto de factores tales como su historia social unida a experiencias corporales y a legados culturales. Estos constituyen su memoria sensorial, perfilan la densidad de sus relaciones interculturales y determinan, en últimas, la construcción social de su subjetividad. De esta manera los sujetos funcionan y se comunican como cuerpos sociales, lo que Pedraza (1999, 2007, 2010) llama el orden de género; es decir, que reproducen de manera simultánea cuatro órdenes relevantes en el mundo moderno: clase, raza, género y edad, de lo que dependerá la manera como ese sujeto construye material y simbólicamente el mundo de la vida.

Estas subjetividades emergentes son también comprendidas a partir de la noción de *habitus* de Bourdieu (1991):

Historia incorporada, naturalizada y, por ello, olvidada como tal historia, el *habitus* es la presencia activa de todo el pasado del que es producto: es lo que proporciona a las prácticas su independencia relativa con relación a las determinaciones exteriores del presente inmediato. Esta autonomía es la del pasado ya hecho activo que, funcionando como capital acumulado, produce historia a partir de la historia y asegura así la permanencia en el cambio que hace al agente individual como mundo en el mundo (p. 98).

Desde estas incorporaciones y ordenamientos de los que habla Bourdieu, se obtiene parte del conocimiento con el que nos orientamos y movilizamos cotidianamente en el mundo, constituyéndose en muestrarios que nos sitúan cultural e históricamente.

Las subjetividades se construyen también, de acuerdo con Foucault (2007), a través de diversas tecnologías y códigos, con los cuales los individuos son persuadidos para convertirse en sujetos portadores de determinadas conductas. Estas conductas permiten la constitución de *las prácticas de sí*, es decir, “el desenvolvimiento de las relaciones consigo mismo, por la reflexión de sí mismo, el conocimiento, el examen, el desciframiento de sí por sí mismo” (Foucault, 2007, p. 30). Dichas prácticas de sí del sujeto se acentúan además a través de “los procedimientos y las técnicas mediante las cuales uno se da a sí mismo como objeto de conocimiento y sobre las prácticas que permiten transformar su propio modo de ser” (p. 31).

Entender pues las subjetividades emergentes en las prácticas asociadas a la soberanía alimentaria nos llevó a hacer un recorrido por las historias de vida de los sujetos de la experiencia. Todos, sin excepción, asumieron una distancia crítica del modelo de desarrollo económico unido al capitalismo y a los valores modernos que lo promueven. Algunos habían vivido ligados a la tierra como proyecto familiar, otros habían experimentado enfermedades extremas que fueron el punto de inflexión para el cambio, algunos más tomaron conciencia del estado de salud del planeta y decidieron intervenirlo. Ese fue el inicio que los llevó al punto común de querer ser otros.

Mediaciones comunicativas

La construcción social de la subjetividad pasa por mediaciones comunicativas que ayudan a forjarla. Los significados y sentidos sociales son el resultado de un proceso cultural que, además de producirlos, los reproduce y los pone en circulación para ser apropiados o consumidos. Las interacciones implicadas ocurren en los individuos mismos como momentos de reflexión para dar lugar a encuentros interculturales, situados histórica y socialmente, entre los cuales se refuerzan los valores tradicionales, pero también se

gestan los nuevos paradigmas. Por eso decimos que la comunicación es ambigua y supone a la vez una acción social práctica y una reflexión política, en la medida en que, en el encuentro con los otros, hay inexorablemente una confrontación por el sentido del mundo (Dutta, 2015). Esto implica, como plantea Rivera (2014), que

[...] la interlocución es el lugar vigilante de la comunicación. Esta debe reconocerse como situada, diversa y fluida, por lo tanto, la tarea consiste no solamente en estimular los intercambios entre investigadores y campesinos sino también en fortalecer las relaciones que cada uno de ellos tejen entre sí. La aplicación de esquemas, de métodos, de modelos comunicativos, nunca será suficiente en sí misma. En el encuentro se establece un tacto que implica ejercitarse en la apertura al otro. Los gestos y las palabras recuperan todo su sentido como indicadores de los rumbos que la conversación sugiere toda vez que la presencia del otro obliga siempre al mutuo descubrimiento (p. 18).

Esta comprensión de la comunicación, por un lado, la entrevé como un campo de actuación y pensamiento diferente a otros campos disciplinares, ya que se reconoce en la diversidad teórica, metodológica y de saberes otros, para procurar así el intercambio de conocimientos; por otro lado, toma distancia de la idea de la comunicación como un proceso de difusión jerárquica de información por parte de un grupo de expertos a través de un dispositivo tecnológico, o como un proceso de emisión de mensajes a un público pasivo. En esta investigación aludimos a una concepción no instrumental de la comunicación que reconoce el conocimiento dialógico e intercultural, y comprende las significaciones sociales como prácticas de sentido significantes y de expresión de la subjetividad moderna. Como sugiere Sánchez (2002), se trata entonces de comprender los procesos de producción y puesta en común de sentido, dimensiones constitutivamente comunicativas.

La pesquisa hermenéutica

El trabajo metodológico de esta propuesta constó de dos fases. El objetivo de la primera fase fue caracterizar a los agentes que hicieron parte de nuestro sistema de informantes. Para hacerlo identificamos y exploramos aleatoriamente diferentes experiencias rurales y urbanas situadas en la ciudad de Cali y sus alrededores, cuyos propósitos estuvieran sintonizados con la lógica de la cadena para la seguridad alimentaria en los eslabones de producción y circulación; eventualmente obtuvimos testimonios de consumidores, aunque para este trabajo ellos no fueron nuestro público objetivo. Una vez hechos los primeros contactos continuamos ampliando la muestra mediante la técnica de referidos; en total fueron 25 las experiencias abordadas.

El enfoque metodológico que escogimos para recopilar la información fue la etnografía, la cual nos permitió no solo describir las prácticas socioculturales de los involucrados, sino darles sentido en el contexto de la soberanía alimentaria. De acuerdo con Galindo (1998), en la etnografía el investigador construye, desde la mirada descriptiva y fenomenológica, los sentidos que subyacen a una situación dada. La indagación etnográfica permitió así describir las interacciones constitutivas de este encuentro entre productores e intermediarios y su relación con los consumidores.

Las técnicas de recolección de datos que utilizamos fueron la observación participante y las entrevistas abiertas de productores e intermediarios. Eventualmente obtuvimos información de consumidores que, como ya lo anotamos, no hicieron parte de nuestro grupo objetivo. Se trató de observar en la práctica la historia contada por los protagonistas. Las categorías de indagación enfatizaron aspectos como la biografía de los investigados tejida alrededor de sus prácticas de alimentación, con el fin de señalar el momento y las causas de los cambios ocurridos en su viraje hacia la soberanía alimentaria, puesto que el objetivo de nuestra investigación fue el de comprender las subjetividades emergentes en ellas.

Nuestra aproximación a los informantes se hizo en sus propios territorios, bien fueran los predios de los productores, las oficinas de los intermediarios o los mercados y festivales agroecológicos. La historia de su

constitución, las maneras de organizarse y los comportamientos como consumidores fueron los ejes de las conversaciones, pero al mismo tiempo revisamos experiencias documentadas, estudios de caso de redes alimentarias, y exploramos los diferentes mecanismos virtuales de comunicación de los productores e intermediarios con los consumidores.

El objetivo de la segunda fase fue el de propiciar encuentros entre los agentes de esta cadena: productores, distribuidores y eventualmente consumidores, con el fin de fomentar redes asociativas. Tal propósito se abordó desde la investigación-acción-participación. Esta corriente tiene la intención de suscitar el diálogo entre la academia y el conocimiento popular; prioriza el conocimiento crítico sobre la base del compromiso de este con los contextos y los intereses de los sujetos que lo producen. Para hacerlo, debe reconocerse participativamente el entorno social intervenido, con el fin de dilucidar las relaciones entre los conocimientos científicos, la cultura local y las relaciones de poder que los constituyen.

En esta tarea, claramente política, es fundamental comprender el conocimiento de la experiencia y del sentido común reflejado en la vida cotidiana de los agentes vinculados a la investigación. La acción parte del entendimiento de que solo por su conducto es posible la transformación de la realidad. La acción, lo mismo que el conocimiento, involucra a todos los participantes y les exige un compromiso vital con el proceso de intervención social que es a la vez riguroso frente a la búsqueda de conocimiento y flexible frente a la vida y el trabajo cotidiano (Rahman y Fals Borda, 1992).

Estas reflexiones críticas tuvieron lugar inicialmente en los encuentros de nosotros, los investigadores, con los informantes, proceso en el cual estuvimos alrededor de un año. Las conversaciones se enmarcaron definitivamente en la acción para el cambio. Adicionalmente organizamos un encuentro con la participación de los involucrados y posteriormente realizamos un taller con invitación ampliada a otras experiencias que no habían sido parte de la muestra inicial. Estos dos encuentros estimularon el diálogo transdisciplinar y complementaron la información recogida en la primera fase.

El análisis de la información corresponde a las directrices del texto etnográfico, en el cual las categorías de análisis se construyen a partir de la lectura y la discusión constantes de los datos en función de los objetivos propuestos, de la comparación entre ellos y de la confrontación con la situación estudiada.

Hallazgos

En este estudio encontramos que las personas involucradas en la cadena para la soberanía alimentaria conforman un mosaico heterogéneo: diferentes niveles de educación formal, desde básica primaria hasta doctorados y posdoctorados, un rango de edad muy amplio y múltiples maneras de aproximarse al tema de la soberanía alimentaria según sean sus posiciones como productores, intermediarios o consumidores, o bien como activistas promotores de acciones esporádicas, entre ellas festivales en espacios públicos. Esta diversidad también se observa en las ocupaciones del grupo de informantes, integrado por académicos, estudiantes, campesinos, profesionales, entre otros; sin embargo, a todos los unifican sus prácticas respecto al consumo de alimentos.

De acuerdo con Foucault (2007), las prácticas las constituyen modos de actuar y de pensar. Los unos despliegan ciertos mecanismos de poder para inducir comportamientos y discursos, y los otros manifiestan saberes que, como la soberanía alimentaria, empiezan a ser aceptados por algunas comunidades. Este vínculo poder-saber es histórico; en este caso, ocurre en el momento en el que los seres humanos nos hemos convertido en una fuerza planetaria que ha transformado el entorno hasta más allá de los límites de su sustentabilidad, ante lo cual la única alternativa de cambio es la producción de nuevas subjetividades. Toda vez que la verdad no es algo dado (Hardt y Negri, 2017), estas prácticas construyen en la sociedad civil otras maneras de habitar el planeta.

Las subjetividades que emergen esbozan una ruptura con el modelo hegemónico de la agroindustria, pero más allá de esto se evidencia un malestar con el sistema capitalista de producción, que ha reducido al ser humano al rol de consumidor pasivo, y que en su afán de lucro ha simplificado los

ecosistemas hasta hacer peligrar la vida misma. La creación de redes solidarias para compartir no solo mercancías, sino también relaciones, busca la emancipación de este sistema, reclama el bienestar de la salud y promueve la comprensión del entorno en el que estamos inmersos, en un esfuerzo por recuperar la conexión perdida con los demás seres vivos que nos rodean.

La Milpa es una de las iniciativas estudiadas para comprender mejor la manera como se constituyen este tipo de interacciones sociales que permiten la conformación de redes solidarias, y la forma en que se entrecruzan los conocimientos y se renuevan las artes de hacer. Se trata de una huerta a cargo de Elizabeth Novoa Hidalgo, una mujer hortelana, como ella se define, que se toma amigablemente un lote urbano para iniciar en él un proceso de producción orgánica cuyo propósito es acercar a la comunidad a estas prácticas. La huerta fue creada en 2015 y está ubicada en el barrio San Antonio de Cali. El acceso al sitio es libre y la repartición de productos, gratuita. El propietario del solar simpatiza con estas acciones y por lo tanto ha permitido su transformación.

La adecuación del lote se basa en la creación de suelos para la siembra. Actividades como el compostaje son centrales en esta puesta en práctica de la huerta que se ha extendido a los vecinos, quienes aportan la materia orgánica para el compostaje y en tal intercambio se asoman a conocimientos y sensibilidades nuevas que los involucran. Es un proceso de intercambio de conocimientos que empieza en el suelo y pasa por experiencias como la gastronómica y la artística, asentadas en la posición política de la gestora de esta experiencia articulada al discurso ambiental de la diversidad desde una visión ecosistémica, a la soberanía alimentaria y a la autonomía de las personas.

El aula-jardín la Milpa busca también generar un espacio propicio para la investigación en distintas técnicas agroecológicas, compartir saberes, la recuperación de memoria en torno a temas de sostenibilidad y la preservación del patrimonio material e inmaterial de nuestro territorio a partir de la lúdica y la experiencia directa.

Emerge pues otra sensibilidad que impulsa un cambio en las maneras de apreciarnos a nosotros mismos y de relacionarnos con los otros, los conocimientos y la técnica. Lo ético y estético hacen presencia en las actividades

de la Milpa mediante talleres sobre alimentación, música, pintura, entre otros. La alimentación sana y el cuerpo saludable y no manipulado, según esta hortelana, son el resultado de vivir conscientemente las sujeciones que impone el sistema de vida actual y de tomar distancia crítica frente a ellas; pero lo más significativo de esta experiencia es su liderazgo en ampliar esta iniciativa a los demás habitantes del barrio y entrar a formar parte del grupo Ecobarrios, una iniciativa gestionada por la unidad de Cambio Climático del DAGMA (Departamento Administrativo de la Gestión del Medio Ambiente) de Cali que, basada en la sostenibilidad y la tecnología ecológica, busca fundamentalmente la adaptación al cambio climático a través de prácticas de la vida cotidiana de los barrios, como son las huertas en los solares. Esta estrategia de intervención ciudadana inició en dos barrios de Cali, San Antonio y Aguacatal, mediante capacitaciones en tres frentes: prácticas ambientales, construcción de comunidad y apropiación tecnológica; los resultados obtenidos hasta el momento dan cuenta de ochenta huertas y jardines en cada barrio, ochenta composteras y dos pacas digestoras, así como la realización de un mercado verde semanal.

Otro ejemplo que ilustra las maneras como se fusionan y actualizan los conocimientos y se crean redes solidarias a partir de interacciones comunicacionales es la de Fundautónoma, creada en el año 2000 por la Universidad Autónoma de Occidente de Cali con el propósito de liderar proyectos de impacto social que propendan al mejoramiento de la calidad de vida de comunidades marginadas en la ciudad. Johnny Fernando Fernández, líder comunitario perteneciente a la organización Colegio Nuevo Latir de la ciudad de Cali, quien trabaja activamente con esta fundación, cuenta que en el año 2016 se le presentó la oportunidad de trabajar con el profesor Carlos Arturo, en el Colegio Nuevo Latir, sembrando en las huertas. El profesor y sus estudiantes, relata Johnny, tenían la iniciativa de sembrar matas en la comunidad cercana al colegio, pero debido a los continuos robos que les hacían suspendieron su iniciativa. Sin embargo, el maestro decidió hablar con la comunidad y les manifestó que el colegio quería hacer huertas. De esta manera, empezaron a capacitar a los pandilleros del sector y les enseñaron cómo sembrar las huertas.

Fue así como Johnny, expandillero, comenzó a hacer parte de este proyecto social de agricultura urbana. Para él, es allí precisamente donde se ha creado un tejido social junto con el colegio y demás organizaciones que ayudaron a crear una relación de confianza entre el colegio y la comunidad. Estas condiciones posibilitaron, entre otras cosas, que los estudiantes pudieran movilizarse libremente por el sector. De esta forma, las huertas en esta zona de la ciudad han servido, más que para sembrar, para dialogar. Se trata más bien de un “sembrado de paz”, dice Johnny. La iniciativa ayudó a que las pandillas se volvieran grupos de amigos y a eliminar las fronteras invisibles que había en el interior de esta comunidad. Este proyecto ya lleva tres años. Johnny ha viajado contando sus experiencias, sobre todo dando testimonios del cambio que ha tenido en su vida y en la vida de otros con las huertas. Uno de estos testimonios es el siguiente:

La experiencia de la huerta realmente ha sido una muestra de espacio de reconciliación y solución de conflictos; por ejemplo, el manejo del canal de agua lluvias y la solución de problemas entre los muchachos del colegio. ¿Qué ha pasado en la comunidad? Se han borrado fronteras invisibles y se han intercambiado experiencias de cambio social. Todo el proyecto ha sido con la filosofía de “que no se destruya, sino que se construya”. Debido a que la huerta fue varias veces destruida por la situación de seguridad, y reconstruida, ahora el nombre de la huerta es Ave Fénix (Fernández, 2019).

Tales son las principales razones por las cuales nuestros informantes se involucraron en algún eslabón de la cadena para la soberanía alimentaria: tomar sus propias decisiones sobre el consumo de alimentos, reconocer el destino colectivo de los seres vivos que nos hace interdependientes y recuperar la salud deteriorada por prácticas de consumo nocivas. Esta experiencia somática es un trabajo individual como recurso de emancipación o, dicho de otra manera, de prácticas corporales “experienciales” para la vivencia subjetiva que permiten hacer conciencia del cuerpo a través de prácticas de producción, distribución y consumo de alimentos (Pedraza, 2010, 2013; Calero, Restrepo y Rivera, 2016).

Quienes se encuentran en las esferas de producción relacionan las prácticas de siembra sana con la salud humana y la de los ecosistemas en los que trabajan. La ausencia de agroquímicos, los cultivos asociados y el cuidado del suelo son las garantías para el consumo de productos amigables con los cuerpos y el ambiente. Los intermediarios por su parte promocionan sus productos con base en la salud corporal y, en menor proporción, adicionan a la idea de salud la importancia de reconocer al ser humano como parte integral del entorno. Es decir, no todos declaran esta visión holística, ellos son los principales gestores de las redes virtuales de intercambio. Las ventas *online* están constituidas por plataformas que crean redes de usuarios; se apoyan, además, en redes sociales en las que prima el sentido de cooperación y comunalidad. Otra forma de comercialización de estos productos son los mercados agroecológicos en los cuales el contacto presencial y periódico entre productores y consumidores construye relaciones de amistad.

Un ejemplo de intermediación a través de plataformas virtuales es el de la organización EcoHuerta Somos Orgánico, ubicada en la ciudad de Cali. Este emprendimiento se define como una organización comprometida con la producción, la distribución y el consumo de productos orgánicos y agroecológicos desde la perspectiva de soberanía alimentaria. En su página web se indica que los productos que cataloga como orgánicos son certificados, así sean procesados, y los alimentos que cataloga como agroecológicos no son certificados pero manejan cultivos y procesos limpios, libres de químicos y hormonas, y no transgénicos, los cuales están vigilados por la Corporación Autónoma Regional del Valle del Cauca (CVC). También, en la misma página, se comunica que su propuesta pretende fortalecer una alimentación sana y ayudar al equilibrio del medio ambiente a través de la agricultura orgánica, la cual incentiva los ecosistemas saludables y prohíbe el uso de semillas genéticamente modificadas, pesticidas, herbicidas o fungicidas. En este sentido, la organización plantea que busca convertir el consumo en un acto responsable, obtener beneficio para todas las partes implicadas, asegurar la sostenibilidad en el ciclo agroalimentario y fomentar la soberanía alimentaria.

Lo anterior no puede ser posible sin tener en cuenta a todos los actores que componen la cadena de producción, distribución y consumo de alimentos orgánicos y agroecológicos. En este caso, la etapa de producción está compuesta por los proveedores de EcoHuerta Somos Orgánico, quienes son agricultores de los departamentos del Valle del Cauca y del Cauca, y responden a uno de los principios de la soberanía alimentaria: fortalecer la economía local. La distribución de alimentos orgánicos y agroecológicos en este trabajo le corresponde a EcoHuerta Somos Orgánico, quienes se encargan de satisfacer la demanda de estos productos en la ciudad de Cali, y son el puente entre el campo y la ciudad al encargarse de articular el intercambio comercial entre productores y consumidores, último eslabón del encadenamiento.

Entre los diferentes discursos que difunde esta organización en su visión se destacan los siguientes: crear un vínculo entre el campo y la ciudad, facilitar a las personas que viven en la ciudad alimentos orgánicos de máxima calidad, favorecer a los productores orgánicos el acceso a un mercado bajo los principios de un mercadeo justo y fomentar la producción orgánica respetando la naturaleza y el medio ambiente. En términos axiológicos, la visión se expresa desde nociones como *respeto*, entendido como valorar la vida no solo de nuestra especie, sino de toda la biodiversidad; *dignidad*, pues toda criatura ocupa un lugar en la cadena de la vida y merece un trato digno; *responsabilidad*, porque asumimos el impacto de nuestras obras; *compromiso*, entendiendo que nuestro quehacer enaltece la interacción social y fomenta la armonía con el entorno; *cooperación*, relacionada con la inclusión y valoración de cada persona vinculada a esta cadena; *justicia*, aludiendo al reconocimiento del otro y a la equidad en el trato y la relación, y *transparencia*, entendida como las interrelaciones claras que permiten construir y crear confianza.

Otro ejemplo de comercialización es la experiencia de Asoproorgánicos (Asociación de Productores Orgánicos), la cual refleja una estructura de organización formal puesto que los productores y distribuidores están agremiados bajo la figura de asociación, lo que les ha permitido establecer redes de soporte para capacitaciones que van desde el manejo de los predios

para los productores hasta temas de administración y derechos civiles que fortalecen los vínculos solidarios; únicamente quienes hacen parte de ella acceden a sus beneficios. La pertenencia es restringida, sobre todo porque no tienen un lugar propio para ofrecer sus productos y dependen del préstamo de espacios en diversos sectores del sur de la ciudad; también por tal razón solo pueden exponer sus productos los sábados en la mañana.

Este mercado agroecológico campesino surgió en Cali en 2002 cuando la CVC empezó a capacitar a un grupo de campesinos del Valle y del Cauca en la producción limpia y sostenible de alimentos. La mayoría de los actores sociales que participan en el mercado reconocen dos aspectos fundamentales en términos del significado de esta experiencia: uno es el ambiental, puesto que los productos que se venden provienen de cultivos que no generan impactos negativos en los ecosistemas; el otro es económico, ya que es el espacio de comercialización el que permite a los campesinos obtener mejores ingresos en la medida en que se evita la intermediación. Pero también beneficia a los consumidores que obtienen productos más sanos y, al ser comprados directamente a los productores, evitan los sobrepuestos que los intermediarios ponen a los productos orgánicos. En la actualidad, Aso-proorgánicos reúne cerca de trescientas familias que viven de estos cultivos sanos para quien los cultiva y para quien los consume.

Las estrategias de comunicación enunciadas por los líderes de esta propuesta para convocar a la ciudadanía al mercado se apoyan en discursos que resuenan con los principios axiológicos de la soberanía alimentaria. Veamos algunos de ellos: “Los invitamos a disfrutar de los ricos y deliciosos sabores de las semillas ancestrales que nosotros cultivamos por medio de nuestro sistema de producción agroecológico natural y orgánico” (López Muñoz, 2019); “Cuando ustedes compran aquí, están apoyando un acto de solidaridad con el planeta tierra y con la salud de la humanidad” (González, 2019).

Testimonios aún más personalizados hablan de un proceso autorreflexivo que moviliza discursos con posturas políticas, y también muestran cómo se tejen las relaciones interpersonales entre productores y consumidores. Veamos un par de ejemplos:

El monocultivo no da soberanía alimentaria y nosotros dentro de la agroecología hablamos de soberanía alimentaria. Que se trata también de lo que yo decido que hay que sembrar para comer. ¿Qué soberanía debemos garantizar? La del agricultor que está en la finca y lo que él va a sembrar para su consumo [...]. Al conocer el productor no consumes la lechuga sino la lechuga de Chucho, no consumes tomate sino el tomate de Dora. Cuando conoces el productor de esta manera e inclusive te dispones a conocer la finca del productor, o conocer al productor y un poco de su experiencia de vida, se crean condiciones para creer o no en la calidad orgánica del producto. Esto es la certificación de confianza. Se trata de una relación entre personas (Franco, 2019).

Vemos en este último testimonio cómo los estilos de comunicación que tienen los productores e intermediarios con los consumidores son dialogales, interpersonales, abunda la comunicación directa, cara a cara, en un ambiente de confianza y amistad. Las interacciones que tienen lugar en el mercado los sábados exceden el interés por los productos que se venden; alusiones a la vida personal dan cuenta de la cercanía entre ellos. Son 18 años de crear vínculos y construir comunidad.

Por otra parte, la comunicación entre productores y distribuidores está mediada por los procesos tanto de certificación de confianza como por los de organización del negocio o emprendimiento. Un primer acercamiento nos revela relaciones de compañerismo frente a la búsqueda de estrategias para lograr el objetivo compartido de mantener activo el mercado agroecológico en la ciudad de Cali; sin embargo, estas conversaciones no están exentas de relaciones de poder que los enfrentan al conflicto.

Observamos pues que la producción y el intercambio de alimentos empiezan a ser actividades compartidas toda vez que las páginas electrónicas y las redes sociales acercan los tres eslabones de la cadena: ocurre una socialización de la producción, la intermediación y el consumo que trasciende los objetos mismos para compartir también relaciones sociales construidas a su alrededor (Hardt y Negri, 2017). Si esto es observable en

los intercambios virtuales, lo es aún más en los presenciales. Los mercados agroecológicos son escenarios vivos de esta socialización. De igual manera se observa en estas interacciones una relación socioecológica fundamental para el desarrollo de las innovaciones sociales (Olsson *et al.*, 2017), en la medida en que es explícita en la mayoría de investigadores la conciencia de pertenecer a un entorno habitado por otros seres vivos diferentes de los humanos. Los alimentos se convierten en parte de la red de amigos: “son amigables”, es el calificativo.

Según Hardt y Negri (2017) la producción social se está jugando ahora en las maneras como se gestionan e interiorizan las riquezas del planeta y del entorno social que compartimos. Por esta razón la producción se hace desde los conocimientos compartidos que gestan lenguajes comunes y canales de colaboración para acceder justa y equitativamente a los recursos. En nuestra investigación pudimos constatar la conversación transdisciplinaria que tiene lugar entre los involucrados en la cadena para la soberanía alimentaria. Tanto los conocimientos vernáculos como los científicos son protagonistas de los procesos de producción de alimentos, de las formas de almacenarlos y consumirlos.

Los intermediarios, profesionales procedentes de disciplinas como agronomía, biología y algunas más, se mantienen en estrecho contacto con los productores, gestionando las cosechas. Las maneras de sembrar, los embalajes y otros temas son recurrentes en sus encuentros. Al mismo tiempo, tienden puentes entre los productores y consumidores programando visitas a los predios, la mayoría de propiedad campesina. Como ya dijimos, en los mercados agroecológicos en donde no existe la figura del intermediario tal interlocución es directa, y con el tiempo se han creado lazos estrechos entre quienes asisten a estos. Recetas de cocina, brebajes saludables, consejos para el jardín o para la huerta circulan entre todos ellos, independientemente del grado de formalización de los conocimientos.

Evidenciamos pues el reconocimiento del otro a partir del reconocimiento de lo propio. Esta afirmación no implica que sean relaciones acabadas y armónicas; por el contrario, están atravesadas por relaciones de poder que en ocasiones las desconfiguran, tal cual se da cuenta en algunos

testimonios. Pero lo que sí se percibe es un sentido de cooperación que va más allá de los pactos entre humanos. Hay pactos hechos con el suelo, los animales o las plantas; por esta razón los productos que se comercializan cambian permanentemente no solo de aspecto, según las condiciones de cultivo, sino también de oferta. El consumidor es consciente de que no siempre encontrará lo que busca.

Hasta aquí los resultados plantean la existencia de un grupo de personas en procesos de cambio tras adoptar distintas posiciones críticas frente al poder hegemónico en el marco del capitalismo global; la soberanía alimentaria es el campo que han escogido para lograrlo. Sin embargo, al mirar con detenimiento estos procesos se hace visible un cierto ensamblaje de ideas que combinan nociones y técnicas conservadoras, con otras muy innovadoras. Esto es lo que Olsson *et al.* (2017) han llamado *bricolaje* y lo destacan como una de las variables para la innovación social. Conocimientos de vanguardia que dialogan con conocimientos tradicionales, mediaciones comunicativas muy tecnológicas entremezcladas con el contacto personal y el afecto y la superación o el intento por superar el antropocentrismo tan arraigado en la educación moderna son indicadores de un cambio social profundo que está en ciernes (Hardt y Negri, 2017; Olsson *et al.*, 2017).

Por ejemplo, en una de las áreas periurbanas de Cali, específicamente en el corregimiento de Villa Carmelo, ubicado en la cuenca del río Meléndez sobre la cordillera occidental, se encuentra la Asociación de Organizaciones comunitarias Cuenca Meléndez Vive, que ha logrado en los últimos años que los productores de alimentos orgánicos se organicen y se encuentren el primer sábado de cada mes en el Mercado de la Montaña; estas formas asociativas permiten a los campesinos de la región la producción orgánica de variedades de lechuga, cebolla, fríjol, plantas condimentarias, huevos campesinos, leche de cabra, conejos, entre otros. Uno de sus líderes, Carlos Augusto Castaño, cuenta que la estrategia de comunicación para la organización de los productores se inició formulando preguntas, en talleres comunitarios, como las siguientes: ¿qué produzco?, ¿qué consumo?, ¿qué residuos genero?, ¿quién tiene lo que yo necesito?

Dichas preguntas permitieron el reconocimiento mutuo y seguidamente la organización de todos al rededor de la creación del Mercado de la Montaña; se trató, reflexiona Carlos Augusto, de “hacer visible lo invisible”. Luego se preguntaron cómo volver la experiencia legal y sostenible, cómo vincular a más campesinos de la comunidad en este proyecto comunitario, cómo mantener la producción orgánica o agroecológica y cómo mantener la autonomía.

De esta manera han creado un vínculo y una forma de organización que en su debido momento ha sido acompañada por el conocimiento experto, por parte del Dagma-Umata, que tiene como misión prestar Asistencia Técnica Directa Rural (ATDR) al pequeño y mediano productor, con el fin de mejorar los sistemas de producción, el nivel de ingresos y las condiciones de vida, sin que esta labor conlleve el deterioro de los recursos naturales. El mercado también tiene un espacio para huerteros externos; sin embargo, estos “invitados” deben compartir técnicas y saberes que ellos no poseen. Consideran que lo que les falta, en términos de productos y conocimientos, es una oportunidad para renovar el hacer.

Se observa que la relación con lo institucional y con otros actores sociales parte primero de una iniciativa local, y se inicia con unas preguntas que son al tiempo reflexivas y prácticas. Lo primero que se considera son los conocimientos propios ligados a un saber hacer en la tierra, para posteriormente abrir el diálogo a técnicas y conocimientos nuevos. Una forma pragmática de comprender la noción de bricolaje y la comunicación como proceso de mediación.

Estas nuevas subjetividades dan cuenta de una gran heterogeneidad organizacional para asumir el devenir. Están constituidas por individuos o grupos de personas reunidos bajo parámetros en principio convencionales, como ocurre con los mercados agroecológicos en los cuales es visible el liderazgo de su presidente. No obstante, las decisiones son discutidas por las bases que participan ampliamente. El liderazgo, en este caso, es un operador de oportunidades para un grupo de personas autoorganizadas y situadas en las mismas condiciones de igualdad.

Junto a esta forma de organización se perfila aquella asumida por los intermediarios que de alguna manera controlan e inducen los gustos de los

consumidores al mantenerlos conectados a su página y redes sociales, en donde informan y capacitan sobre los productos ofrecidos. No se observa aquí ninguna iniciativa autogestionada por parte de los consumidores. Pasa lo mismo con los productores: el intermediario vincula a unos y a otros al tiempo que inspecciona la producción y el consumo, crea foros de discusión, propicia acercamientos, pero ni los campesinos ni los consumidores conforman grupos autoorganizados.

No ocurre lo mismo con las personas asiduas a los festivales que ya mencionamos; son grupos amorfos, itinerantes, sintonizados con la noción de soberanía alimentaria, pero sus interacciones son pasajeras. Los líderes de estos festivales se caracterizan por tener perfiles muy bajos y no siempre son promovidos por las mismas personas. Es posible observar entonces toda una amalgama de formas de poder que se entretajan alrededor de estas prácticas en las que la inclusión de muchas voces es garantía para el emprendimiento democrático de la multitud en su vía hacia el cambio (Hardt y Negri, 2017).

Dicha diversidad estimula unas formas de comunicación marcadas por la heteroglosia o polifonía discursiva (Volóshinov y Bajtín, 1992), nociones que si bien han sido aplicadas más al campo literario y lingüístico, es factible movilizarlas o apropiárselas al estudio de la comunicación para el cambio social, porque precisamente a esta le concierne la tarea difícil y ambiciosa de problematizar los sentidos múltiples de aquellos discursos que se cocinan en torno a la soberanía alimentaria. Son muchas las voces que se escuchan para dar sentido al texto de la soberanía alimentaria y las subjetividades que implica; al reconocerlas de esta manera se previene realizar una lectura polarizada de estas experiencias, en el sentido de pensar que unos tipos de acción son más políticos que otros, al tiempo que se insta a comprender, de manera más amplia y crítica, el tipo de subjetividades emergentes en el contexto de esta práctica social.

Tal comprensión es determinante para iniciar procesos de intervención pensados desde la comunicación para el cambio social que se basan ante todo en el saber hacer y en la experiencia sedimentada o acumulada de quienes integran este campo de prácticas (Serres, 2003 [1985];

Bourdieu, 1991 [1980]; Seremetakis, 1996), aunada a tecnologías y conocimientos de vanguardia. Se trata, en últimas, de desentrañar las lógicas y las dinámicas sociales y económicas de los campesinos o de aquellos ciudadanos que trabajan subrepticia o tácticamente (De Certeau, 1996) en proyectos pequeños de agricultura urbana, así como la de quienes lo hacen manifiestamente con el fin de promover el cambio tan necesario para la continuidad de la vida en el planeta.

Conclusión

Este reporte de investigación recrea la manera como se siembran subjetividades emergentes alrededor de las prácticas de la soberanía alimentaria en la ciudad de Cali y en su zona periurbana. Las experiencias analizadas muestran claramente cómo estas prácticas son un indicio significativo de procesos de transformación que conllevan la reconfiguración de los sujetos en la praxis social. Las especificidades de este cambio se dejan ver en el diálogo transdisciplinar, en el uso de herramientas tecnológicas de vanguardia combinadas con algunas tradicionales, en el acercamiento socioecológico y en el cambio de los estilos de liderazgo.

Ahora el intercambio entre estos sujetos indica la manera como la comunicación incentiva la participación de los actores sociales para identificar y buscar soluciones a problemas comunes. De igual manera permite establecer que las diferencias de acceso a los recursos materiales y simbólicos fundan espacios en los que ciertos grupos poseen más poder que otros para exponer sus perspectivas de mundo. Por lo tanto, al trabajar en contextos hegemónicos, la comunicación potencializa la negociación de recursos y de manera estratégica orienta procesos de transformación social que benefician a las comunidades. Es allí donde las relaciones de liderazgo implicadas en las experiencias estudiadas no siguen patrones convencionales, toda vez que las estrategias se agencian desde las bases o surgen de lo que estas bases sociales empiezan a demandar.

Referencias bibliográficas

- Bourdieu, P. (1991). *El sentido práctico*. Taurus.
- Calero, S., Restrepo, P., y Rivera, C. (2016). Conversación con Zandra Pedraza. En S. Calero, C. Rivera, y P. Restrepo (Comps.), *Cuerpo y Comunicación* (pp. 25-47). Programa Editorial de la Universidad Autónoma de Occidente.
- De Certeau, M. (1996). *La invención de lo cotidiano: Artes de hacer* (Vol. 1). Universidad Iberoamericana - Instituto Tecnológico de Estudios Superiores de Occidente.
- Dutta, M. (2015). Decolonizing Communication for Social Change: A Culture-Centered Approach. *Communication Theory*, 25(2), 123-143.
- Fernández, J. F. (22 de mayo de 2019). Comunicación personal.
- Forero Álvarez, J. (2003). *Economía campesina y sistema alimentario en Colombia: Aportes para la discusión sobre seguridad alimentaria*. Universidad Javeriana.
- Foucault, M. (2007). *Historia de la sexualidad. El uso de los placeres* (Vol. 2). Siglo XXI Editores.
- Franco, A. (2019). Comunicación personal con la representante legal de Asoproorgánicos.
- Galindo, J. (1998). Etnografía: El oficio de la mirada y el sentido. En J. Galindo Cáceres (Coord.), *Técnicas de investigación en sociedad, cultura y comunicación* (pp. 347-384). Addison Wesley Longman.
- González, E. (2019). Comunicación personal.
- Gutiérrez, L. (2011). El proyecto de soberanía alimentaria: construyendo otras economías para el buen vivir. *Otra Economía*, 5(8), 59-72.
- Hardt, M. y Negri, A. (2017). *Assembly*. Oxford University Press.
- López Muñoz, F. (2019). Comunicación personal con el representante legal de Asoproorgánicos.
- Olsson, P., Moore, M. L., Westley, F. R., y McCarthy, D. D. P. (2017). The concept of the anthropocene as a game-changer: a new context for social innovation and transformations to sustainability. *Ecology and Society*, 22(2). <https://www.ecologyandsociety.org/vol22/iss2/art31/>

- Pedraza, Z. (1999). *En cuerpo y alma: visiones del progreso y la felicidad*. Uniandes.
- Pedraza, Z. (2007). *Políticas y estéticas del cuerpo en América Latina*. Uniandes - Ceso, Departamento de Antropología.
- Pedraza, Z. (2010). Saber, cuerpo y escuela. El uso de los sentidos y la educación somática. *CALLE14: revista de investigación en el campo del arte*, 4(5), 47-56.
- Pineda de Alcázar, M. (2007). El pensamiento teórico y crítico en tiempos de complejidad e incertidumbre en las ciencias de la comunicación. *Utopía y Praxis Latinoamericana*, 12(39), 133-142.
- Rahman, A. y Fals Borda, O. (1992). La situación actual y las perspectivas de la IAP en el mundo. En M. Salazar (Coord.), *La investigación-acción participativa: inicios y desarrollos* (pp. 205-230). Editorial Magisterio.
- Rivera, C. (2014). La comunicación de la agroecología: entre el eufemismo y la esperanza. *Diálogos de la Comunicación*, (89), 1-15
- Rosset, P. (2003). Food Sovereignty: Global Rallying Cry of Farmer Movements. *Food First - Institute for Food and Development Policy Backgrounder*, 4(9), 1-4.
- Sánchez, E. (2002). La investigación latinoamericana de la comunicación y su entorno social: notas para una agenda. *Diálogos de la Comunicación*, (s. n.), 24-35.
- Seremetakis, N. (1996). *The Senses Still. Perception and Memory as Material Culture in Modernity*. University of Chicago Press.
- Serres, M. (2003). *Los cinco sentidos. Ciencia, poesía y filosofía del cuerpo*. Taurus.
- Volóshinov, V. y Bajtin, M. (1992). *Marxismo y filosofía del lenguaje*. Alianza.

De la huerta a lo social: huertas urbanas como medio de apropiación territorial

En una época marcada por emergencias ambientales bajo un sistema agroalimentario limitado al uso de semillas transgénicas y con la predominancia de un concepto de progreso desligado de la naturaleza, los retos que afrontan los movimientos de huerteros que buscan generar espacios de concientización y acción colectiva en grandes ciudades son numerosos. Sin embargo, son estos mismos problemas algunos de los motivadores para crear espacios de reconocimiento, construcción de tejido social y recuperación de soberanía alimentaria en las grandes ciudades a través de la agricultura o, en muchos casos, la agroecología.

Según la FAO (2008), en los últimos años la práctica de la agricultura urbana ha crecido en el mundo y ha generado diversas reflexiones en torno a sus procesos y posibilidades que van mucho más allá del simple acto de siembra y recolecta: representan la disminución de la individualidad característica de la modernidad líquida (Bauman, 2015), la creación de comunidades y la reterritorialización de los espacios que habitan. Incluso, en los últimos meses del año 2020, con el surgimiento y avance de la pandemia de COVID-19, la posibilidad de la agricultura urbana no solo ha respondido a la satisfacción de las necesidades de alimentación, sino que ha despertado el interés en torno a la seguridad de las

■
Ana Paula García
García

Comunicadora Social
Pontificia Universidad
Javeriana de Bogotá
Red de iniciativas huerteras
en Bogotá.
an.garcia@javeriana.edu.co

comunidades y la creación del conocimiento colectivo con otras dinámicas (Alliance of Bioversity International and CIAT, 2020).

Partiendo de lo anterior, en este capítulo se habla de la posibilidad de la construcción de tejido social y reterritorialización a través de las prácticas que reúne la agricultura urbana en seis huertas comunitarias de la ciudad de Bogotá, de las principales consecuencias colaterales que genera este tipo de movimientos y de su objetivo intrínseco ligado al interés ambiental y de salud.

Recorriendo el proceso

Todo comenzó con el trabajo de pregrado “Verde en el asfalto. Comunicación y saberes en la agroecología urbana de Bogotá” (García, 2020), que en su desarrollo se vinculó con la investigación “Prácticas de Comunicación en la Agricultura Urbana de Medellín. Tejido social, territorios y saberes” (RHM, 2020) y adoptó parte de su modelo metodológico para la ciudad de Bogotá. Sin embargo, para esa época no se proyectaban los alcances que tendría ni las profundas reflexiones que surgirían en torno a las actividades que las huertas urbanas reúnen. Ese fue el primer acercamiento a esta investigación; el despertar frente a todas las posibilidades que se generaban en las huertas como, por ejemplo, el interés por la alimentación saludable, los aprendizajes en conjunto, la protección ambiental, la recuperación de territorios, la colectividad, la construcción de comunidad, la organización para la acción, los diálogos para organizar y expresar exigencias ciudadanas, el acercamiento a la naturaleza en medio de las ciudades, entre muchos otros temas.

Más adelante, el mantenimiento de las relaciones con la mayoría de los procesos seleccionados para el estudio inicial, la visita a nuevos proyectos que surgieron con el tiempo y la persistencia de intereses relacionados con el actuar colectivo dieron paso a esta investigación que mezcló aspectos cuantitativos y cualitativos mediante entrevistas semiestructuradas a los integrantes de las huertas, una encuesta con preguntas abiertas y cerradas sobre interacciones y características de los espacios, y una bitácora que resultó de mi etnografía participante. Las seis huertas en Bogotá se seleccionaron a

través de un muestreo de máxima variación, con la finalidad de abarcar los cuatro puntos cardinales de la ciudad con sus distintas condiciones físicas y sociales. Tras entender la metodología empleada para la selección de las huertas, hablemos un poco de sus identidades y enfoques con respecto a la reterritorialización y construcción de tejido social.

La huerta número uno está ubicada en el barrio La Candelaria, un sector donde prima el estrato medio-bajo (lo que define la situación socioeconómica y, de alguna forma, marca una jerarquía social). El acercamiento a la misma se realizó en su etapa inicial gracias al liderazgo de uno de los voceros de la localidad; este proyecto se está desarrollando para recuperar una zona tradicional de la ciudad donde han predominado la indigencia, la inseguridad y el desecho inadecuado de basuras. Su intención es crear un espacio para la interacción de los vecinos y, a su vez, un canal para la discusión de otros asuntos que atañen al barrio.

La segunda huerta queda en el barrio La Perseverancia, definido con una estratificación media-baja. Su nombre es Santa Elena y funciona en el solar de una vivienda hace más de trece años. Aunque las paredes la separen del espacio público, es una huerta abierta a la comunidad y al aprendizaje colectivo que surgió del interés por recuperar la conexión con la tierra y con otros seres humanos. Su dueña, María Elena Villamil, promueve la asistencia de voluntarios y el desarrollo de otro tipo de actividades que fortalezcan las relaciones y el interés por la práctica.

Más al suroccidente de la ciudad se encuentra la tercera huerta. Su nombre es Iguaque y pertenece a la localidad de Kennedy, en el barrio Roma, donde prima los estratos bajo y medio-bajo. Esta iniciativa surgió del interés de distintos amigos y vecinos por recuperar la soberanía alimentaria en el territorio y llevar más seguridad al parque de un conjunto habitacional que se había convertido en una zona de fumadores y de desechos comunales.

En la localidad de Fontibón se sitúa la cuarta huerta. Junto a los conjuntos de Compostela, con estratificación socioeconómica media, se encuentra un espacio de relacionamiento para los vecinos que en un inicio era liderado por dos jóvenes miembros del movimiento Integra-T y que después se convirtió en la huerta Hyntiba. Sus finalidades son muchas, pero una de las

más destacadas fue recuperar un parque público (que había sido invadido por consumidores de estupefacientes y por lo mismo generaba temor a la población, en especial a los niños), a través de la siembra, el compostaje y la organización de tertulias. De ahí que esta huerta no solo logra resistir a través de los alimentos y generar espacios para compartir entre vecinos, sino que adicionalmente retoma un espacio que le pertenecía a la comunidad.

Hacia el norte de la ciudad se ubica Jardín 82, en el límite entre Chapinero y Usaquén, una de las zonas más costosas de Bogotá (con la estratificación socioeconómica más alta). Está ubicada en el interior de un recinto cerrado de acceso libre al público. Esta huerta pertenece al Goethe Institut, una academia alemana que quiso replicar en Colombia el modelo de huertas comunitarias de Alemania, y fomenta en su interior la participación ciudadana, el arte y la investigación.

Finalmente, la sexta huerta se ubica al noroccidente, en una zona de estratificación media-baja. Se trata de La Chipahuerta, la cual pertenece a Chipacuy, un colectivo de pedagogía ciudadana que en la localidad de Suba no solo genera espacios de aprendizaje y creación artística, sino que recuperó un terreno destinado a los desechos, los escombros y la inseguridad. Ahora, gracias a la creación de la huerta, se ha convertido en un espacio para el fortalecimiento de las relaciones de la comunidad.

Así pues, dado que las seis huertas comparten su enfoque hacia las relaciones sociales, crean vínculos entre vecinos y miembros, y facilitan la apropiación de los espacios para el beneficio de la zona me centraré en estos aspectos comunes.

De la retoma y el nuevo empoderamiento

“Interactuar con otros procesos nos ayuda a recordar que no estamos solos, que en medio de la ciudad seguimos luchando por soberanía y que reconocemos lo mucho que dejaron nuestros ancestros” (Rivillas, 2019); esta fue una de las frases que me dijo Rivillas durante la primera visita que hice a la huerta de Roma, Kennedy, y que con el tiempo fue retumbando aún más fuerte en mi cabeza. Él no se refería a voluntarios en la huerta, sino a colectivos que de alguna manera estaban en búsqueda de objetivos similares.

Reconocerse mutuamente, identificar intereses en común, habitar los mismos lugares, generar acciones colectivas, crear espacios de aprendizajes y lograr cambios en el *statu quo*: de allí parte la relevancia del relacionamiento de las huertas con sus integrantes, vecinos y otros tipos de movimientos que, en últimas, promueven la unión y la discusión sobre los espacios. En la reflexión anterior están inmersos los dos conceptos fundamentales de este trabajo que permiten entender parte de los procesos desarrollados a través de las huertas: reterritorialidad y construcción de tejido social. De acuerdo con Guattari y Rolnik (1986), citados en Haesbaert (2004),

Los seres existentes se organizan según territorios que los delimitan y los articulan a los demás y a los flujos cósmicos. El territorio puede ser referido tanto a un espacio habitado como a un sistema percibido, en el cual un sujeto se siente "en casa". El territorio es sinónimo de apropiación, de subjetivación realizada sobre sí misma. Es el conjunto de proyectos y representaciones en los cuales va a desembocar, pragmáticamente, toda una serie de comportamientos, de energía aplicada, en los tiempos y en los espacios sociales, culturales, estéticos, cognitivos (p. 102).

Indudablemente en Bogotá existen historias comunes que unen el pasado con el presente y fomentan su vínculo. El clima, la altura y la huella de humedales que existieron y se convirtieron con los años en zonas verdes repletas de riqueza para la siembra de maíz, hortalizas y variedades de tubérculos como la papa hacen parte de la memoria ancestral de aquello que permite la apropiación de prácticas y el reconocimiento del espacio. Eso hace Iguaque cuando siembra, cuando busca recuperar aquellas variedades de plantas que se reportaron en los libros de historia y cuando une sus intereses con los de otros colectivos que también reconocen sus raíces. Por ejemplo, Iguaque trabaja con la Ecoaula, un espacio de aprendizaje sobre la naturaleza y las acciones conscientes en medio de la ciudad; con El Caracol, una organización social que quiere promover el saber colectivo y las reflexiones en torno a la comunidad, y con el movimiento del humedal La Vaca, cuyos integrantes fomentan la participación ciudadana, las jornadas de limpieza y

los espacios de siembra para cambiar el imaginario colectivo que existe del humedal y así mejorar las condiciones del territorio.

Al hablar de recuperar, estamos asumiendo que primero hubo una pérdida. Es entonces cuando el concepto de desterritorialización toma relevancia. De acuerdo con Sánchez y Caicedo (2017), se trata de un proceso en el que el sujeto es despojado de su pertenencia simbólica, cultural y social con respecto al territorio, y este último queda reducido solo a un espacio geográfico. Puede ser ocasionado por factores violentos como las guerras y el conflicto armado, institucionales como el abandono estatal o culturales como los mitos de la globalización. En ese sentido podemos entender que las causas de la desterritorialización en Bogotá están ligadas a factores culturales que se relacionan con la vida moderna en las ciudades, donde los intereses se centran con mayor frecuencia en un desarrollo enfocado en las nuevas tecnologías, y en algunos casos también se relacionan con factores institucionales que dejan zonas públicas por fuera de sus planes y proyecciones.

Un ejemplo práctico de lo mencionado anteriormente es el urbanismo inmobiliario, donde la especulación de la finca raíz ha generado tendencias de aumento en los precios de los suelos, patrones en las formas de vivienda y expropiación de las personas que las habitan. El problema de esto es que se presentan “los intereses particulares de la clase capitalista como los intereses de toda la sociedad, acompañándolo por un discurso fuertemente ideologizado, que ha construido un imaginario colectivo que asume la vivienda como una mercancía” (Fernández y García, 2014, p. 1), y se dañan otras formas de vida y relación con los territorios.

Teniendo en cuenta las características anteriores, surgen necesidades e intereses que llevan después al proceso de reterritorialización. Siguiendo a Haesbaert (2011), para Sánchez y Caicedo (2017) la reterritorialización implica la

[...] construcción de un lugar para volver a sentir identificación con un pasado, y no únicamente de la manera romántica de percibidos [*sic*], sino rescatando sus saberes de antaño en pro de generar procesos de cambio social, un arraigo cultural que permita llevar a cabo los proyectos vitales del ser humano (p. 27).

Así pues, entendemos que el territorio cobra sentido dependiendo de la interpretación que reciba por parte de sus habitantes. En el caso de las huertas ubicadas en espacios públicos, existe un proceso de retoma de zonas que si bien anteriormente pertenecieron a sus comunidades, pero, por diversas causas ya mencionadas se habían convertido en espacios sin significado o asociados a condiciones nada deseables. Sin embargo, tras la intervención de los movimientos recobraron significado y se transformaron en espacios repletos de nuevo material simbólico.

De manera similar sucede en la Chipahuerta, en la localidad de Suba. A mitad de un camino que conecta edificios, una institución escolar y un parque público no había nada en particular, solo un pequeño recorte de pasto que ocupaba gran parte del andén y que se había convertido en un depósito de escombros y desechos. Sin embargo, tras la intervención del colectivo popular Chipacuy, esta zona recuperó la vida, la percepción de seguridad y el interés de los habitantes. Ahora se siembran papa del Sumapaz —una variedad nativa poco común en la actualidad—, frutas, plantas aromáticas y hortalizas típicas de la región para recuperar la soberanía alimentaria, término que de acuerdo con Food Secure Canada (2012), citado en Gordillo y Méndez (2013), se refiere a seis pilares: satisfacción de necesidades de alimentación, interés en modos de vida sostenibles, control local de la producción, promoción del conocimiento, compatibilidad con la naturaleza y rechazo al intervencionismo (p. 4).

Por otro lado, se debe entender que para lograr la recuperación del territorio también se necesitan interacciones humanas que conlleven este resultado y promuevan otro tipo de procesos. Por ese motivo, es momento de relacionar la construcción del tejido social y sus implicaciones en este proceso. Piotr Sztompka (2002) explica que el tejido social hace referencia a la denominada “realidad social”, que de acuerdo con su modelo de análisis del cambio se diferencia en dos niveles: estructuras (instituciones) y agentes (individuos). Sin embargo, estos dos niveles están relacionados a través de la práctica, de la acción. En ese sentido, el tejido social es el reflejo de una construcción histórica entre individuos e instituciones que se relacionan y se forman en conjunto. Esto quiere decir que la construcción del

tejido social, o la realidad social, depende de los actores y los espacios de relacionamiento: los ciudadanos, las instituciones y el territorio. Entonces, el proceso de reterritorialización no solo permite recuperar espacios para dotarlos de significados, sino que a su vez promueve la interacción humana para crear imaginarios colectivos y construir comunidad.

Partiendo de lo anterior, vale la pena destacar que, en este tipo de casos, las dificultades que generan la desterritorialización y la falta de interacciones institucionales con los agentes se convierten, en últimas, en oportunidades para la acción ciudadana, el pensamiento crítico y la motivación para la intervención, apropiación de los espacios y la consolidación de la comunidad. Las huertas Iguaque, de La Candelaria, de Chipacuy e Hyntiba tienen en común la resistencia y recuperación del espacio público para la apropiación de sus habitantes.

Nombrando la soberanía

Chipacuy, del muisca “Guardián Curí”; *Iguaque*, laguna de donde salió Bachué para dar inicio a la raza humana según la leyenda muisca; *Hyntiba*, del muisca “capitán poderoso”. Basta con analizar los nombres que identifican a estas tres huertas para entender que parten de un interés profundo por reivindicar a los ancestros, por salvar del olvido aquello que forma parte de nuestra historia original y que, a su vez, responde al contexto territorial.

La Chipahuerta se ubica en el barrio Suba Compartir, cerca del Cerro de la Conejera, el cual era llamado Chipacuy por los muisca. Se trata de una zona rodeada por humedales y es el hábitat del cuy de la sabana, un roedor pequeño que forma colonias y cuida la vegetación. Se dice que Chipacuy era el padre protector de la región.

Iguaque está en el barrio Roma de Bogotá, un territorio poblado por los muisca en el siglo XVI; una zona rodeada de lagunas y humedales de donde partían leyendas y creencias que, aún hoy, nos definen. La laguna original bautizada Iguaque está ubicada en Villa de Leyva, en Boyacá. Según la creencia, de allí salió Bachué, la madre primigenia del pueblo, con un hombre en brazos: la representación del nacimiento de todos los hombres.

Finalmente, Hyntiba es el nombre del cacique que, para ese entonces, protegía la zona que bautizó como “Hontibón”, pero que con el tiempo se convirtió en Fontibón. Hasta la Colonia, la zona permaneció protegida por Hyntiba y dependiente del Zipa de Bacatá.

Hablar de estas raíces lingüísticas no es mera curiosidad, sino que vincula el interés por la soberanía con las dinámicas de reivindicación de todo lo que significa el territorio (Gamboa, 2015), el tipo de siembra que allí es posible retomar, los nuevos contextos que la actualidad proporciona y la relación de los habitantes que entienden sus nexos mucho más allá de una simple coincidencia. Y aunque no todas las huertas se nombran con palabras tradicionales de la lengua muisca, sus actores sí se vinculan con los que la historia de la región promueve: Jardín 82 mantiene las flores silvestres; Santa Elena siembra, entre muchas cosas, arracacha, batata y cubios, y en La Candelaria se busca tener hortalizas originarias. Así, recuperar el territorio implica retomar su esencia y promover la vida de la actualidad en sintonía con él y sus comunidades. La búsqueda de la soberanía es, por tanto, un acto político que requiere del relacionamiento.

Relaciones sociales y acciones en colectivo

—Vecinos, ¡yo quiero ayudar! Puedo traer abono, ¿está bien? —dijo una señora del conjunto de Compostela, en Fontibón, a través de la reja que separa los edificios del parque donde ahora se ubica la huerta Hyntiba.

—¿Qué clase de abono? —preguntó Gerardo, uno de los líderes del proyecto.

—De cáscara de arroz —respondió la señora con firmeza, mientras distribuía su mirada hacia todos los que ese día trabajaban en la huerta.

—Sí, sí, tráigalo —empezaron a responder todos.

De formas espontáneas —como en este ejemplo— o con planes premeditados, empiezan a desarrollarse las relaciones entre los vecinos y se consolidan las acciones en colectivo. Siguiendo la idea de Taylor y Van Every (2000), el proceso de organización de colectividades surge por dos vías: la conversación y los textos. La primera hace referencia a esas formas esporádicas que nacen en la cotidianidad, pero que se alinean hacia un mismo

objetivo (en este caso, la huerta). La segunda se refiere a registros formales que plasman y estructuran reglas, filosofías y procedimientos propios del movimiento.

De esta manera la esencia de la individualidad que conceptualiza Bauman (2015), en la que el sujeto moderno solo puede confiar en sí mismo y se retrae para su propia seguridad, se dispersa. El relacionamiento de personas distintas, pero que logran conectar objetivos o intereses comunes a través de la huerta, se fortalece. De acuerdo con Melucci (1996), citado en Kavada (2015), esto permite la creación de identidades colectivas a través de procesos dinámicos y abiertos, de seres heterogéneos unidos a través de prácticas comunes.

Así, no solo se consolida un proceso alrededor de una huerta, sino que se crean nexos que forman comunidad, vecindad, familiaridad; espacios para el reconocimiento y las interacciones que parten del interés por la siembra y la soberanía alimentaria, pero que se amplía mucho más allá. Por ejemplo, en la Huerta de Jardín 82, durante un día de trabajo voluntario, una mujer comentó que vivía en uno de los edificios que colindan con la casa donde se ubica la huerta y descubrió que otro de los asistentes era su vecino: “¿¡Cómo es que nunca nos habíamos visto!?”; se decían mientras todos reflexionaban sobre el problema de las grandes ciudades como Bogotá: frías, duras y distantes. “Aquí pasa que uno ni se entera de quién vive al lado”, dijo otra mujer. Y es verdad, en Bogotá es difícil el relacionamiento social con desconocidos y, por ello, la huerta se convierte en aquel elemento capaz de romper el hielo de la indiferencia: pone un tema de conversación y permite la participación en conjunto; incluso, a través de ella se logra la integración de quienes sienten que no pertenecen a la ciudad, como el caso de una mujer que llegó a Bogotá desplazada por la violencia y encontró en la huerta un espacio para recordar sus saberes, compartirlos con otros, aprender de las técnicas ciudadinas y lograr relaciones de amistad. De esta manera, las huertas comunitarias ofrecen posibilidades de interacción entre adultos, niños, viejos y jóvenes; entre expertos de campos de conocimientos opuestos; entre creyentes de diferentes religiones, o entre miembros de distintos partidos políticos: los une la actividad de la huerta

en primera instancia y propicia la oportunidad para el relacionamiento, la comunicación y la colectividad.

El caso de la huerta de La Candelaria tiene similitudes. Su inicio reunía el interés por la soberanía alimentaria —al igual que los otros procesos—, pero ponía como objetivo central el relacionamiento de los vecinos: “si ellos se conocen, se van a dar cuenta de que les preocupa lo mismo: la inseguridad, el manejo de residuos del sector...”, comentaba uno de los líderes; “la idea de la huerta sirve para que tengan excusas para hablar y, poco a poco, conversen sobre lo que les preocupa y, así, el vocero de la localidad pueda representarlos con mayor fidelidad frente al veedor distrital”.

Por otro lado, María Elena Villamil, de la huerta Santa Elena, ubicada en el barrio La Perseverancia, afirma haber despertado la atención de sus vecinos hacia el proceso de su huerta, y posteriormente habla del afianzamiento de las relaciones que se dieron con ellos. Sin embargo, a Santa Elena llegan más personas de otros lugares, y de eso también se trata la comunidad: de crear vínculos entre quienes parecen distantes y congregarse en torno a intereses compartidos.

Reflexiones en pandemia

Una huerta en medio de la ciudad es un respiro en cualquier momento del año, pero, en medio de un confinamiento, es libertad. Las ciudades se caracterizan por las altas tasas poblacionales y grandes demandas de espacios de vivienda que se resuelven a través de edificaciones e infraestructura. Por lo anterior, las zonas de naturaleza quedan limitadas y son insuficientes para garantizar que sean habitables por tantas personas. Sin embargo, en una situación ‘normal’ hay alternativas, como dar un paseo, visitar parques o salir a las zonas aledañas que cuenten con espacios naturales; pero en situaciones particulares, como el desarrollo de la pandemia de COVID-19, las restricciones y el distanciamiento social condicionan este tipo de posibilidades. Entonces, las huertas también permiten la terapia en tiempos de cuarentenas.

Según Marta Liliana Perdomo (2020), directora del Jardín Botánico de Bogotá, desde el inicio del confinamiento en Bogotá aumentaron las solicitudes de asesorías para la formación de huertas; por una parte, por la

preocupación de los ciudadanos sobre la garantía de acceso a la alimentación y, por otra, para evitar grandes desplazamientos que pudieran generar contagios. A su vez, durante su intervención en Huertas Urbanas para empoderar en tiempos de COVID-19, de Bogotá Desde la Ventana, habló del interés de las personas por el compostaje, porque se puede hacer sin salir de casa.

Las huertas tomadas para este estudio han continuado con prácticas que les permiten mantener el cuidado de las plantas y también sus encuentros sociales. Algunas, como Jardín 82, han estado más alineadas al distanciamiento social, pero otras como Iguaque o Hyntiba han continuado, con mayor cuidado, con la ejecución de mingas y actividades físicas necesarias para la conservación de las huertas. Sin embargo, todas han tratado de que sus redes sociales en entornos digitales permanezcan activas para compartir información útil y para realizar conferencias y tertulias a través de internet. De esta manera, las interacciones se mantienen y transforman constantemente, pero la visibilidad de sus quehaceres queda plasmada en lo que Kavada (2015) denomina códigos que propician la comunicación a través de las plataformas digitales, y que probablemente apoyan la trascendencia de los grupos a través del tiempo y hacia otros territorios.

Comentarios finales

Es difícil vincularse con procesos urbanos de agricultura o agroecología que no generen diversas reflexiones sobre todo lo que conllevan. Las huertas de carácter comunitario que se ubican en las ciudades, si bien representan grandes retos, también son espacios de creación, transformación y fortalecimiento de múltiples aspectos. Pretender que una huerta solo busca proveer alimentos o una conexión con la naturaleza es una mirada simplista. Hemos visto el potencial multifuncional que las lleva a trascender en la esfera social, que permite el reconocimiento, la apropiación de los espacios y la unión de quienes jamás hubiesen interactuado de otras formas.

Las huertas, entonces, son posibles gracias a esas relaciones humanas que se mantienen en el plano físico y se apoyan en la tecnología para alcanzar mayor difusión y trascendencia: “estas iniciativas existen y perduran gracias al uso de la comunicación: con ella se organizan, se encuentran,

llegan a acuerdos y resisten” (García, 2019, p. 107). Además (o crean) el tejido social y reivindican los saberes y territorios. Así, cada huerta urbana es una retoma, un conector y un logro complementario de muchas otras luchas y aspectos.

Referencias bibliográficas

- Alliance of Bioversity International and CIAT (mayo, 2020). COVID-19 makes a strong case for urban farming. *Business Daily*. <http://bit.ly/3CrNq5g>
- Bauman, Z. (2015). *Modernidad líquida*. Fondo de Cultura Económica.
- FAO. (2008). *Urban Agriculture for Sustainable Poverty Alleviation and Food Security*. bit.ly/3P9ORNp
- Fernández, C. y García, E. (mayo, 2014). *Urbanismo inmobiliario, la especulación como forma hegemónica de hacer ciudad*. XIII Coloquio Internacional de Geocrítica, Universidad de Barcelona. bit.ly/3NfTOLk
- Gamboa, J. (2015). Los muisca y su incorporación a la monarquía castellana en el siglo XVI: nuevas lecturas desde la Nueva Historia de la Conquista. En *Diálogos y patrimonio cultural* (pp. 11-33). Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia.
- García, A. (2019). *Verde en el asfalto. Comunicación y saberes en la agroecología urbana de Bogotá* (Tesis de grado). Pontificia Universidad Javeriana.
- Gordillo, G. y Méndez, O. (2013). *Seguridad y soberanía alimentaria*. Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura. <http://www.fao.org/3/a-ax736s.pdf>
- Haesbaert, R. (2011). *El mito de la desterritorialización: del “fin de los territorios” a la multiterritorialidad*. Siglo XXI.
- Kavada, A. (2015). Creating the collective: social media, the Occupy Movement and its constitution as a collective actor. *Information, Communication & Society*, 18(8), 872-886.
- Perdomo, M. (2020). *Huertas urbanas para empoderar en tiempos de Covid-19*. Intervención en Bogotá Desde la Ventana, iniciativas ciudadanas en Pandemia. bit.ly/3PdQedL

- RHM. (2020). *Prácticas comunicativas en la agricultura urbana de Medellín. Tejido social, territorios y saberes. Informe cuanti-cualitativo.* bit.ly/42ADt00
- Rivillas, A. (19 de enero de 2019). Comunicación personal.
- Sánchez, D. y Caicedo, M. (2017). *Pedagogía para la reterritorialización: una respuesta pedagógica ante el creciente abandono del campo colombiano* (Tesis de grado). Universidad Pedagógica Nacional.
- Sztompka, P. (2002). *Sociología del cambio social*. Alianza Editorial.
- Taylor, J. y Van Every, E. (2000). *The Emergent Organization: Communication as Its Site and Surface*. Lawrence Erlbaum Associates.

La agricultura urbana como estrategia comunitaria de bienestar en Cali: pedagogía curativa y terapia social, curando a través de la tierra

Introducción

Actualmente más del 55% de la población mundial, es decir cerca de 4200 millones de personas, vive en ciudades. Según la Organización de las Naciones Unidas (ONU), se proyecta que para el año 2050 esta población que vive en la zona urbana se duplicará, con mayores aumentos en Asia y África, donde vivirá el 88% de todos los nuevos habitantes urbanos (FAO *et al.*, 2020). Las causas del aumento de la población urbana se deben, entre otras, a la migración desde las zonas rurales y al aumento de áreas de desarrollo (María *et al.*, 2018).

Como consecuencia de la poca planificación urbana, principalmente en los países de ingresos medios y bajos, han aumentado las desigualdades en cuanto al bienestar social, donde se encuentran dificultades para el acceso a servicios básicos de saneamiento, salud, educación, recreación y cultura (Nijkamp y Kourtit, 2017). De acuerdo con el Observatorio de Salud y Medio Ambiente de Andalucía (OSMAN, 2016), estas ciudades se caracterizan por un ambiente contaminado, infraestructuras y saneamiento deficientes,



Jenny Faisury

Peña Varón

Investigadora, Escuela de Salud Pública - Universidad del Valle. Becaria en Políticas Alimentarias Saludables - Vital Strategies.
jenny.pena@correounivalle.edu.co

Sara Rankin

Cortázar

Investigadora, Alianza Bioersity-CIAT.
s.rankin@cgiar.org

hacinamiento, altos niveles de violencia, ausencia del sector público, pobreza, e inseguridad alimentaria.

En este sentido, dado que las ciudades son el lugar principal de convivencia y de vida, constituyen un papel determinante en la salud de las personas. El entorno físico influye en los modos y estilos de vida que impactan positiva o negativamente el bienestar de la población. De esta forma, el modelo teórico-ecológico de Bronfenbrenner propone que, además de las dimensiones individuales e interpersonales, se deben considerar las influencias de los ambientes sociales construidos sobre el bienestar de las poblaciones.

En las últimas décadas, debido al contexto en el que se encuentran las medianas y grandes ciudades, se han generado diferentes alternativas para mejorar la calidad de vida de la población; algunas han sido parte de políticas públicas, como es el caso de la estrategia Municipios y Ciudades Saludables impulsada por la Organización Mundial de la Salud; mientras que otras acciones importantes han surgido de forma espontánea desde el interés y la búsqueda de soluciones a diferentes problemáticas por parte de las comunidades.

Una de las principales alternativas para mejorar la calidad de vida en el continuo proceso de urbanización y de expansión de las áreas urbanas ha sido la agricultura urbana. Pese a que las prácticas agrícolas urbanas no son recientes y han hecho parte del crecimiento de gran parte de las ciudades, es a partir de la década de 1980 que se ha venido revelando su importancia tanto para el ambiente como para el bienestar de la población.

Si bien se conoce que la agricultura urbana surgió como parte de la respuesta a la necesidad de garantizar la seguridad alimentaria en las zonas urbanas, en la actualidad se ha reconocido que se relaciona además con la mejora de la salud, la sostenibilidad ambiental, el fortalecimiento de las relaciones sociales, la transformación social, la regeneración urbana, entre otras (Dascal, 1992). Pese a que en algunas ciudades la agricultura urbana ha sido promovida como parte de programas o políticas públicas, en la gran mayoría de los territorios han sido las comunidades, a través de sus diferentes formas de organización, quienes han impulsado la planificación, el desarrollo y el intercambio de experiencias de agricultura en las ciudades (OSMAN, 2016).

Las particularidades de las ciudades latinoamericanas y los avances en agricultura urbana liderados por las comunidades, que en ocasiones han sido poco reconocidos, sustentaron la siguiente pregunta de investigación: ¿Cómo la agricultura urbana se ha convertido en un vehículo para nuevas interacciones en las ciudades que impactan de manera positiva el bienestar de las comunidades?

La investigación muestra que la agricultura urbana es una herramienta de bienestar social, pues aporta al sustento económico, a la seguridad alimentaria, a la sostenibilidad ambiental y sobre todo al desarrollo comunitario en los diferentes territorios. A partir de un estudio de caso en la ciudad de Cali (Colombia), se analizaron dos experiencias en las que se encontró un compromiso por el bienestar de personas de la comunidad con necesidades o capacidades especiales, por fortalecer el trabajo en equipo, la cohesión social y generar resistencia a las imposiciones globales respecto a las dietas que ponen en riesgo la salud.

Metodología

Se llevó a cabo un estudio de caso único (Yin, 2006) en el que participaron dos experiencias de agricultura urbana en Cali, localizadas una en la zona urbana y otra en la zona periurbana de la ciudad. La selección de los participantes fue por conveniencia (Trindade, 2016). Se utilizaron, como técnicas de recolección de información, la revisión documental exploratoria y la entrevista semiestructurada.

Se realizó una revisión documental con el propósito de identificar experiencias en diferentes países de Latinoamérica que aportan al bienestar de las comunidades. A través de esta técnica se hizo una revisión, selección y análisis de documentos, los cuales se buscaron en el medio electrónico. Las primeras búsquedas se realizaron en febrero de 2020 y continuaron en septiembre y octubre del mismo año. En el primer proceso se acudió a Google Académico, con el fin de identificar documentos de instituciones académicas o de otros grupos e instituciones. La búsqueda incluyó los términos “Agricultura Urbana”, “Huertas” y “Bienestar y Agricultura Urbana”, a los que se adicionaron los nombres de cada uno de los países

de América Latina. Se definió un rango de publicaciones realizadas desde enero de 2017 hasta octubre de 2020, se incluyeron los artículos en español y portugués, cuyo texto completo estuviera disponible. En la tercera etapa se revisaron los resúmenes y se excluyeron los documentos que no correspondieran a Latinoamérica.

En esta revisión documental se tuvo en cuenta tanto el principio de pertinencia, es decir, se seleccionaron los documentos que brindaban mayor y mejor información, como el principio de disponibilidad, puesto que solo se tuvieron en cuenta para el análisis los documentos que se encontraban disponibles públicamente. Se obtuvo un total de 89 artículos en la búsqueda; de estos, 13 fueron excluidos por estar duplicados; de los 76 restantes, fueron leídos los resúmenes y solo fueron seleccionados 28, considerando los criterios de inclusión.

De manera complementaria a la revisión documental, se realizaron cuatro entrevistas semiestructuradas, las cuales consisten en una conversación provocada por el entrevistador; en ella se dispone de un guion donde están los temas que se deben tratar. La entrevista se estructuró en cuatro partes: descripción de la experiencia (integrantes, sostenimiento en el tiempo, ubicación), motivaciones de la experiencia, dificultades presentadas y aportes percibidos. Las entrevistas fueron realizadas a los líderes de las experiencias identificadas y a dos integrantes o participantes activos.

Las entrevistas semiestructuradas realizadas fueron grabadas en audio con autorización de los participantes y transcritas textualmente; posteriormente se realizó un análisis temático para identificar y analizar los temas de interés del estudio. En el desarrollo de esta técnica se ofrecieron las medidas prácticas de confidencialidad y se contó con el consentimiento informado.

Resultados

Agricultura urbana y bienestar social

El concepto de *bienestar* tiene diversas definiciones e interpretaciones. En este contexto estará relacionado con estar “bien” integralmente; es decir, involucra una serie de líneas o campos de preocupación: salud, educación,

vivienda, ingresos, etc. Es, según diversos autores, un valor social que tiene como objetivo garantizar que todos los integrantes de una comunidad dispongan de los medios para satisfacer lo que llaman actualmente “necesidades” (Muñoz-Parra *et al.*, 2020).

A partir de lo expuesto es importante identificar, de acuerdo con algunas experiencias reconocidas en la región, la relación entre agricultura urbana y bienestar tanto a nivel individual como grupal. En el ámbito de la salud, los aportes están relacionados principalmente con mejoras en la calidad de la dieta de las familias; sin embargo, también se han documentado otros beneficios en cuanto al desarrollo de diversos recursos emocionales, cognitivos y mentales (Mejías Moreno, 2013).

A la luz de lo expuesto, en Chile, en La Quebrada de Alvarado, Región de Valparaíso, mujeres de la comunidad han trabajado en diferentes experiencias de agricultura urbana en las que resaltan aspectos emocionales positivos relacionados con percepciones de satisfacción, felicidad, ocupación productiva del tiempo libre y un posicionamiento en su comunidad, dado que son portadoras de conocimientos de prácticas agrícolas que mantienen y fortalecen la cultura y la identidad de su comunidad (Ibarra *et al.*, 2018).

En el área clínica también se han encontrado beneficios en cuanto al estado de salud mental. En Argentina se realizó una intervención de agricultura urbana como tratamiento de pacientes con trastornos mentales severos y persistentes. Se logró establecer la huerta en un predio de 2500 m². Al cabo de un año de la intervención, fue significativa la reducción de formulación farmacológica y se identificaron transformaciones positivas en el comportamiento de los participantes (Vassolo y Lovari, 2013).

Estrategia para garantizar la seguridad alimentaria y nutricional de los hogares

De acuerdo con la Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación (FAO, 2011), la Seguridad Alimentaria Nutricional es

Un estado en el cual todas las personas gozan, en forma oportuna y permanente, de acceso físico, económico y social

a los alimentos que necesitan, en cantidad y calidad, para su adecuado consumo y utilización biológica, garantizándoles un estado de bienestar general que coadyuve al logro de su desarrollo (p. 2).

Pese a que garantizar el acceso a una dieta saludable es un requisito para lograr la meta de los Objetivos de Desarrollo Sostenible de erradicar todas las formas de desnutrición, actualmente se estima que 2000 millones de personas en el mundo tienen inseguridad alimentaria; es decir, que no tienen acceso regular a alimentos seguros, nutritivos y suficientes. Esto se debe principalmente a la vulnerabilidad socioeconómica, dado que los hogares no cuentan con los recursos necesarios para adquirir los alimentos que necesitan para llevar una vida activa y sana (FAO, 2014; 2020).

Considerando lo anterior, una de las alternativas para mejorar el acceso a alimentos ha sido el desarrollo de experiencias de agricultura urbana. El impacto positivo generado por las experiencias ha sido documentado; diferentes ciudades han encontrado en la agricultura urbana una oportunidad para reducir la inseguridad alimentaria de la población en situación de pobreza.

Un ejemplo de experiencia ha sido el desarrollado en el municipio del distrito central del departamento de Francisco Morazán, en Honduras, donde se ha fortalecido la agricultura urbana y periurbana desde 2010, con el propósito de contribuir a mejorar la calidad de vida de la población más pobre. En la evaluación que se ha realizado de esta experiencia, se determinó que el 92% de los hogares que han estado involucrados en el proyecto ha mejorado y variado el consumo de hortalizas. Se encontró además que estas familias pasaron de un consumo de verduras y frutas de 110 a 260 gramos por día; también el ahorro económico fue significativo, pues contribuyó entre 13,5% y 25,5% del valor promedio que los hogares participantes destinan para la compra de alimentos (FAO, 2012).

De otro lado, además de facilitar el acceso a alimentos, otras experiencias, como la desarrollada en la ciudad de Cartagena (Colombia), tienen como objetivo generar ingresos a los hogares vulnerables mediante la comercialización de los excedentes de producción, enfocándose en el “en cadenamiento productivo” con hoteles y restaurantes de la ciudad. Esta

experiencia, que inició en 2017, impulsada por una organización no gubernamental y las comunidades, ha sido reconocida como un importante modelo de negocio inclusivo que ha favorecido económicamente a 1485 personas de manera directa y alrededor de 4500 de manera indirecta (Hernández Cobos *et al.*, 2019); de igual manera, se han identificado otras experiencias que realizan una transformación de los alimentos producidos, con el fin de generar más ganancias y tener mayores posibilidades de comercialización a precio justo (Feito, Boza y Peredo, 2019).

Estos ejemplos de experiencias desarrolladas y evaluadas en dos ciudades de América Latina ponen en evidencia la importancia que tiene la agricultura urbana para favorecer económicamente a la población, específicamente a la más vulnerable socioeconómicamente.

Agricultura urbana y sostenibilidad ambiental

La expansión urbana ha generado cambios significativos en los usos del suelo, transformando la vegetación natural, las tierras de vocación agrícola, los humedales, los cauces fluviales... Esto provoca la marcada fragmentación e incluso la pérdida de los ecosistemas y crea importantes desequilibrios ambientales. Así mismo, las ciudades consumen gran cantidad de recursos hídricos para su abastecimiento, razón por la cual se agota el agua del subsuelo y se rompen los ciclos naturales de las fuentes superficiales.

Debido a las actividades industriales y los medios de transporte motorizado que se han masificado, las zonas urbanas presentan los valores más altos de contaminación atmosférica; entre los principales contaminantes se encuentran el dióxido de carbono, los óxidos de nitrógeno y el ozono troposférico. Adicionalmente se conoce que en las zonas urbanas se concentran otros tipos de contaminación como la acústica, originada por el exceso de ruido; la contaminación lumínica, debida al uso excesivo de luz artificial, y la electromagnética, originada por el uso de antenas emisoras y elementos electrónicos.

Actualmente se conoce que la agricultura urbana constituye el segundo “mejor uso” del suelo en las ciudades del siglo XXI, considerando aquellas que aspiran a un crecimiento sustentable, según los Objetivos del

Desarrollo Sostenible al 2030 (Olivera y Zavaleta, 2020). El primer “mejor uso” es la vegetación natural o no intervenida, dado que tiene menores impactos en la conservación de los suelos.

La Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura (FAO) impulsa en Latinoamérica estas actividades productivas mediante su estrategia de Ciudades Más Verdes, que tiene como objetivos incrementar la agricultura urbana para mejorar el entorno urbano y reforzar la resiliencia de los sistemas, los servicios y las poblaciones urbanas ante los impactos generados por las características actuales de las ciudades (Feito, Boza y Peredo, 2019).

Como respuesta a los impactos negativos provocados por el crecimiento urbanístico, se han implementado alternativas promotoras de desarrollo sostenible. Una de ellas es la agricultura urbana. Otra de las experiencias significativas de agricultura urbana que se lleva a cabo en América Latina se desarrolla en la ciudad de Medellín (Colombia), bajo el liderazgo de Agroarte, donde se resalta que:

[...] el interés por la naturaleza, la preservación de espacios verdes y el trabajo de la tierra son elementos motivadores, pero a la vez estos son potenciados a través de los conocimientos y reflexiones producidos en el colectivo, respecto a la defensa de medio ambiente (Molina Posada *et al.*, 2019, p. 8).

En el desarrollo de esta experiencia se ha encontrado que, además de las transformaciones ambientales a escala local, como el mejoramiento del microclima, la presencia de fauna, entre otras, la práctica de la agricultura urbana en la comunidad ha potencializado actitudes y acciones que favorecen el ambiente; es decir, ha contribuido en las actitudes y percepciones ambientales de la comunidad, lo cual es clave para tener ciudades ambientalmente sostenibles.

Por otra parte, en Cuba, en el municipio Cienfuegos, debido al crecimiento progresivo de la población y al incremento del número de fuentes de contaminación que afectan la salud, se ha visibilizado la necesidad de generar estrategias de manejo territorial que contribuyan a su sostenibilidad.

Dentro de estas estrategias se ha impulsado y fortalecido la agricultura urbana, con procesos de producción limpia para sus cultivos. En lugar de emplear químicos o fertilizantes, se cultiva a partir de la utilización de materia orgánica, la elaboración de compost y la utilización de la lombricultura.

En Cienfuegos, la implementación de un proceso de agricultura urbana planificada ha dado lugar a diversos impactos positivos. Entre ellos se destaca el aprovechamiento de terrenos previamente subutilizados como vertederos de residuos, lo que ha contribuido significativamente al saneamiento del área. Gracias a la adopción de métodos agrícolas limpios, se ha logrado la recuperación de la fauna local y una reducción notable en la huella de carbono. Es importante señalar que la producción agrícola tiene lugar en el sector residencial, en estrecha proximidad a las zonas donde se concentra la población, lo que fortalece la integración de la agricultura urbana en la comunidad (Moreno, Rodríguez Rico y San Marful Orbis, 2015).

Agricultura urbana en Santiago de Cali

En Cali, tercera ciudad de Colombia en cuanto a cantidad de población, la preocupación por la disponibilidad y el acceso a alimentos saludables, especialmente en zonas urbanas y periurbanas, está relacionada con varios factores: la presencia constante de tasas de desnutrición; la deficiencia de micronutrientes y vitaminas esenciales; la creciente tasa de obesidad en toda la población; el consumo creciente de alimentos procesados y ultraprocesados, especialmente en las poblaciones más vulnerables (ICBF, 2015); la prevalencia de obesidad y de enfermedades crónicas no transmisibles, y la acelerada extensión de la agricultura industrializada, acompañada del uso extensivo de agroquímicos y el cultivo intensivo (monocultivo) de la caña de azúcar, que ocupa la mayor parte de las tierras cultivables de la región (Ministerio de Agricultura de Colombia, 2016).

Por lo tanto, como se ha visto en los ejemplos de las otras ciudades, la agricultura urbana se presenta como una alternativa para reducir las amenazas existentes en cuanto a la baja disponibilidad de alimentos de calidad en zonas urbanas de bajos recursos, donde las comunidades enfrentan mayores barreras para acceder a alimentos naturales como frutas y verduras (FAO, 2012).

En el año 2018, el Centro para el Desarrollo y Evaluación de Políticas y Tecnología en Salud Pública (CEDETES), adscrito a la Escuela de Salud Pública de la Universidad del Valle, con el apoyo del Centro Internacional de Agricultura Tropical (CIAT) y el Programa Mundial de Alimentos (PMA), llevó a cabo una sistematización de las iniciativas comunitarias de producción y comercialización de alimentos en Cali con el propósito de conocer estos procesos de acceso y disponibilidad de alimentación saludable en la ciudad, así como contar con una línea base de tales iniciativas.

Dicha investigación, en la que se identificaron iniciativas locales, permitió, además, “explorar las dinámicas sociales, económicas y culturales que se dan en torno a las experiencias identificadas” (Mosquera *et al.*, 2018, p. 27). Este último punto expuso algunas de las motivaciones e intereses que impulsaban las prácticas de agricultura urbana diferentes de la producción de alimentos y despertó la necesidad de analizar con más profundidad el uso de la agricultura urbana como una herramienta alternativa para la generación de bienestar:

La creación de nuevas formas de sociabilidad, además de transformar a los sujetos, también tiene la capacidad de provocar transformaciones tangibles en el territorio. De hecho, en casi todas las experiencias, los huertos han sido parte de procesos de recuperación de espacios que las comunidades consideran críticos porque envolvían problemáticas ambientales o porque en ellos se desarrollaban prácticas ilícitas (consumo de sicoactivos, pandillas) (p. 28).

Este estudio encontró también que para las comunidades las prácticas de agricultura urbana se relacionan con el fortalecimiento de los tejidos sociales, la solidaridad, el trabajo en equipo, la preservación de los saberes y el empoderamiento y fortalecimiento del rol de la mujer en la comunidad. Finalmente, una conclusión importante del estudio es que, a pesar de reconocer todos beneficios para la población de la ciudad, en Cali persisten muchas amenazas que pueden poner en riesgo su sostenibilidad.

Las iniciativas que se conocieron a través del estudio mencionado dieron cuenta del impacto de la agricultura urbana para la recuperación de espacios físicos, la reconstrucción del tejido social, la rehabilitación de lazos sociales, la integración de distintos grupos sociales en un mismo espacio y la actividad para el fortalecimiento de la seguridad y soberanía alimentaria, entre otros.

En esta misma dimensión de bienestar social que se ha abordado se encuentran otras experiencias y proyectos que se llevan a cabo actualmente en la ciudad de Cali: Tarapacá y Huerta el Edén, las cuales se presentan a continuación, revelando sus aportes al bienestar de la población caleña.

Tarapacá

La Granja Tarapacá es una fundación dedicada al impulso de proyectos productivos con personas con discapacidades o necesidades especiales. La granja fue creada en el año 2009 en el municipio de Palmira, Valle del Cauca, como respuesta a una necesidad de un grupo de padres de familia con hijos con necesidades especiales. De ese modo surgió un espacio alternativo que permitía brindar soluciones a los requerimientos pedagógicos de siete estudiantes con diversas necesidades de aprendizaje, terapia y uso del tiempo libre.

Iniciaron con producción de abonos, interacción con vacas, cabras y caballos, y cultivos de algunas hortalizas. En 2012 trasladaron la granja a Pance, un espacio verde a las afueras de Cali, donde empezaron una nueva etapa dedicada totalmente a la agricultura urbana como actividad productiva, social y terapéutica.

Llegar a esta granja es dejar atrás el ruido de la ciudad, con las grandes avenidas que conectan a Cali con el sur del país, y adentrarse en un espacio verde, fértil y acogedor. Se trata de una comunidad alrededor del concepto de organismo que cuida el entorno y a las personas que llegan ahí para aprender y recuperar habilidades. Además, poseen un profundo principio ecológico basado en sanar y cuidar el suelo, las plantas y los animales, mientras ellos te sanan a ti. La misma estructura es parte de la terapia. Lo que ofrece esta granja urbana es una condición de sanación.

Se siguen los principios de la agricultura social y de la pedagogía curativa y la terapia social de orientación antroposófica. La agricultura social es definida por FAO como un término general que abarca todas las actividades que utilizan los recursos agrícolas, rurales y naturales (plantas, animales, el espacio y el tiempo de la naturaleza) para producir alimentos y servicios sociales en las zonas rurales y periurbanas. Su objetivo es ofrecer servicios innovadores para promover la atención de la salud, el cuidado, la educación, el empleo, la formación profesional, la rehabilitación y la inclusión social de los grupos vulnerables de la sociedad. Se trata de personas con escasa capacidad de contratación, a menudo marginadas dentro de la sociedad, como personas en situación de discapacidad, ancianos, niños, exsoldados, refugiados, presos, personas con un trastorno por consumo de sustancias, desempleados de larga duración, personas con dificultades de aprendizaje, jóvenes abandonados, delincuentes públicos, mujeres en situaciones difíciles como jóvenes madres solteras, exprostitutas, víctimas de violencia de género, etc. (FAO, 2014). Por lo tanto, incluye todas aquellas prácticas agrícolas que tienen por objeto integrar a las personas desfavorecidas y marginadas en el proceso de desarrollo rural, apoyando al mismo tiempo la calidad de vida de los habitantes locales, los hogares rurales y otros grupos, mediante la prestación de servicios innovadores (rehabilitación, terapia, empleo protegido, formación profesional, inclusión social, etc.) a los diferentes tipos de usuarios (FAO, 2014).

Por su parte, la pedagogía curativa y la terapia social antroposófica tienen sus inicios en Europa entre finales del siglo XIX y principios del XX, a partir de un trabajo en conjunto de Rudolf Steiner y la Dra. Ita Wegman. Ambas disciplinas proporcionan educación, actividades ocupacionales, terapias y acompañamientos, de acuerdo con las diferentes necesidades individuales y sociales que se manifiestan en las distintas etapas de la vida. Según esta línea, la pedagogía curativa y la terapia social antroposófica permiten ofrecer ayuda calificada y apoyo para personas en situaciones de vida complejas, basados en el entendimiento del ser humano desarrollado por Steiner. Con base en esto, cada persona tiene una esencia espiritual que es intacta e inviolable. Los trastornos del desarrollo y las discapacidades

pueden darse cuando se interponen desafíos psicológicos, físicos o sociales en el camino de la autorrealización del individuo. Los programas de educación profesional en pedagogía curativa y terapia social antroposófica permiten dar apoyo a las personas con discapacidad, en su camino de autorrealización (Anthroposophic Council for Inclusive Social Development, 2016).

Preparando la tierra, construyendo las camas, creando el abono, sembrando, regando, entendiendo los tiempos de la naturaleza y finalmente cosechando para después consumir esos alimentos, los integrantes de la granja se reconcilian con sus cuerpos, sus mentes y sus capacidades diversas, que en muchas ocasiones fueron tratadas como discapacidades o enfermedades sin cura, tal como se puede apreciar en el siguiente testimonio:

Cuando Juan José (32 años) llegó, tenía ataques de pánico y no podía caminar, no podía digerir alimentos y presentaba diversos movimientos involuntarios que llegaron a lastimar a otros compañeros. Hoy es uno de los miembros más activos de la granja (Mordhorst, 2020a).

No todos los casos que llegan a la granja son de personas con necesidades especiales, muchos son casos psiquiátricos o de enfermedades mentales como depresión, obsesión, agresividad, esquizofrenia, pánico, delirio, o casos psiquiátricos unidos a otras condiciones como síndrome de Down, autismo o parálisis cerebral.

Cuatro veces a la semana, apoyados por un ingeniero agrónomo, los jóvenes y adultos que hacen parte de la granja dedican dos horas diarias a los cuidados de las parcelas sembradas con lechuga, habichuela, frijol, maíz, cilantro, berenjena, pimentones, entre otras hortalizas; así como a la producción de abonos e insumos orgánicos para el control de plagas y enfermedades de estos cultivos. La adquisición de habilidades a través del hacer y del ser no es un entrenamiento repetitivo. Según el coordinador de la granja,

El trabajo manual con la tierra, el esfuerzo, el cuidado, la cosecha, van generando un trabajo con sentido, un proceso

que se ve con la vida y eso unido a todos los contenidos, al humor, a la responsabilidad van creando habilidades, generando vínculos y relaciones sanadoras (Mordhorst, 2020b).

A Tarapacá llegan diariamente alrededor de veinte personas entre estudiantes, colaboradores y padres de familia. La ubicación de la granja es otro aspecto por resaltar: la cercanía con la ruralidad (en zona periurbana) la hace más valiosa por la integración y la interacción en un espacio urbano-rural, ya que acerca gente de la ciudad a un espacio de sanación e interacción (estudiantes, voluntarios, padres de familia), siendo así más incluyente.

El proyecto ha ido creciendo, y su objetivo es alcanzar líneas productivas totalmente estructuradas para la integración de adultos a estos procesos de vida. Hasta el momento, los excedentes de la producción existente y algunos productos procesados, que empiezan a producir, como mermeladas y ajíes, son comercializados en la misma granja y en Cali; aún no es una actividad fuerte, pero esperan poder fortalecerla.

A Tarapacá igualmente llegan jóvenes en transición a centros de rehabilitación social a causa de cargos por violencia, pandillas y delitos menores, según la entrevista realizada a los coordinadores. Este grupo se conecta fácilmente con el trabajo en la tierra. El hacer se convierte en una fuente de vida y establece vínculos significativos con elementos a cuidar como la tierra y las plantas: “De la misma manera, ser recibido sin miedos siempre funciona con todos nuestros visitantes; todos se sienten bienvenidos, todos se sienten bien, es una comunidad de vida” (Mordhorst, 2020b).

El futuro de la granja, al igual que el de muchas de las iniciativas que se han identificado, depende del respaldo que reciban de instituciones, voluntarios y donantes. Si bien es cierto que cuentan con grandes fortalezas que han logrado garantizar su permanencia hasta ahora, desarrollando y aportando los recursos necesarios para continuar con sus prácticas, la falta de un respaldo institucional es una amenaza para la construcción, consolidación y fortalecimiento de este tipo de experiencias, las cuales, como vemos, no solo facilitan el acceso y la disponibilidad de alimentos saludables en el municipio, sino que resignifican continuamente las dinámicas de las comunidades, encontrando nuevos sentidos en la producción de

alimentos, creando otras formas de comunidad y legitimando espacios alternativos de interacción entre territorio, individuo y comunidad.

Huerta el Edén. Más que alimentos, un espacio de aprendizaje y convivencia comunitaria

La Huerta el Edén es un proyecto de organización comunitaria localizado en la zona urbana del municipio, específicamente en el oriente, en el distrito de Aguablanca, sector en el que reside el 30% de la población de la ciudad, la mayoría en situación de pobreza y vulnerabilidad, y donde se evidencian procesos sociales desiguales.

La iniciativa surge en el año 2000 como respuesta a la preocupación de la comunidad por el deterioro del único espacio recreativo con el que cuenta el barrio Puertas del Sol. Según lo describe uno de los fundadores de la experiencia, el espacio era un depósito de basuras y no contaba con mantenimiento periódico, lo que impedía la ocupación y aprovechamiento de dicho espacio. De igual modo, describe que en la zona se presentaban robos y actos delincuenciales que ponían en riesgo a la comunidad.

Ante esta situación, bajo el liderazgo de jóvenes interesados en la agricultura urbana y con herramientas e insumos de la misma comunidad, decidieron transformar el espacio en un lugar de encuentro en torno a la siembra de alimentos. Desde ese momento y hasta la actualidad, la huerta se sustenta con materiales reciclados, donaciones y con recursos propios, de los cuales, aproximadamente el 80% corresponde al reciclaje.

Si bien El Edén surge en el contexto descrito anteriormente, en la actualidad, además de ser un espacio de producción de alimentos que aportan a la seguridad alimentaria de algunas familias de la comunidad, es también un espacio de aprendizaje, ya que los líderes a cargo de la huerta lo ofrecen como un lugar de interacción, participación y ocupación del tiempo libre a jóvenes que residen en las comunas que conforman el distrito de Aguablanca.

Esta iniciativa, liderada por jóvenes y dirigida a jóvenes, ha permitido no solo recuperar el espacio físico para el disfrute de toda la comunidad, sino que ha generado nuevos espacios de convivencia y aprendizaje, lo cual se ha relacionado con la reducción del riesgo de consumo de sustancias

psicoactivas y la promoción efectiva de habilidades para la vida orientadas hacia el bienestar humano y social.

Los sábados de cada semana se realizan encuentros para la enseñanza y la práctica de los jóvenes. Los otros días de la semana, participan en las actividades de siembra estudiantes de instituciones educativas del sector y grupos de adultos mayores; toda la labor de producción es realizada entre las personas de la comunidad, facilitando el acceso y la disponibilidad de alimentos, como naranja, mandarina, zapote, badea, aguacate, guayaba, maracuyá, tomate, frijol, uva, ají, pimentón, cebolla, cebollín y diferentes plantas medicinales.

Los avances logrados por la huerta a través del tiempo son atribuidos al compromiso de la comunidad y también al apoyo recibido por instituciones de educación superior, como el SENA (Servicio Nacional de Aprendizaje) y la Universidad del Valle, según lo que manifiesta uno de los líderes: “Nosotros intercambiamos teoría por práctica. Tú tienes tu grupo con teoría y yo le doy el espacio para la práctica; entonces hacemos intercambio. Siempre vamos a estar así: entonces la persona sale bien preparada de aquí, sale con todo” (Pulido, 2020).

Considerando lo expuesto anteriormente, esta iniciativa, además de aportar a la seguridad alimentaria, aporta fundamentalmente al diálogo permanente y constructivo de saberes y conocimientos alrededor de la siembra y los usos dados a los alimentos cosechados. También ha sido un espacio de articulación e intercambio entre la academia y la comunidad, lo cual ha aportado significativamente tanto a los procesos de formación, como al desarrollo social de la comunidad.

Conclusiones

Las experiencias identificadas muestran que la práctica de la agricultura urbana en las zonas urbanas conlleva a impactos positivos en las comunidades; además de aportar a la seguridad alimentaria, se reconocieron beneficios en el fortalecimiento de las redes comunitarias y nuevos vínculos afectivos; los lugares donde se desarrollan las experiencias se presentan como un espacio de reconocimiento comunitario. La agricultura urbana teje la

relación entre territorio y comunidad que facilita esa apropiación y disfrute del espacio urbano, lo que promueve vínculos con el entorno y que se traduce en prácticas de conservación ambiental.

Este estudio ayuda a comprender la relación entre bienestar y agricultura urbana, a partir de las valoraciones de los resultados obtenidos en las diversas experiencias identificadas en diferentes municipios de América Latina. Las relaciones o interacciones presentadas son importantes para que los tomadores de decisiones apoyen, promuevan y fortalezcan estas experiencias, y adicionalmente generen nuevos espacios de encuentro comunitarios en torno a la siembra de alimentos en las ciudades.

Pese a la relevancia y el impacto de la agricultura urbana, es importante considerar que la promoción de este tipo de iniciativas requiere de un marco legal y político que trascienda los gobiernos temporales y reconozca la alimentación como un motor de bienestar, desarrollo social y económico dentro del espacio de ciudad y región.

Determinar el tipo de políticas que se requiere para asegurar la alimentación como un derecho respaldado por la soberanía, sin que esto se convierta en una amenaza para los principales sectores productivos y económicos, representa un reto para las ciudades, así como lo es para los investigadores determinar cómo proveer mejores herramientas para enfrentar de manera eficiente las exigencias de la construcción de las nuevas sociedades y nuevos entornos alimentarios de la ciudad. La agricultura urbana tiene todo el potencial para ser una de esas herramientas.

Referencias bibliográficas

- Anthroposophic Council for Inclusive Social Development (2016). *Carta de educación profesional*. Escuela de la Ciencia Espiritual, Goetheanum. bit.ly/3NbhOpq
- Dascal G. (1992). Ordenamiento del territorio y agricultura metropolitanos. Reflexiones aplicables al caso latinoamericano. *Revista de Geografía Norte Grande*, (19), 89-95.
- Di Iacovo, F.; Rossignoli, C.; Petrics, H. y Tamma, P. (2004). *Social Farming, for rural poverty reduction through women's economic empowerment, decent rural employment and social protection*. University of Pisa and FAO.
- FAO (2020). *Seguimiento de los progresos relativos a los indicadores de los ODS relacionados con la alimentación y la agricultura correspondientes a 2020*. <http://www.fao.org/sdg-progress-report/es/#chapeau>
- FAO (2014). *Ciudades más verdes en América Latina y el Caribe. Un informe de la FAO sobre la agricultura urbana y periurbana en la región*. <http://www.fao.org/3/a-i3696s.pdf>
- FAO (2012). *La agricultura urbana y su contribución a la seguridad alimentaria. Sistematización del Proyecto Piloto AUP en Honduras*. <http://www.fao.org/3/as174s/as174s.pdf>
- FAO. (2011). Seguridad Alimentaria y Nutricional. Conceptos Básicos. <https://www.fao.org/3/at772s/at772s.pdf>
- FAO, FIDA, OMS, PMA y UNICEF (2020). *El estado de la seguridad alimentaria y la nutrición en el mundo 2020. Transformación de los sistemas alimentarios para que promuevan dietas asequibles y saludables*. FAO.
- Feito, M.; Boza, S. y Peredo, S. (2019). La agricultura en los periurbanos de Buenos Aires (Argentina) y Santiago (Chile): Territorios en transición. *Quid 16: Revista del Área de Estudios Urbanos*, (11), 32-54.
- Hernández Cobos, J., Cardona Arbelaes, D. y Brito Carrillo, C. (2019). Programas de agricultura urbana como estrategia para la generación de modelos de negocios inclusivos. *Aglala*, 10(1), 196-220. DOI: <https://doi.org/10.22519/22157360.1344>

- Ibarra, J., Caviedes, J., Barreau, A. y Pessa, N. (2018). *Huertas familiares y comunitarias: cultivando soberanía alimentaria*. Ediciones Universidad Católica de Chile.
- ICBF. (2015). *Encuesta Nacional de la Situación Nutricional en Colombia, ENSIN*.
- María, A., Acero, J., Aguilera, A y Garcia Lozano, M. (2018). *Directions in Development - Countries and Regions: Estudio de la urbanización en Centroamérica: oportunidades de una Centroamérica urbana*. World Bank Publications. bit.ly/3PeK4Kz
- Mejías Moreno, A. (2013). Contribución de los huertos urbanos a la salud. *Hábitat y Sociedad*, 6(6), 85-103. DOI: <https://doi.org/10.12795/HabitatySociedad.2013.i6.05>
- Ministerio de Agricultura de Colombia (2016). *Evaluaciones agropecuarias municipales*. <https://agronet.gov.co/estadistica/paginas/home.aspx?cod=59>
- Molina Posada, D., Muñoz-Duque, L. y Molina Jaramillo, A. (2019). Agricultura urbana, bienestar subjetivo y actitudes ambientales en el colectivo Agroarte. Estudio de caso en la comuna 13, Medellín. *Revista Virtual Universidad Católica del Norte*, (56), 89-108.
- Mordhorst, G. (mayo de 2020a). Comunicación personal.
- Mordhorst, G. (mayo de 2020b). Comunicación personal.
- Moreno, X., Rodríguez Rico, R. y San Marful Orbis, E. (2015). La agricultura urbana en la ciudad de Cienfuegos: ejes estratégicos en pos de la sostenibilidad agrícola. *Novedades en población*, 11(22), 98-107.
- Mosquera, J., Peña, J., Vivas, B., Pardo, C., Marulanda, D. y Valencia, J. (2018). *Prácticas comunitarias de producción y distribución de alimentos en zona urbana y periurbana de Cali* (Reporte de investigación). Centro para el Desarrollo y Evaluación de Políticas y tecnología en Salud Pública-CEDETES. Universidad del Valle.
- Muñoz-Parra, C., Pavéz-Lizarraga, A., Henríquez-Ojeda, K., Dziekonski-Rüchardt, M. y Rodríguez-Araneda, M. J. (2020). Socialización, integración social y bienestar psicosocial en los espacios públicos. *AUS*, (27), 4-11. DOI: <https://doi.org/10.4206/aus.2020.n27-02>

- Nijkamp, P. y Kourtit, K. (2017). City and Health: An Exploratory Overview of Research Issues. *Quality Innovation Prosperity*, 21(1), 81-91. DOI: <http://dx.doi.org/10.12776/qip.v21i1.789>
- Olivera, G. y Zavaleta, K. (2020). La agricultura urbana y periurbana como “segundo mejor uso” del suelo en la ciudad. Retos frente a la urbanización y las políticas urbanas: Cuernavaca, México. *Quid 16: Revista del Área de Estudios Urbanos*, (13), 216-242.
- OSMAN. (2016). *Urbanismo, medio ambiente y salud*. bit.ly/3Jg7mMp
- Pulido, J. (febrero de 2020). Comunicación personal.
- Trindade, V. (2016). Entrevistando en investigación cualitativa y los imprevistos en el trabajo de campo: de la entrevista semiestructurada a la entrevista no estructurada. En P. Schettini e I. Cortazzo (Coord.), *Técnicas y estrategias en la investigación cualitativa* (pp. 18-34). Editorial de la Universidad Nacional de la Plata. bit.ly/3CvavUE
- Vassolo, S. y Lovari, J. (2013). Gestión de Proyecto Piloto de Huerta en Hospital Neuropsiquiátrico. *Iberoamerican Journal of Project Management*, 4(1), 1-25.
- Yin R. K. (2006). Case Study Reserach - Design and Methods. *Clin Res*, (2), 8-13.

Acciones políticas en torno a la Paca Digestora Silva¹

A modo de introducción

En el 2019 se informaba que el relleno sanitario la Pradera en Medellín alcanzaría su máxima capacidad en 2022 (Betancur, 2019). Por su parte, el 29 de abril del 2020 el relleno Doña Juana en Bogotá tuvo un deslizamiento, esta vez de 60 000 toneladas de basura (González, 2020). De los 192 sitios autorizados en el país para la gestión de residuos sólidos, 22 de ellos ya no tienen una vida útil activa y 33 sitios más se encuentran en alto riesgo de continuidad (Departamento Nacional de Planeación, 2019). ¡Nadie quiere tener un relleno sanitario en su patio trasero!²

La generación de basuras, la alta contaminación de los rellenos sanitarios y la falta de soluciones frente a la gestión de los residuos orgánicos son problemas modernos. Esto se refleja no solo en las impactantes cifras sobre la cantidad de desechos y la ineficiencia en su gestión, sino también en los crecientes perjuicios sociales ocasionados. Malos olores, ratas, moscas y ga-

¹ Grupo de investigación Comunicación Periodismo y Sociedad. Facultad de Comunicaciones y Filología. Universidad de Antioquia. Esta investigación fue financiada por la convocatoria programática de 2016. Proyecto número 2016-12689.

² Hacemos referencia aquí al fenómeno *Not in my backyard*, el cual consiste en la oposición local a propuestas de ‘desarrollo’ o a la construcción de proyectos de gran envergadura, percibidos como una amenaza que puede afectar la calidad de vida de los habitantes.

■
Maria Isabel

Correa Espinosa

Estudiante del Doctorado
en Comunicaciones y
Narrativas, Universidad de
Antioquia

Miembro de la Red de
Huerteros Medellín.

maria.correa@udea.edu.co

Guillermo

Silva Pérez

Tecnólogo Forestal egresado
de la Universidad Nacional
de Colombia

Desarrollador de la paca
digestora e integrante de la
Red de Huerteros Medellín.
gsilvap51@yahoo.es

línazos son la realidad cotidiana de los vecinos de los rellenos sanitarios (Silva, 2020), quienes fueron víctimas de la invasión de sus territorios debido a decisiones institucionales y gubernamentales centradas en los beneficios de las ciudades, donde se considera que para solucionar la problemática de los desechos es suficiente con apartarlos de la vista, trasladarlos y sepultarlos. Es evidente que la gestión de residuos encierra problemas comunes. Nuestros desechos son un problema principalmente urbano, que nos compete a todos y que por lo tanto requiere intervención pública. De ahí que cualquier estrategia que encare esta problemática se considere política.

Desde las comunidades, en los últimos años ha empezado a surgir una movilización ambiental cimentada en la reflexión cotidiana acerca de las prácticas de consumo y desecho. Desde los procesos barriales, colectivos, comunitarios o a partir de iniciativas familiares, las personas están empezando a cambiar sus hábitos en relación con la disposición final de los residuos que producen diariamente. Esto gracias a que han encontrado un método de descomposición de desechos que les permite de manera sencilla y didáctica responsabilizarse de los mismos. Este método, el cual ha sido construido gracias a los más de cuarenta años de experimentación del tecnólogo forestal y apasionado por el bosque Guillermo Silva, es conocido como la Paca Digestora Silva, una técnica de procesamiento de residuos orgánicos que, en lugar de podrir los residuos, los fermenta para disminuir la presencia de oxígeno; la paca funciona a través del prensado de los residuos orgánicos en un cubo de 1 m³ aproximadamente. Con esta técnica se logran procesar hasta 500 kg de residuos orgánicos como cáscaras, residuos de frutas, huesos, estiércol de animales, etc., en solo un metro cúbico. La paca digestora se elabora con 50% de residuos orgánicos y 50% de residuos de jardín.

Figura 1. Molde y paca digestora de los Paqueros de la Hueso en Medellín.



Fuente: Colectivo Paqueros de la Hueso

Diversas investigaciones académicas han demostrado los beneficios y eficiencia de esta técnica. El proceso en pacas digestoras produce un ambiente sano, ya que con esta tecnología se pueden gestionar el 50% de los residuos que genera la comunidad; evitar enfermedades causadas por patógenos, gases y lixiviados tóxicos; reducir los costes y daños ambientales generados por el transporte y desplazamiento de desechos, y dignificar el trabajo del aseo y los recicladores (Ardila *et al.*, 2015). En la descomposición de residuos orgánicos en pacas digestoras no se han detectado gases de amoníaco, metano, ni sulfuro de hidrógeno. Se destaca la ausencia de roedores, cucarachas y moscas domésticas, así como nematodos, protozoos, enterobacterias y salmonela (Ossa, 2016; Cardona, 2018).

Si bien estos motivos son suficientes para exaltar la gestión de residuos con el uso de esta tecnología, nuestra experiencia reciclando en pacas digestora Silva en Medellín y el diálogo constante con diversos procesos paqueros en la ciudad y el país nos han llevado a reflexionar sobre otros múltiples beneficios

de esta alternativa. Estos beneficios cuestionan lo político como algo que trasciende lo público, las relaciones con el Estado y el autogobierno comunitario. Las pacas generan reflexiones acerca de los modos como entendemos y actuamos en el mundo, cómo nos relacionamos, qué mundos nuevos soñamos y cómo los construimos. Es por esto que entendemos los procesos paqueros como una práctica política que trasciende el sentido convencional de este concepto y que se transforma desde lo más íntimo y cotidiano.

En este texto queremos narrar algunas experiencias con pacas digestoras Silva y los diferentes discursos y reflexividades que emergen en estas, mientras cuestionamos de manera indirecta el concepto de lo *político*. En el primer apartado, hablamos sobre las pacas digestoras como un espacio constructor de sujetos políticos que se articulan a los escenarios institucionales del Estado con el objetivo de mitigar los impactos ambientales y la generación de políticas públicas para la buena gestión de los residuos orgánicos. En la segunda parte, resaltamos las pacas digestoras Silva como una tecnología que promueve la organización, autogestión y soberanía comunitaria. Finalmente, en el último apartado, reflexionamos sobre los procesos paqueros como práctica espiritual y política en contra de las tradicionales formas de relacionarnos entre nosotros y con la naturaleza.

Cabe señalar que los escritores de este texto somos parte del movimiento paquero. Guillermo Silva Pérez es gestor y principal promotor de esta técnica desde el año 1997, en forma independiente y por temporadas con la Fundación HTM (Hábitat, Territorio, Medio ambiente), Fundacuda, la Red de Huerteros de Medellín y desde el año 2018 con la Red de Huerteras y Huerteros de Bacatá. María Isabel Correa está participando del proceso paquero desde el año 2018, en un proceso barrial con la Red de Huerteros de Medellín, y durante los años 2019 y 2020 ha participado en varias investigaciones académicas sobre este proceso con la Universidad de Antioquia.

Escribimos este texto desde la experiencia vivida con pacas digestoras Silva, que obedece a una reflexión conjunta que hemos construido como activistas a partir de una revisión sistemática de una serie de visitas, conversaciones y encuentros paqueros en la que hemos participado. Cada una de nuestras palabras es una apuesta desde el amor por esta práctica que está generando ambientes saludables y amables con residuos orgánicos descontaminados.

La paca digestora no es solo una acción cívica

Una de las principales características que llama la atención sobre el uso de las pacas digestoras, en comparación con otros métodos de gestión de residuos, es que la mayoría de experiencias corresponden a iniciativas colectivas y comunitarias, dispuestas en espacios públicos. Las diversas experiencias nos han mostrado que esta práctica es primordialmente una apuesta barrial. La mayoría de paqueros se apropia de algún parque, espacio verde o jardín cercano, para invitar a la comunidad a participar de una experiencia limpia de reciclaje orgánico.

El inicio de un grupo paquero en algún barrio suele ser una acción planeada. Alguna persona que conoce el método logra convencer a algunos de sus vecinos o amigos para implementar la técnica en el espacio público. Después de construir la primera paca, en la mayoría de casos con letreros que la nombran y adornan, el cubo suele llamar la atención de quienes no saben de qué se trata. La paca por sí sola suele ser la principal pieza divulgativa y pedagógica del proceso, pues suscita preguntas en quienes la ven en el espacio público: ¿qué es eso?, ¿cómo se hace?, ¿por qué lo hacen?

Uno o dos encuentros suelen ser suficientes para que todos los participantes aprendan el paso a paso de elaboración de la paca digestora. Lo interesante es que la labor pedagógica de la práctica no termina con el conocimiento técnico. Además de las indicaciones sobre cuántos residuos depositar, dónde y cómo, la práctica paquera implica reflexiones más profundas. En los encuentros dirigidos por Guillermo Silva es común que, con un tono a veces jocoso, a veces de protesta, a veces de regaño, nos recuerde cómo la paca digestora replica el reciclaje natural del bosque nativo. Esta es una manera de cuestionar cómo nos estamos relacionando con los otros seres de la naturaleza, de qué manera respetamos los ritmos y dinámicas naturales, cómo nos debemos responsabilizar con mucha conciencia y con mucho cuidado del uso y manejo de los residuos orgánicos que generamos, y cómo debemos comenzar a ser solidarios y empáticos alrededor de la dura labor diaria a la que están expuestos los recicladores y trabajadores de la limpieza.

En Bogotá bastaron unos pocos talleres dictados por Guillermo, a partir del año 2018, para que en la Red de Huerteras y Huerteros de Bacatá se

empezaran a implementar las pacas digestoras y posteriormente se conformara el grupo Paquerxs Bogotá, con decenas de personas articuladas por nodos barriales organizados por zonas: norte, centro, occidente y sur. Para ellos, la implementación de las pacas no significó simplemente la utilización de esta tecnología, sino la promoción de lo que ellos denominan “un sistema socioecológico”, que permite generar retroalimentaciones recíprocas e interdependencias entre la sociedad humana y los ecosistemas. Es decir, que consideran necesario pensar de manera integradora el ser humano en la naturaleza, con sus componentes culturales, políticos, sociales, económicos, ecológicos, tecnológicos, etc., los cuales están siempre interactuando (Berkes y Folke, 1998).

Figura 2. Encuentro de paqueros en un parque público de Bogotá.



Fuente: Publicación de Facebook Paquerxs Bogotá (12 de septiembre de 2020)

En el último año esta red paquera de la capital del país ha construido más de 200 pacas digestoras en los parques de la ciudad, con recolección de más de 100 toneladas de desechos orgánicos que han sido saneados y se han convertido en abono para huertas y parques, al tiempo que han logrado una gran organización y articulación comunitaria. En los primeros meses del año 2020 este movimiento adquirió tanta visibilidad que logró que

diferentes autoridades, como la Unidad Administrativa de Servicios Públicos (UAESP), se contactaran con el movimiento paquero con el objetivo de pensar en la posible articulación entre la comunidad y la institución para el desarrollo de futuros proyectos. Al existir una organización comunitaria cada vez más fuerte en la promoción de las pacas digestoras, se empieza a gestar un discurso que cuestiona cómo hacer política desde los procesos de base, desde adentro hacia afuera, y cómo incidir en las políticas públicas.

En un encuentro virtual promovido por Paquerxs Bogotá a través de Facebook, que puede ser visualizado en el perfil del grupo, en el que se encontraban varios paqueros, algunos miembros de la UAESP y ediles y presidentes de juntas de acción comunal, se empezó a promover la paca digestora como una respuesta a las necesidades que se presentan en la Agenda 2020-2030 de Naciones Unidas, específicamente en el objetivo de desarrollo sostenible número 2, el cual trata sobre producción y consumo responsable. Partiendo del indicador de uso y gestión de los residuos que maneja el Gobierno, una de las promotoras de la red Paquerxs Bogotá habló sobre la necesidad de articulación que debe haber entre la gobernanza comunitaria y la gobernanza global:

No estamos generando contrapoderes. Somos una fuerza muy poderosa, colectiva, responsable, comprometida con la política para la vida. Nos hemos convertido en un interlocutor, un actor que genera corresponsabilidad con la institucionalidad, con otro tipo de gobernanzas convencionales y que ayuda a responder a una problemática. Por eso también hemos generado un espacio abierto con la UAESP, con servidores públicos, porque también hay paqueros dentro de esta institución (Integrante Paquerxs Bogotá, 2020).

Durante el encuentro, fue enfático el interés de los promotores paqueros por alcanzar el reconocimiento y la valoración de sus actividades de gestión de residuos en los planes de acción del gobierno local. Se mencionaron los conceptos de gasto priorizado y la importancia de participar de los encuentros ciudadanos para las planeaciones de cómo invertir los recursos públicos en los siguientes períodos. Desde esta perspectiva, se puede notar

cómo los procesos de elaboración de pacas digestoras adquieren un matiz político específico. La organización comunitaria que surge alrededor de la construcción de pacas hace de los integrantes de la comunidad sujetos cívicos con visibilidad ante los organismos públicos, para trabajar de manera articulada. El concepto de lo político se enfoca, en estos casos, en el comportamiento correcto de personas que cumplen con sus deberes, que respetan las leyes y contribuyen al funcionamiento de la sociedad. En este sentido, las pacas digestoras son entendidas como práctica política, en la medida en que el movimiento social hace de la comunidad sujetos cívicos con visibilidad ante las instituciones del Estado. De ahí que se resalte la posibilidad de los encuentros de pacas para formar una ciudadanía ambiental. Esto es una ciudadanía que se reconoce como agente de cambio y participa en la sociedad a través de acciones que permiten la resolución de problemas ambientales (Dobson, 2005).

Otro ejemplo de esta interpretación de lo político se evidencia en algunas instituciones educativas que desarrollan procesos de pacas. Los promotores de esta tecnología en los colegios suelen sustentar la práctica, afirmando que esta permite que los estudiantes se formen como “buenos ciudadanos”. De esta manera se justifica su implementación, desde la promoción del fortalecimiento de la educación política y la construcción de ciudadanía. Sobre esto, una de las promotoras de pacas en colegios de Teusaquillo en Bogotá, argumenta lo siguiente:

Una cosa son mis acciones privadas y el reconocimiento de gestionar los residuos de una manera distinta, y otra cómo lo llevo a un escenario público. Las pacas que se hacen en un escenario público se hacen de manera colectiva, intentando sumar más personas. Así las pacas tienen una incidencia en la colectividad, construyen sujetos transformadores de los contextos sociales, desde un consenso de búsqueda del bienestar colectivo, que está consagrado en la Constitución Política y que es la base del Estado Social de Derecho. Este método de gestión de residuos está enfocado en el bienestar colectivo, la conservación medioambiental y la garantía de derechos de la población de este país. Esa incidencia del

sujeto en lo político lo prepara para llevar estas iniciativas a una relación con la institucionalidad (Integrante Paquerxs Bogotá, 2020).

Cuando escuchamos este tipo de testimonios, celebramos con gran entusiasmo y sorpresa los alcances que han logrado el trabajo colectivo y el esfuerzo por visibilizar esta técnica. Entendemos que el discurso y los conceptos que se utilizan desde esta perspectiva pueden ser muy estratégicos en el momento de entablar diálogo con otros actores institucionales. Sin embargo, estamos convencidos, como sabemos que lo están muchos de los integrantes de la red Paquerxs Bogotá, de que la elaboración de pacas digestoras trasciende la posible definición de la ciudadanía ambiental.

El indicador que mide qué tan políticas son las pacas no es la cantidad de ítems de la Agenda de las Naciones Unidas que podemos suplir, ni la posible y afortunada articulación con la UAESP. Hacer pacas no es solo hacerse responsable de la gestión de residuos ni aportar a la mitigación de los impactos ambientales ni a la construcción de sujetos políticos que acceden a sus derechos frente al territorio y a recursos públicos para ejecutar sus proyectos comunitarios. Consideramos que verlo desde esta perspectiva es solo aplicar paños de agua tibia a un problema global, social y ambiental que debe trascender el discurso del Estado y la sostenibilidad. Hablar únicamente de la construcción de “buenos ciudadanos” es limitarnos a pensar en las pacas como una acción que permite asegurar que las necesidades que tenemos en el presente y los modos de vivir que mantenemos puedan perpetuarse en el futuro. Pareciera que cuando se habla de “buenos ciudadanos” no hay un cuestionamiento profundo por los modos de acción, sino un interés por mitigar los daños causados. Lo político entonces se entiende como una apuesta por el sostenimiento de las prácticas culturales que llevamos, accediendo a los escenarios e instituciones del Estado dispuestos para ello.

Desde esta postura más convencional de lo político, el movimiento paquero pareciera buscar la liberación democrática que postula Gramsci. Esto es, la instauración de otra filosofía que, aunque es destructiva respecto a la hegemonía actual, mantiene el ideal de una filosofía futura del género

humano unificada (Di Marco Sánchez, 2020); en otras palabras, mantiene la idea de un movimiento paquero que pretende realizar una labor pedagógica que genere otra nueva concepción del mundo coherente y unitaria, es decir, un cambio dentro de la hegemonía. Esto es, una inversión de ideales más ecológicos o ambientalmente sostenibles, mas no un desplazamiento radical que rechace directamente las categorías del coaccionar y ser coaccionado, del dominar y ser dominado, que se perpetúan en el Estado, sus medios y fines.

Creemos que los aprendizajes políticos de las comunidades paqueras ni siquiera se pueden expresar con los mismos conceptos estadocéntricos y jerárquicos. Al menos eso es lo que sentimos con varias fotos de Paquerxs Bogotá, donde vemos a más de veinte personas tomadas de las manos, cantando alrededor de una paca digestora, haciendo un círculo tan grande como el espacio verde del parque del barrio lo permite. Lo que sucede en esos encuentros también es un asunto político a pesar de no estar relacionado con instituciones del Estado o de no desprender un proceso cívico pedagógico. Es imposible negar la emoción que sentimos al escuchar las canciones que Paquerxs Bogotá le compusieron al proceso:

Van llegando los paqueros,
con sus sueños de planeta,
transformando sus residuos
y aprendiendo a reciclar.
Empacador, transforma residuos,
empacador, cuida el planeta [...]
(Canción a la paca, 2019).

Por qué la paca promueve la autogestión comunitaria

Las características socioambientales del barrio Mochuelo de Bogotá son problemáticas. El lugar está ubicado en plena zona de influencia del relleno sanitario Doña Juana y del Parque Minero Industrial. Es un vecindario con cada vez más invasiones como respuesta al crecimiento urbano, pero también con grandes porciones rurales dedicadas al monocultivo y a la explotación de la tierra. Las afectaciones de quienes viven allí son múltiples:

gases tóxicos, proliferación de moscas, roedores y malos olores generados por los lixiviados de las basuras en descomposición. El vecindario presenta cada vez más invasiones como respuesta al crecimiento urbano, aunque aún tiene grandes porciones rurales dedicadas a cultivos agrícolas. La vereda, a pesar de que hace parte del distrito capital, está altamente invisibilizada por ser el basurero de la ciudad desde 1988.

En conversación con una recicladora de oficio y habitante de Mochuelo, conocimos un poco su experiencia. Llevaba nueve años como recicladora de residuos inorgánicos: plástico, vidrio, papel y cartón, pero soñaba con sus compañeros una ruta de recolección que integrara los desechos orgánicos. Querían un manejo adecuado de estos residuos con la ayuda de animales recicladores como gallinas y gusanos. Decidieron escribir un proyecto que llamaron la Ruta Fuerte y lo presentaron a las entidades encargadas del relleno sanitario. Aprovecharon las resoluciones que obligan a estas entidades a apoyar acciones de las comunidades aledañas en compensación por los perjuicios. Con los recursos que obtuvieron empezaron la Ruta, con la que buscaban dignificar la labor de los recicladores, sensibilizar a las personas de la zona para realizar la separación de los desechos en la fuente y generar abono a partir de la gestión de estos desechos.

En un año y cinco meses de ejecución del proyecto, lograron que la mayoría de las personas de la zona realizara una separación voluntaria de residuos en canecas específicas que se repartieron por todos los domicilios y negocios. Esto se tradujo en más de 150 toneladas de residuos orgánicos recuperados que no fueron enterrados en el relleno sanitario y que se convirtieron en tierra fértil. El procesamiento de los orgánicos se hizo principalmente por compostaje con volteo, algo de lombricultivo y alimentación de gallinas.

Si seguimos el proyecto la Ruta Fuerte, podemos ver un ejercicio que busca resolver un problema público y que aporta a la labor pedagógica de construcción de sujetos cívicos que toman acciones de conciencia y responsabilidad sobre sus desechos a favor de la mitigación de los impactos ambientales. Nuevamente podríamos encontrarnos con una interpretación de lo político atravesada por lo cívico, que además nos lleva a preguntarnos

qué es lo que diferencia a los procesos de pacas digestoras de los proyectos que implementan otras técnicas de gestión de residuos. ¿Por qué consideramos más políticos los procesos paqueros que los procesos de compostaje por volteo o lombricultivo?

Lo que sucedió después con el proyecto la Ruta Fuerte permite aclararlo. Cuando el recurso económico que facilitaba la entidad se acabó, el proyecto tuvo que seguir únicamente con la comunidad y sus voluntades. Para solventar la falta de dinero, la Ruta se unió a una red comunitaria de agricultores, artesanos y vecinos para seguir con el proyecto. En el contexto de la pandemia por el COVID-19, activaron canales de ayuda humanitaria comunitaria, se articularon con las plazas de mercado, se unieron con procesos de soberanía alimentaria y empezaron a comercializar el abono kilo a kilo:

Hubo cambios en la administración distrital. Cayó la pandemia y las comunidades quedamos solas. Entonces surgen estas otras maneras de operar. Una vez uno se acostumbra a separar desde la fuente le queda imposible volver a meter todo junto en la misma caneca. Uno no puede ver en la caneca el residuo orgánico sabiendo el potencial que tiene (Paquerxs Bogotá, 2020).

En medio de esta articulación con otros procesos y proyectos, en la Ruta Fuerte conocieron las pacas digestoras. Ya no tenían el recurso financiero para continuar realizando el apilamiento y volteo de los desechos como lo venían haciendo. Cuando dejaron de contar con la institucionalidad para financiar el proyecto, la paca significó en ese momento una alternativa financiera y técnica.

Si se realizara un comparativo entre los múltiples beneficios y diferencias entre las pacas digestoras y otras técnicas como el compostaje por volteo, seguramente los costos serían una de las variables a favor de las pacas, pues estas no requieren infraestructura y su gasto de operación es mínimo. Solo se necesita un día por tonelada empacada con trabajo saludable, mientras el volteo de residuos demanda varios días por tonelada y una costosa infraestructura. Como es una tecnología más sencilla respecto a la materia-

lidad necesaria para elaborarlas, se genera una mayor cercanía con la comunidad. Se trata de un proceso artesanal fácil de operar, sin riesgos laborales y con total sanidad en el proceso.

Figura 3. Paqueros de Mochuelo Bajo, Bogotá rural.



Fuente: Publicación de Facebook Reciclaje/Sineambore (12 de septiembre de 2020).

El recurso principal para iniciar un proceso de elaboración de las pacas no es el dinero, sino la creatividad, el ingenio y la motivación de quienes la desarrollan. Esto significa que, incluso desde su técnica, la paca es una aliada comunitaria que permite la autogestión, soberanía y autonomía de las comunidades.

La paca digestora fue una aliada clave no solo como técnica, sino como aliada de la comunidad. Nos ayudó a entender que el tejido social tiene esa condición para resolver las propias problemáticas, que las comunidades tenemos la obligación misma de hacerlo. Gracias a unos vecinos del

barrio Armenia y a un compañero universitario que conocía las pacas, nos acercamos a estas. Ellos nos enseñaron cómo hacerlas, los visitamos y, en torno a una olla comunitaria, aprendimos cómo hacer pacas de residuos orgánicos, para la apropiación del espacio público (Integrante Paquerxs Bogotá, 2020).

Lo político aquí adquiere otra dimensión, que se relaciona con la facultad y el poder de la comunidad para gobernarse según sus necesidades y formas organizativas. La paca, en esta experiencia, se muestra como un proceso que le permite a la comunidad actuar con independencia y poder tomar por iniciativa propia las decisiones sobre cómo vivir de acuerdo con sus preferencias, sin depender de recursos públicos o privados. Así, se da una visión dialógica de lo político, entendida como el ámbito de la palabra, del consenso, del acuerdo, de las relaciones de cooperación que prosperan en una atmósfera de cordialidad entre iguales (Arendt, 1997). Los procesos de pacas digestoras se entienden como espacios políticos donde la gestión de residuos se desarrolla concertadamente, de manera autónoma y voluntaria, sin depender necesariamente de otros recursos diferentes a los que pertenecen a la comunidad misma.

Como la experiencia de la Ruta Fuerte en Mochuelo hay ejemplos en otras ciudades del país que permiten reflexionar sobre esto. En el Quindío, Johana Suárez Montejo, abogada de las comunidades aledañas del relleno sanitario Villa Karina, en Calarcá, estuvo encargada del litigio ambiental para la sanción y clausura definitiva de dicho relleno en el año 2018, debido a que no contaba con las licencias ambientales necesarias de operación, y causaba contaminación grave a corrientes hídricas y a las comunidades vecinas. En medio de este proceso de cierre y ante la incertidumbre de cómo seguir gestionando los residuos, Johana inició una campaña educativa. En dicha tarea de resistencia al relleno conoció las pacas digestoras e invitó a Guillermo Silva a dictar diferentes talleres y charlas con las comunidades de Calarcá, Armenia y Salento. Lograron que se empezaran a construir pacas digestoras como una alternativa a la disposición final de los residuos orgánicos. Una campaña que va en franco crecimiento.

Otra experiencia relacionada ocurrió en el municipio de Argelia, en Antioquia. A finales del 2019 tuvimos la oportunidad de visitar el relleno sanitario de este lugar. A diferencia de la mayoría de los basureros, no había malos olores ni ratas ni cientos de moscas alrededor, gracias a que habían implementado un plan integral de gestión de residuos con pacas digestoras. En nuestra visita, preguntamos a los trabajadores por el proceso de transformación del relleno y nos contaron un poco sobre el antes y el después del lugar.

Este relleno olía mal, algo normal con basura, pero llegó la propuesta del reciclaje orgánico. Se construyó una caseta, para proteger los residuos de la lluvia. El proceso inicial fue voltearlos a pala y la hediondez resultó más horrible que la del relleno. Lo peor era que ese olor se le pegaba a uno al cuerpo. Uno se bañaba y seguía oliendo a podrido, el desodorante no servía para nada; llegar a la casa se volvió un problema, la familia no nos aceptaba, fue muy humillante. Nos dicen que hay que proteger el ambiente, pero ¿cuál es la protección para los trabajadores? Empezamos a enfermar, muchos trabajadores no aguantaron y renunciaron (Trabajador del relleno sanitario de Argelia, 2018).

Gracias a la dirección del ingeniero encargado del relleno y al diálogo constante con sus trabajadores, conocieron las pacas y las implementaron para la construcción de un botadero saludable. Nuestro recorrido por este lugar fue muy emotivo. Nos impresionó ver cómo miles de kilos de residuos orgánicos quedaban empacados en más de cien cubos que, incluso sin planearlo, se empezaban a convertir en camas de tierra donde nacen hortalizas y flores.

En esta visita, una noche mientras tomábamos unas cervezas, nos preguntamos qué requiere un proyecto de reciclaje orgánico saludable para que marche. No se necesitan decretos, leyes, dinero o infraestructura, sino personas con ética hacia la vida. No queremos decir con esto que la articulación con lo institucional no pueda llegar a ser valiosa; consideramos que en la problemática de la gestión de residuos es fundamental el fortalecimiento institucional y gubernamental, el establecimiento de legislaciones adecuadas, la descentralización de la operatividad y el reconocimiento y

reivindicación de los trabajadores del aseo y la limpieza. Sin embargo, creemos que la problemática de los residuos es un asunto principalmente ético. Promover las pacas es tener una postura específica frente a la vida.

Después de una amplia discusión, durante el viaje a Argelia, concluimos que la promoción de la paca digestora encierra un acto político de suprema responsabilidad e independencia. La paca puede descomponer desechos con sanidad, pero lo más importante es que compone comunidad con dignidad. Argelia, Calarcá y Mochuelo son excelentes ejemplos de esto.

Por qué la paca es una práctica espiritual

Una crítica frecuente al reciclaje en pacas digestoras es la cantidad de tiempo que se tarda el proceso fermentativo para producir abono orgánico. Después de compactar los residuos es necesario esperar seis meses para cosechar el abono. De ahí que numerosos técnicos se muestren reacios al método: ¿por qué esperar si con otras técnicas el proceso es más rápido? La sola pregunta y el afán por la productividad evidencian lo atrapados que estamos en un sistema explotador, ambicioso y dominante. La importancia que se le da al tiempo es concordante con el ritmo veloz de vida que llevamos. Pretendemos que la creación de conocimientos, técnicas y tecnologías sea la respuesta a los estragos que generamos con nuestros modos de vida. ¿Acaso lo importante es deshacernos rápido de la basura para poder seguir consumiendo?

Algo que nos sorprende gratamente de los procesos paqueros en la ciudad y el país es que no responden necesariamente a la intención de generar rentabilidad económica. Con esto queremos decir que, en la mayoría de los casos, el objetivo de los paqueros no es producir abono ni suplir intereses individuales. No se trata simplemente de atenuar o suavizar una problemática ambiental, sino de empezar a comprender y vivir la vida de otro modo.

Todo empieza con la clasificación de residuos en casa, con la decisión de disponer de una caneca en la que se van a depositar todo tipo de desechos orgánicos. La recolección nos devuelve un montón de preguntas sobre el alimento: ¿qué es lo que comemos?, ¿de dónde lo obtenemos?, ¿cuánto viaja ese alimento para llegar a mi mesa y cuánto rastro de residuo deja? Esto sin

contar la labor pedagógica que se inicia en casa con los demás miembros de la familia. Se aprende a aceptar cosas que nos enseñaron a odiar. Empezamos a apreciar el olor a vinagre que se desprende del recipiente donde depositamos los residuos, dejamos de asustarnos con los numerosos gusanos que podemos encontrar entre los desechos y logramos apreciar la labor de los bichos como recicladores importantes. Comprendemos que si se realiza la correcta gestión, los residuos que estamos gestionando no son basura, sino vida.

Cuando nos encontramos con varios vecinos del barrio para hacer la paca digestora, conocemos quién es esa persona que vive al lado, aprendemos algo del otro, nos hacemos amigos y nos ponemos de acuerdo para realizar otras actividades colectivas. Se construyen lazos amicales tan opuestos a la retórica individualista de las ciudades. El chiste, el chisme, la olla comunitaria, el juego, la música, la danza, las discusiones y las negociaciones hacen parte del encuentro. La paca digestora motiva relaciones y procesos de organización que crean comunidad. Las personas que hacen parte de procesos de pacas suelen expresar que se sienten felices de participar de los mismos.

Figura 4. Paqueros reunidos celebrando el festival paquero 2020, barrio Carlos E. Restrepo, Medellín



Fuente: Festival Paquero 2020, Medellín

Cuando construimos pacas digestoras la relación con la naturaleza se transforma. En algunas personas se despierta el asombro y el interés de conocer qué sucede biológicamente en ellas y se empiezan a mencionar los organismos descomponedores que trabajan en las pacas. Este asombro ha motivado varias investigaciones académicas que desde lo técnico buscan describir y evaluar la eficiencia del proceso de fermentación de residuos y los animales descomponedores que se encuentran en ella. Los estudios muestran cómo en las pacas participan más de 5104 artrópodos recicladores limpios y depredadores de 78 géneros (Ardila *et al.*, 2015). La recolección e identificación de organismos no solo verifica la sanidad del proceso, sino que también explica la gran aceptación del proceso entre las comunidades.

En Medellín, desde una campaña llamada Aprovecho el Desecho de la Red de Huerteros Medellín, se han realizado diversos talleres paqueros con la asesoría de Guillermo Guarín, un ingeniero agrónomo y entomólogo, quien en el 2016 realizó un importante estudio de insectos en pacas digestoras Silva. En la campaña se han elaborado ilustraciones para divulgar y visibilizar a estos bichos, se han impreso fanzines con información relevante de este proceso e incluso se han estampado camisetas con mojojoes y gusanos para resaltar la labor de los organismos facilitadores de esta técnica.

Figura 5. Campaña elaborada por el grupo Aprovecho el Desecho de la Red de Huerteros de Medellín



Fuente: Publicación de Facebook Aprovecho del desecho (15 de abril de 2021)

Indudablemente, la investigación más formal y académica sobre las pacas digestoras nos ha ayudado a mejorar nuestra relación con la naturaleza, pero también la experimentación directa y cotidiana con los residuos, la hojarasca y los bichos nos cambia la relación con el entorno natural y social. Hay un autocuestionamiento, a partir del hacer, que lleva a la crítica de lo que considerábamos apropiado o correcto. Este tipo de reflexiones cambia la forma en que entendemos la realidad, nos relacionamos y soñamos el futuro. No solo se transforma el hacer, sino el ser. La paca invita a una nueva manera de analizar, comprender y sentir la vida. Transforma las relaciones humanas desde la amistad, la organización colectiva y genera comunidad.

También nos confronta con lo no-humano. Esto significa entenderse parte de la naturaleza, poner en diálogo los ritmos de la sociedad con los del entorno y sanear nuestras prácticas cotidianas, altamente autodestructivas; porque, finalmente, no defendemos la naturaleza: somos parte de la naturaleza que se defiende de una sociedad de consumo insostenible (Red de Huerteros Medellín).

Los cambios de posición y de entendimiento del ser nos llevan a hablar de una transformación espiritual que, además, es sumamente política. Cuando hablamos de espiritualidad nos referimos a un movimiento trascendental del pensamiento a la acción. No nos referimos a algo metafísico, sino a los sentidos y posibilidades que materializamos en un espacio-tiempo con libertad, creatividad, felicidad y plenitud. La elaboración de pacas bajo una visión espiritual es una decisión que da otro sentido a la propia existencia y a su articulación con la vida. Participar de los procesos y reflexividades en torno a las pacas puede llevar a generar una conciencia universal sobre las relaciones que tiene el ser humano con otros seres y el entorno.

De esta manera, lo político en los procesos de pacas digestoras invita al cuestionamiento de las relaciones de poder y dominio que implica el concepto mismo. Entender la elaboración de las pacas como práctica reflexiva es vislumbrar que hay un posible cuestionamiento por la dominación; implica comprender y vivir el mundo desde posturas que eviten la instrumentalización, totalización y subordinación. El acto político en torno a las pacas es el cuestionamiento por los modos de vida.

Como lo vimos en los apartados anteriores, no solo se trata de lograr acceder al espacio público o los escenarios del Estado, ni de lograr únicamente la autonomía y organización comunitaria. Es una política de lo no-político, porque es una búsqueda por no reproducir los mismos modos de organización y relación que implican las lógicas del poder. Con la práctica paquera pretendemos dejar de reproducir aquellas formas de relacionarnos que nos han enseñado y que tenemos tan interiorizadas. Hablamos de una utopía. Vivimos los procesos de construcción de pacas digestoras como una práctica que rompe radicalmente con el mundo existente, que cuestiona las leyes culturales y aun mucho de lo que nos han enseñado sobre la naturaleza.

No es un plan, es una acción concreta en la búsqueda de otras formas de relacionarnos.

Nos llena de esperanza cada nuevo proceso paquero que se inicia en algún lugar del mundo, porque entendemos que casi sin notarlo las personas que lo realizan encuentran una práctica que abre una riqueza de posibilidades del ser y de la construcción de un nuevo mundo en el que creamos modos diferentes de relacionarnos con la vida. Dicen que las utopías son improbables, que son caminos que toman mucho tiempo, que son metas lejanas; sin embargo, con las pacas digestoras hemos aprendido a no tener tanta prisa y a disfrutar del proceso. El disfrute en cada encuentro paquero vale la pena. ¡La felicidad de encontrarnos es suficiente motivo para seguir promoviendo esta tecnología!

Referencias bibliográficas

- Aprovecho el Desecho (15 de abril, 2021). *El mojojoi, chisa de un gran currarrón, pertenece al orden Coleoptera, uno de los grupos más numerosos en el planeta* [Publicación de Estado]. Facebook. <https://www.facebook.com/Aprovecho-el-desecho-240099053235635/photos/861704564408411>
- Ardila, D., Cano, J., Silva, G. y López, Y. (2015). Descomposición de residuos orgánicos en pacas: aspectos fisicoquímicos, biológicos, ambientales y sanitarios. *Producción + Limpia*, 10(2), 38-55. <https://onx.la/a5809>
- Arendt, H. (1997). *¿Qué es la política?* Paidós.
- Berkes, F. & Folke, C. (1998). *Linking social and ecological systems: management practices and social mechanisms for building resilience*. Cambridge University Press.
- Betancur, J. (13 de marzo de 2019). En 2022 el relleno sanitario La Pradera alcanzaría su máxima capacidad. *El Tiempo*. <https://onx.la/f97c8>
- Cardona, J. (2018). *Caracterización fisicoquímica de las pacas biodigestoras en el proceso de tratamiento de la barra de café generada en la Universidad de Antioquia* (Tesis de grado). Universidad de Antioquia. Medellín. <https://onx.la/04dbb>

- Departamento Nacional de Planeación (2019). *Informe de Disposición Final de Residuos Sólidos – 2018*. <https://onx.la/b3122>
- Di Marco Sánchez, G. (2020). La democracia en el pensamiento de Antonio Gramsci. *Revista Jurídica Universidad Autónoma de Madrid*, (41), 129-149.
- Dobson, A. (2005). Ciudadanía ecológica. *Isegoría*, (32), 47-62.
- González, J. (29 de abril de 2020). El deslizamiento ocurrido en el relleno no afectará la prestación de los servicios de aseo y recolección de residuos. *La República*. <https://onx.la/3c2be>
- Integrante Paquerxs Bogotá (2020). Comunicación personal.
- Ossa, C. (2016). *Aplicación de la tecnología de las pacas biodigestoras para el tratamiento ecológico de los residuos orgánicos de la Universidad de Antioquia* (Tesis de grado). Universidad de Antioquia. Medellín. <https://onx.la/9a013>
- Paquerxs Bogotá (2019). Canción a la paca.
- Paquerxs Bogotá (1 de agosto de 2020). Comunicación personal.
- Paquerxs Bogotá (12 de septiembre de 2020). *Fotos*. [Publicación de estado]. Facebook. <https://onx.la/84bd2>
- Reciclaje/SINEAMBORE (12 de septiembre de 2020). *Lo comunitario es inherente a la existencia, seguiremos siendo una ruta fuerte de vecinos recicladores reivindicando nuestro derecho al ambiente* [Publicación de estado]. Facebook. <https://onx.la/453bf>
- Silva, G. (6 de enero de 2020). *Bienvenidos a un basurero decente con Pacas Digestoras Silva y trabajadores felices en Argelia, Colombia. Presentación del primer basurero municipal* [Publicación de estado]. Facebook. <https://onx.la/df9fd>
- Trabajador del relleno sanitario de Argelia (14 de diciembre de 2018). Comunicación personal.

Nosotras en las huertas¹

Introducción

Desde la Red de Huerteros Medellín planteamos y desarrollamos la investigación “Prácticas comunicativas en la agricultura urbana de Medellín: tejido social, territorio y saberes”, un proceso que nos ha permitido ampliar la mirada de la práctica y hacernos preguntas diversas para enriquecer nuestra agenda. Esta indagación coincidió con mi ingreso a la Maestría en Antropología de la Universidad de Antioquia; por ello, quise que el trabajo que iba a realizar estuviera vinculado a esta investigación, enfocándose específicamente en la experiencia de tres huertas de Medellín —Huerto Comunitario Alcázares, que está ubicada en el barrio Los Alcázares y cuenta con un área total de 34 m²; Aula Ambiental Plaza de Mercado La América, que está ubicada en el barrio Los Pinos y cuenta con un área total de 150 m², y Huerta de la Fundación Cultivos de Amor, que está ubicada en el barrio Belén San Bernardo y cuenta con un área total de 1726 m²—, las cuales se habían identificado previamente como nodos de la red, en los que se intenta recomponer los lazos sociales.

El objetivo fue comprender la configuración de estos lugares a partir de sus relaciones comunales; un

¹ Esta investigación fue financiada por la convocatoria programática CODI, Universidad de Antioquia de 2016. Proyecto número 2016-12689.

■
Kelly Manosalva

Fajardo

Miembro de la Red de
Huerteros Medellín.

kellymanosalva@gmail.com

Guillermo Silva

Pérez

Tecnólogo Forestal egresado
de la Universidad Nacional
de Colombia

Desarrollador de la paca
digestora e integrante de la
Red de Huerteros Medellín.
gsilvap51@yahoo.es

enfoque que ha sido poco considerado en la bibliografía académica. El interés se enmarcó en la dimensión espacial, lo que permitió acercarse a aportes de otras disciplinas, como la geografía y sus vertientes humana y crítica, en donde el espacio deja de ser una superficie o una extensión de tierra, para pensarse como producto de interrelaciones y prácticas (Massey, 2008). Se desarrollaron entonces varias reflexiones sobre los sentidos de lugar, la comunalidad y las huertas como espacios de esperanza.

Este artículo se centra en la comunalidad y en el *nosotras en las huertas*, un asunto que hizo parte de los hallazgos, pero que sigue siendo un cuestionamiento que merece ser profundizado. Como se presentará más adelante, las mujeres de las huertas con las que se trabajó ejercían principalmente el rol de gestoras del cuidado; el liderazgo estaba en manos de hombres, reconocidos por ser las personas que impulsaban y guiaban la acción, con un papel relacional muy importante, porque además de inspirar y motivar el encuentro, hacían las veces de articuladores con otros actores e iniciativas.

De esta forma, la pregunta por el trabajo colectivo cobró gran importancia y, bajo el concepto de *comunalidad*, se analizó cómo se construían otro tipo de relaciones. La comunalidad abarca el pensamiento, y la acción se vive en la práctica cotidiana y tan solo requiere de un compromiso con la vida comunitaria, con el bien común. Es, además, un proyecto emancipatorio que no tiene un punto de llegada, porque en esencia es una forma de vivir.

Pensadores como Raúl Zibechi (2015) consideran que en las relaciones de cooperación hay una pregunta por lo común, que no son los bienes comunes, sino el trabajo colectivo de las personas. Este puede estar orientado a la producción, pero también a la reproducción de la vida. Para el autor, la acción colectiva es la que le brinda sentido al hecho comunal y de esta forma es como se hace comunidad:

Lo común son los vínculos que construimos para seguir siendo, para hacer que la vida siga siendo vida; vínculos que no pueden ser acotados a institución ni a cosas (agua, tierra, natura). En este sentido, los llamados 'bienes comunes' no son objetos, entes separados de las personas, sino esos lazos

(comunes, comunitarios) que hacen posible que, por decir, agua y tierra sigan siendo en beneficio del común/comunitario. Los 'bienes comunes' son lo que hacemos para que sigan siendo bienes de uso del común (p. 76).

Esteva (2012) expone además que en la comunalidad las redes de relaciones se definen por una manera de ser: el *nosotros*, un cuestionamiento directo al individualismo y a las formas egoístas de existencia, que en el caso de las huertas comprende tramas complejas, vínculos entre humanos y no-humanos, pugnas de poder y roles fundamentales que todavía no son tan visibles en la práctica.

Sobre las tres huertas participantes

En 2004 inició el programa Ecohuertas Urbanas de la Secretaría de Medio Ambiente de la Alcaldía de Medellín, que aboga por una agricultura sostenible en la ciudad e “involucra la apropiación de los espacios urbanos como las terrazas, balcones, patios, entre otros, con el propósito de que las comunidades organizadas se familiaricen con las metodologías de aprendizaje mediante el aprovechamiento de los residuos sólidos orgánicos” (Alcaldía de Medellín, 2011, p. 5).

En la publicación citada se expone que se cuenta con más de trescientas ecohuertas en las comunas y corregimientos de Medellín; además, se profundiza en el proceso de elaboración de la huerta, la preparación del suelo, el uso de biopreparados, las prácticas ancestrales y la poscosecha. Este documento aborda lo técnico de la experiencia, pero quedan por fuera los aprendizajes a nivel de tejido social, convocatoria, dificultades, entre otros.

Asimismo, el Área Metropolitana del Valle de Aburrá, como entidad administrativa, tiene una propuesta en gestión ambiental para los municipios que hacen parte de este esquema territorial. Así, se creó en 2010 el programa de Aulas Ambientales, como una estrategia educativa para

[...] llevar a cabo procesos colectivos de aprendizaje y entender el pasado, presente y futuro del territorio, dentro de la estructura, se contempla un escenario natural, una propues-

ta pedagógica y unas unidades didácticas integradas dentro del espacio físico con la finalidad de establecer sistemas y/o propuestas demostrativas que incluyen varias áreas de conocimiento en pro de un interés ambiental colectivo (Área Metropolitana del Valle de Aburrá, 2012, p. 6).

La idea de Aula Ambiental se remonta al año 1997 con el Aula Ambiental Paseo del Río, proyecto insignia de la Secretaría de Medio Ambiente. En 2010, el programa se crea en convenio con Área Metropolitana y es operado por la Universidad Santo Tomás. Allí se da apertura a tres nuevas aulas: Belén, en la unidad integral #6 de bienestar social; La América, en la plaza de mercado, y Guayabal, en el Parque de Manzanares. Otras aulas se fueron creando con el tiempo, aunque varias han desaparecido.

Desde el inicio se pensó en que cada aula ambiental tuviera proyectos pedagógicos para acercar a las personas a la comprensión del entorno. Los ejes o unidades didácticas que comparten la mayoría de las aulas son: mariposario, vivero, ecohuerta, exhibición de artesanías elaboradas con residuos sólidos y tecnologías apropiadas; por lo general se cuenta con un aula en la que se dictan charlas y capacitaciones. Igualmente, se realizan recorridos guiados o interpretativos, como una forma de invitar a grupos y personas a acercarse a estos proyectos, a través del intercambio de saberes, la observación y la experiencia.

Se presenta este contexto debido a su relación con dos de los actores con los que se trabajó: Aula Ambiental Plaza de Mercado La América (ver Figura 1) y Aula Ambiental de Belén (ver Figura 2), coordinada por la Fundación Cultivos de Amor. Estos programas han ofrecido rutas de acción y algunos recursos materiales a estas iniciativas; no obstante, sin el cuidado y mantenimiento de los voluntarios, estos espacios ya habrían desaparecido.

Figura 1. Aula Ambiental Plaza de Mercado La América



Fuente: fotografía propia

Figura 2. Aula Ambiental de Belén, Fundación Cultivos de Amor



Fuente: fotografía propia

El Huerto Comunitario Alcázares (ver Figura 3), ubicado en las afueras de la Casa de Cultura Los Alcázares, fue el tercer interlocutor seleccionado. Este proyecto de siembra no ha tenido la intervención de los programas referenciados, aunque la relación con la Casa de Cultura ha sido permanente desde su creación.

Figura 3. Trabajo colectivo en el Huerto Comunitario Alcázares



Fuente: fotografía propia

En estas apuestas se identifican una diversidad de motivaciones y un alto nivel de agencia de los sujetos que componen estos grupos, pues hay una resistencia a ciertos procesos hegemónicos de producción y reproducción social. Si bien esto no significa que dejen de estar insertos en la estructura del sistema capitalista, con sus prácticas buscan subvertir las formas de relacionamiento que se imponen desde la lógica de la competencia y el individualismo.

Las iniciativas que hicieron parte de esta indagación tienen en común el liderazgo de hombres. Previo al inicio del trabajo de campo, se contactaron huertas dirigidas por mujeres que no compartieran una relación directa con instituciones o programas estatales; no obstante, sus distintas ocupa-

ciones o el tener en pausa los procesos de siembra hicieron imposible poder trabajar con espacios de estas características.

En suma, el objetivo general que se trazó esta investigación es el de reconocer y comprender tres experiencias de agricultura urbana en Medellín a partir de su configuración como lugares: Huerto Comunitario Alcázares, Fundacuda y Aula Ambiental Plaza de Mercado La América.

Metodología

Como ya se ha presentado, este trabajo se desprende de la investigación “Prácticas comunicativas en la agricultura urbana de Medellín: tejido social, territorio y saberes”, financiada por la convocatoria CODI 2016 (Universidad de Antioquia), en la que participaron miembros del colectivo Red de Huerteros Medellín. A pesar de realizar este trabajo enmarcado en la Maestría en Antropología, las conversaciones y encuentros con este equipo interdisciplinario suscitaron muchas de las reflexiones que aquí se exponen.

Siguiendo a Guba y Lincoln (2002), esta investigación se ubicó entre un paradigma crítico y otro constructivista. El acercamiento permitió ir más allá de la caracterización de unas organizaciones comunitarias inmutables, puesto que buscó identificar los sentidos de lugar y las relaciones que los configuran. Además, fueron los interlocutores quienes permitieron entender y reconstruir estos procesos.

La investigación fue de tipo descriptivo-explicativo, ya que se partió de la comprensión de los contextos y procesos de cada iniciativa (actores, motivaciones, recorridos, estrategias organizativas, comunicativas y de acción, entre otros). De acuerdo con lo anterior, se acudió a diversas técnicas de generación de información, entre las que se encuentran la revisión documental, las entrevistas semiestructuradas (individuales y colectivas) y la etnografía mediante la observación participante.

Con las técnicas de generación de información hubo cambios y adaptaciones. Con respecto a la revisión documental, se esperaba contar con material suministrado por las huertas; sin embargo, ninguna de las experiencias ha sistematizado sus procesos. Con el Huerto Comunitario Alcázares se logró recuperar un amplio archivo fotográfico que mostraba los cambios

físicos de la huerta y las personas que han hecho parte de este proyecto. Mediante una invitación a un compartir de alimentos, se logró reunir a algunos de los miembros más antiguos y así recuperar experiencias que ya estaban en el olvido.

En los casos del Aula Ambiental de la América y la huerta de Fundacuda, se recurrió a la revisión de documentos legales e informes. Se encontró un sitio web que recogía información sobre las diferentes aulas ambientales en la ciudad y algunas cartillas que presentaban los procesos de aprendizaje que se han realizado en estos espacios.

Las entrevistas se llevaron a cabo de la siguiente forma: cuatro en el Huerto Comunitario Alcázares, tres en el Aula Ambiental de la América y siete en la huerta de Fundacuda. Se entrevistaron huerteros que estuvieran activos en el proceso de siembra y cuidado, y que no fueran recién llegados al espacio, sino que tuvieran una trayectoria en el mismo. Para realizar la codificación, creación de redes, generación de reportes, búsqueda de co-ocurrencias y escritura de memos se hizo uso del software Atlas.ti. Es importante destacar que los documentos académicos también fueron ingresados a este programa.

A pesar de llevar a cabo las entrevistas semiestructuradas tal como se había planeado, a partir de las primeras visitas a las huertas se identificó la riqueza que había en cada una de las conversaciones que surgían en el hacer. La confianza se incrementaba y los participantes se sentían más tranquilos para hablar de diversos temas, sus recorridos y proyectos a futuro.

El estar allí fue primordial para la comprensión de lo que sucedía, la revelación de tensiones, la comprensión del esfuerzo que implicaba cada actividad y cómo, poco a poco, había más amigos que personas desconocidas. De este modo, los diarios de campo fueron imprescindibles para este trabajo; allí se consignaron experiencias, conversaciones y fotografías que, luego de ser sistematizadas y analizadas, alimentaron la discusión sobre una práctica diversa.

Gestoras del cuidado

Schenerock y Aguilar (2017) exponen que “El trabajo agrícola realizado por las mujeres es igual que el realizado por los hombres, aunque las

mujeres siguen cargando solas con el trabajo de cuidados no remunerado” (p. 10). La profesora Pascale Molinier plantea que el cuidado es un proceso colectivo que va más allá de la enfermedad o de escenarios hospitalarios, y que cuenta con dos dimensiones claves: la subjetiva (preocupación por el otro) y la tangible (el cuidado como acción u ocupación).

Al guardar cierta distancia de la dimensión curativa, Molinier (2012) se abre al terreno de la vida cotidiana, en donde diversas esferas y distintos actores de la vida social entran en juego. En la vida doméstica todos tenemos la capacidad de cuidar y la necesidad de ser cuidados, es decir, de hacerse cargo de otros; de esta forma, se genera una división de trabajo con unas características comunes.

¿Quiénes cuidan? ¿Cuál es su lugar en la sociedad? Todas estas preguntas tienen que ver con el ámbito político, puesto que hay unos arreglos comunes (desde un ejercicio de poder) que han definido las respuestas a estos interrogantes. Molinier (2012) explica que hay una producción de desigualdades en el cuidado, ya que son las mujeres (con determinada clase social) las encargadas de cuidar en un entorno doméstico, en el cual han sido invisibilizadas.

La filósofa y teórica feminista Nancy Fraser (2016) expone que estamos ante una “crisis de los cuidados”, resultado de una sociedad que ha puesto la reproducción económica por encima de la reproducción social, siendo esta última indispensable para la vida. La “pobreza de tiempo” se ha relacionado con esta crisis, ya que no hay oportunidad de dedicarse a la crianza, sostener amistades o comunidades debido al peso que tienen las actividades mercantiles en la vida de las personas.

El cuidado no es considerado un trabajo especializado, por esto suele ser poco valorado en la lógica neoliberal y desarrollista. La “responsabilidad relacional” es el llamado que hace Molinier (2012) para hacer frente a este problema de forma colectiva. Su invitación es pensar en redes de dependencia y responsabilidades compartidas para el cuidado de la vida y el mantenimiento de un mundo común.

En las iniciativas huerteras con las que se trabajó se pueden identificar personas que se concentran en el cuidado de las plantas. Ya se ha hablado

de algunas características de quienes lideran estos procesos, de su gestión y visibilidad; pero, además de estos gestores (todos hombres), hay también otras personas que desarrollan funciones clave en el mantenimiento del espacio. La desigualdad en el cuidado y la naturalización del lugar público que ocupan los hombres hizo que hasta cierto momento de esta indagación se olvidara la labor de las mujeres en las huertas, su dedicación y trabajo constante.

En el caso del Huerto Comunitario Alcázares, Cristina Sandoval, historiadora y agricultora que hace parte de la Red de Huerteros de Medellín, ha sido una persona fundamental en los procesos formativos que se han desarrollado. Su compromiso con la agricultura urbana va más allá de ser un tema que le interese, ya que hace parte de su proyecto de vida:

[...] no es simplemente el hecho de la siembra y de producir alimentos, sino que es uno de los elementos de cómo quiero que sea mi vida en este momento, pues es una parte del estilo de vida, es algo que no está simplemente ahí, no es simplemente producir comida [...], se trata de cómo lo que hacemos en la huerta genera reflexión, discusión e interrogantes alrededor de una cantidad de cosas, desde sembrar plantas que atraigan las mariposas, del espacio para que puedan vivir las abejas... cómo hacer un microclima donde ellas puedan estar bien, algo tan sencillo y tan pequeñito hasta algo tan enorme como el cambio climático; es un rango enorme de posibilidades y lo que estoy haciendo es un pedazo de todo eso (Sandoval, 2018).

Debido a las múltiples experiencias que ha tenido Cristina en relación con la agricultura, su conocimiento es amplio. Si bien en la huerta han participado otras personas en el cuidado, como Amparo, Alberto o Franz, Cristina ha liderado de forma integral la planeación de la siembra, el mantenimiento de la huerta y las estrategias educativas, incluyendo la paca digestora, un sistema de prensado de residuos orgánicos que no produce malos olores, y que, a diferencia del compostaje, es un proceso anaeróbico (ver Figura 4). En las jornadas de trabajo ella se destaca por hacer distintas

tareas, desde las que requieren un gran esfuerzo físico, hasta el trasplante, limpieza y abono de las plantas. En el Huerto Comunitario Alcázares se evidencia una división del trabajo en función del género: los hombres con las herramientas más pesadas y las mujeres con actividades de menor esfuerzo físico. Cristina era quien rompía con estos esquemas y se apropiaba de todos los elementos disponibles.

Figura 4. Paca digestora en el Parque de Belén



Fuente: fotografía propia

Por su parte, Rosalina Jiménez o “Nina”, líder de la Comuna 16-Belén, además de fundar la huerta ubicada en la Unidad Integral de Belén, realiza labores diarias para el sostenimiento de este espacio. Desde las siete de la mañana se puede encontrar a Nina haciendo múltiples actividades y cuidando el aspecto general de la huerta. Otros compañeros de la Fundación Cultivos de Amor expresan que el relacionamiento con Nina puede ser difícil por su insistencia en ciertos temas, sin embargo, reconocen su labor incansable.

Las limitaciones físicas no le permiten a Nina llevar a cabo algunas tareas; con todo, durante su paso por la fundación ha trabajado en varias unidades didácticas, como el mariposario y la huerta. Su motivación por recuperar y mantener este espacio le da la fuerza para hacer limpieza continua y cuidar el vivero:

[...] esta huerta es la vida mía, porque mire que yo soy loca por venirme para acá, yo aquí me levanto hasta un domingo, me vengo pa' misa de 7 y vengo y me meto aquí, a echarle la comida a los gatos y aquí estoy sola, echándole la comida a los gatos, o regando el vivero; si está haciendo mucho calor, le echo agua a la huerta y así (Jiménez, 2018).

A nivel interno de la unidad, Nina cuenta con el reconocimiento de muchas personas, pero en relación con otras huertas, se desconoce su labor y saberes. Algo similar sucede con Claudia Álvarez en el Aula Ambiental de la Plaza de La América, una voluntaria que ha acompañado por mucho tiempo este espacio con diferentes actividades. A pesar de trabajar con tres personas expertas en temas de agricultura, ella aporta otras miradas al cuidado y sensibilidad que se debe tener con las plantas:

[...] ellas se proveen del subsuelo, de su sustento, de sus cosas... si nosotros como seres humanos no las proveemos de agüita en el verano... ellos [refiriéndose a sus compañeros] con todas sus cosas, que saben cómo manejar la tierra y todo, imagínese que nosotros no estuviéramos aquí, esas matas se mueren. Mire otras aulas, que a pesar de que están en terreno blando se murieron, ¿por qué?, porque no hay un ser humano, un ser sensible, no hay un amor por la naturaleza, en cambio a mí me da tristeza... hay veces que me le enoja a él [Germán], porque veo las matas así como... y yo, ¿es que no le echaste agua a las matas?, 'ay, es que no tuve tiempo', y yo: 'no señor, es que primero son ellas y después lo demás', entonces son cositas [...] esta semana le estaba diciendo a él [Juan Diego] que no me metiera las mariposas ahí, 'las solté para que se vayan', [...] entonces son como cositas así (Álvarez, 2018).

Volviendo a Schenerock y Aguilar (2017), se hace importante visibilizar el papel que tienen las mujeres en la defensa de los lugares, aunque como se ha analizado en la literatura feminista, este rol se cumple en ciertas ocasiones en una posición de inferioridad. Más allá de la remuneración, se trata de romper con la naturalidad del cuidado en virtud del género y preguntarse

por qué se extiende esta división del trabajo en una práctica como la agricultura urbana: hombres como personajes públicos en las huertas y mujeres que trabajan colectivamente sin reconocimiento. En algunos casos, la aparición pública puede resultar incómoda para ellas, pero al mismo tiempo resulta molesto que otros sean protagonistas de una labor que no viven de forma tan cercana.

Es importante decir que esta asignación de roles no excluye que entre mujeres y hombres se tejan alianzas y acciones de cooperación. A nivel interno es posible evidenciar acuerdos sobre la planeación de acciones y apoyo mutuo en determinadas labores. Tal es el caso en la huerta de Fundacuda, donde Nina hace una labor de difusión con respecto al aprovechamiento de residuos orgánicos, mientras que otros miembros se encargan de la disposición, la organización y el prensado en las pacas digestoras.

La antropóloga Marcela Lagarde (2003) explica que las mujeres desarrollan una preocupación por las necesidades de los otros, haciéndose políticamente subsumidas. Ahora bien, a partir del siglo xx, las mujeres además de cumplir el papel de cuidadoras buscan también lograr el desarrollo individual; estos deseos son contradictorios, ya que obedecen a dos órdenes: lo tradicional y lo moderno. En el caso de Cristina (historiadora de profesión) se hace visible esta tensión. El reto es eliminar la subordinación de las mujeres,

[...] primero, al visibilizar y valorar el aporte del cuidado de las mujeres al desarrollo y el bienestar de los otros; segundo, con la propuesta del reparto equitativo del cuidado en la comunidad, en particular entre mujeres y hombres, y entre sociedad y Estado. Y, tercero, la resignificación del contenido del cuidado como el conjunto de actividades y el uso de recursos para lograr que la vida de cada persona, de cada mujer, esté basada en la vigencia de sus derechos humanos (Lagarde, 2003, p. 5).

Otra perspectiva que puede nutrir estos hallazgos la ofrece el urbanismo feminista. Siguiendo los aportes de la cooperativa Col·lectiu Punt 6 (2019) —conformada por mujeres arquitectas, sociólogas y urbanistas con una amplia experiencia investigativa y práctica en el diseño de ciudades más

inclusivas—, los reclamos de las mujeres por el espacio público parten de la tercera ola del feminismo, en la que se cuestionan las formas de habitar la ciudad desde un modelo que privilegia la producción, niega la posibilidad del encuentro, reproduce desigualdades y limita el derecho a la ciudad. Se trata entonces de pensar en una justicia espacial en la que no se conciba la vida en diferentes segmentos, sino como un continuo en el que transitamos por tiempos y espacios.

Cristina, Nina y Amparo llevan a cabo acciones importantes en la esfera reproductiva y comunitaria, las cuales les otorgan un conocimiento profundo de los lugares que habitan y de las personas con las que se relacionan (niños, jóvenes, adultos y adultos mayores). A pesar de tener presencia en el espacio público con actividades no productivas (económicamente hablando), la visibilidad que tienen en estos procesos es diferente a la de sus líderes.

Si bien estas huertas urbanas llevan al ámbito de lo público asuntos que se han tratado de establecer en lo doméstico (reproducción social), todavía hace falta reflexionar sobre el papel que tienen las mujeres en la esfera política y en la defensa de estos lugares en la ciudad. El nosotros que propone la comunalidad y la acción colectiva no podrá ser completo si todavía son favorecidas unas experiencias sobre otras. *Nosotras en las huertas* implica ser parte de las decisiones, aportar con vivencias, planteamientos y visiones al proyecto común.

Es importante aclarar que el urbanismo feminista no planea establecer áreas de la ciudad para las mujeres, sino permitir la confluencia de experiencias diversas. Supone entonces reevaluar ciertos criterios y variables urbanas, entre las que se encuentran el espacio público (visto como el lugar donde transcurre la cotidianidad) y la participación, asuntos cruciales en las huertas, ya que allí se generan encuentros colmados de saberes y vivencias.

La necesidad de pensar los cuidados de forma colectiva y preguntarse por los roles que se están asumiendo es una cuestión central con respecto al nosotros. Si bien en las huertas hay un carácter barrial y de proximidad clave, la incorporación visible de las mujeres se ha quedado en un segundo plano. Como lo plantea Col·lectiu Punt 6 (2019), es “poner la vida en el centro y, para ello, reconocer la diversidad de personas y realidades que formamos

parte de los lugares, incorporando las diferentes necesidades y capacidades” (p. 14). Se trata de una reivindicación y afirmación de la importancia que tiene la reproducción social y el cuidado por parte de las mujeres en las huertas, además de la corresponsabilidad que debe existir en dichas labores.

Finalmente, estas iniciativas son apuestas con un gran compromiso político, que intentan transformar las formas de relacionamiento y ampliar su comprensión de la vida en la ciudad. Es un camino largo en el que no solo hay que reflexionar críticamente sobre los vínculos mercantiles, sino también sobre las dinámicas patriarcales que persisten.

Conclusiones

La legitimidad y visibilidad que tienen algunos participantes sobre otros en estos procesos de siembra es evidente, lo que pone sobre la mesa una pregunta acerca de los roles que asumen hombres y mujeres en relación con el cuidado y su compromiso con el mismo.

Pensar en el nosotros es posible, en parte, por el trabajo que hacen los gestores de cada iniciativa, quienes impulsan la acción y el encuentro. En las huertas participantes, los líderes de los procesos son hombres que, al concentrarse en su rol, dejan la labor del cuidado en manos de otras personas.

Por lo general son mujeres las que realizan estas tareas fundamentales, pero su papel no es tan visible en relación con otros miembros. Este asunto ha sido evaluado por distintas autoras feministas, quienes ven en estas diferencias un reparto desigual de responsabilidades, consecuencia de una idea de ciudad que pone en el centro la producción sobre otras experiencias, reiterando así desigualdades de género que excluyen a grupos como las mujeres, limitando sus vivencias y su derecho a la ciudad.

Referencias bibliográficas

- Alcaldía de Medellín (2011). *Ecobuertas urbanas: agricultura ecológica en la ciudad*. Secretaría de Medio Ambiente.
- Álvarez, C. (14 de diciembre de 2018). Comunicación personal.
- Área Metropolitana del Valle de Aburrá (2012). Aunar esfuerzos para la puesta en marcha de procesos educativos y de gestión ambiental en el territorio metropolitano con énfasis en los municipios de La Estrella, Bello y Girardota del Valle de Aburrá.
- Col·lectiu Punt 6 (2019). *Urbanismo feminista. Por una transformación radical de los espacios de vida*. Virus Editorial.
- Esteva, G. (2012). Los quehaceres del día. En *Renunciar al bien común: extractivismo y (pos)desarrollo en América Latina* (pp. 237-82). Mardulce.
- Fraser, N. (2016). Las contradicciones del capital y los cuidados. *New Left Review*, (100), 111-132.
- Guba, E. y Lincoln, Y. (2002). Paradigmas en competencia en la investigación cualitativa. En C. Denman y J. A. Haro (Eds.), *Por los rincones. Antología de métodos cualitativos en la investigación social* (pp. 113-145). Colegio de Sonora.
- Jiménez, R. (10 de octubre de 2018). Comunicación personal.
- Lagarde, M. (2003). Mujeres cuidadoras: entre la obligación y la satisfacción. *SARE*, 1-5.
- Massey, D. (2008). Hay que traer el espacio a la vida. Entrevista con Alejandra García Vargas. *Signo y Pensamiento*, XXVII, (53), 327-343.
- Molinier, P. (2012). *El trabajo de cuidado y la subalternidad*. Cátedra Inaugural - Posgrados en Estudios de Género. Universidad Nacional de Colombia, Bogotá.
- Sandoval, C. (17 de octubre de 2018). Comunicación personal.
- Schenerock, A. y Aguilar, K. (2017). *Defensa del territorio cuerpo-tierra. Apuntes Ecofeministas*. San Cristóbal de Las Casas.
- Zibechi, R. (2015). Los trabajos colectivos como bienes comunes material/simbólicos. *El Apantle. Revista de Estudios Comunitarios*, (1), 73-98.

Segunda parte

Narrativas huerteras

Introducción

Tal como lo narramos en la introducción del libro, los capítulos que componen esta segunda parte en su mayoría tuvieron origen en entrevistas realizadas a sus protagonistas. En este trabajo intervinieron múltiples personas a las que queremos reconocer su labor. Para el diseño de la entrevista contamos con la ayuda de María Isabel Correa; ella y Luisa Valencia nos apoyaron en su realización. Luisa Valencia se encargó de la transcripción de la mayor parte de las entrevistas con la ayuda de Sonix, un programa informático de pago que facilita la transcripción de grabaciones. Carmen Cecilia Rivera realizó, transcribió y editó la entrevista de Marilyn Olinda Acero, y Cristina Sandoval editó la entrevista de Ángel Gustavo Rivera. Paula Restrepo coordinó todo el proceso, participó en el diseño de las entrevistas y realizó la edición del resto de ellas.

Cuando tuvimos todas las entrevistas transcritas decidimos editarlas de modo que el protagonista hablara en primera persona y sin intervención de las entrevistadoras. Nos pareció que de ese modo se le daba más fluidez al texto y nos permitía dirigir la atención de los lectores hacia los entrevistados, sin la distracción de las preguntas. Una vez tuvimos todas las entrevistas editadas, se las enviamos a los entrevistados para que las revisaran y corrigieran lo que fuera necesario.

El único capítulo que no surge de esta metodología de trabajo es “Llegué para quedarme. La paca Silva en Bogotá”, de Nathaly Jiménez Reinales, pues se trata de

una propuesta que utiliza un tipo de género discursivo que apela, al mismo tiempo, a la ficción y a la descripción fenomenológica para contar las sensaciones de una paca biodigestora en el espacio urbano.

Todas estas experiencias fueron seleccionadas intentando abarcar las diferentes voces que están promoviendo un sistema agroalimentario soberano y autónomo en Colombia, que ha puesto en conversación los conocimientos disciplinares con los vernáculos. Un recorrido por estas historias nos muestra la importancia de los distintos saberes, al tiempo que destaca las cualidades de liderazgo que una tarea de esta envergadura requiere. La motivación, la organización ciudadana, el conocimiento y la práctica se reúnen en torno a gestores que tienen en común el amor por la Tierra, la habilidad de establecer relaciones significativas para sus propósitos y una capacidad de trabajo permanente.

En sus historias resaltan el apego a la naturaleza fomentado desde que eran niños por sus padres y abuelos campesinos. Se observa también cómo ellos transmiten ese sentir a los recién llegados a sus redes y los cautivan y se asombran ante el milagro de la vida que brota en los patios, en los balcones o en los espacios comunitarios que los acogen. Desde la recolección de una zanahoria hasta la recogida de una flor son acciones con sentido, que van más allá de su funcionalidad como alimento o adorno, porque construyen autonomía y belleza.

Los huerteros gestores que hemos traído aquí nos muestran su sueño multiplicado en historias de vida que, a través de su contacto con las huertas, han ampliado su mundo y afianzado su bienestar. Todos comparten la idea de que alimentarse es una acción política cuya decisión compete a cada individuo o comunidad, y que, por lo tanto, el conocimiento que se tenga sobre su producción y la cercanía corporal con este proceso es la manera de involucrar a la ciudadanía en su propio destino.

En el relato “Llegué para quedarme”, de Nathaly Jiménez Reinales, una paca biodigestora abandona súbitamente su mutismo y con símbolos bosquejados de hojas suaves y de sombras de hojas, como diría el poeta Aurelio Arturo, inicia el camino arduo de la enunciación para contarnos su historia de con-tactos desde las entrañas de un molde de madera, donde cohabitan

residuos orgánicos y lombrices. Dicho ejercicio exige al lector exponerse a la imagen de la descomposición *in situ* y a la efervescencia y cuidado de la vida en la ciudad.

Hay un cierto activismo político y galantería en el accionar de la paca, pues deambula quijotesca por el espacio urbano engalanando parques olvidados, reviviendo suelos heridos, convocando a las personas para que se asuman como ciudadanos, más que como consumidores, y haciendo entretenidamente paisajismo ecológico.

Abner Ortiz, en Putumayo, expone los usos que la agricultura urbana ha tenido en la gestión del problema del desplazamiento por el conflicto armado. En el trabajo que se viene realizando en esta zona del país hay un fuerte énfasis en el rescate de especies locales, la recuperación de los saberes ancestrales y populares, la apropiación de los territorios y el retorno a prácticas agrícolas que valoran las semillas libres y los suelos desintoxicados.

Eduard Beltrán nos habla de su trabajo en dos lugares distintos del país. Por un lado, está la labor que ha desarrollado en Cota, Cundinamarca, en donde su casa se ha convertido en lugar de encuentro de médicos indígenas y comunidades rurales y urbanas. Por otro lado, está el trabajo que ha realizado en Quibdó, Chocó, apoyando a través de la agricultura urbana la apropiación de territorios periurbanos por parte de comunidades indígenas desplazadas.

Marilyn Olinda Acero narra su experiencia como gestora de la Red de Huerteros de Jamundí, a la que denomina hija de la Red de Huerteros Medellín. Su capacidad de liderazgo y amor por la “madre tierra”, como ella la denomina, tiene antecedentes en una educación materna orientada completamente hacia estos valores, en los cuales la reivindicación de un ambiente sano y de una alimentación autónoma son baluartes políticos para el cambio social.

David Guerrero y Alexander Luna, en Santander, hablan sobre la agricultura urbana como herramienta ecopolítica que les ha permitido difundir y fortalecer otras luchas relacionadas con la oposición a la explotación de páramos y a la construcción de cierta infraestructura vial.

Por último, Ángel Gustavo Rivera, desde Villavicencio, cuenta su experiencia con la gestión de residuos orgánicos, especialmente con la ayuda de las pacas digestoras Silva. Su labor no ha sido solo sembrar pacas a lo largo de Villavicencio, sino también sembrar la semilla de la gestión de residuos para que esta crezca en colectivos barriales, organizaciones públicas y empresas privadas.

Llegué para quedarme.

La paca digestora Silva en Bogotá¹

Paquita la del parque,
tú me haces ver un mundo diferente,
un mundo que no estaba sino en mi
mente,
un mundo donde nunca hay mal olor,
allí donde jamás pega el hedor.
Tú me haces ser feliz como yo ansiaba,
tú llenas de alegría mi vivir.
Allí yo te esperé toda la vida
y ahora soy feliz pues te encontré.²

*¿Qué diría la paca digestora Silva si pudiera hablar?
¿Contaría sobre sus aventuras y todas las personas
que ha conocido? ¿Y si nos hablara de su historia tan
reciente en Bogotá?*

El siguiente es uno de tantos relatos que sin duda se pueden traducir a nuestro entendimiento con el respeto y cuidado que la paca digestora Silva se merece. Mi motivación es honrar su presencia sin distorsionar su esencia. Trato de poner en la palabra escrita lo que este ser, que representa un todo, nos invita a hacer y ser en este planeta.

¹ Narrativa escrita por Nathaly Jiménez Reinales con la colaboración de la red de apoyo Paquerxs Bogotá.

² Diana Vásquez (2020), paquera de Medellín. Adaptación de la canción “Un mundo diferente”, compuesta por Omar Arriagada. Extracto facilitado por Guillermo Silva.

■
Nathaly Jiménez

Reinales

Dinamizadora de la Red de
apoyo Paquerxs Bogotá.

Socioambientalista
en la andinoamazonía
colombiana

Politóloga de la Universidad
del Rosario

Coordinadora Científica
de la Cátedra Unesco en

Desarrollo Sostenible.

nathaly.jimenez@urosario.edu.co

Aquí encontrarán una narrativa insertada que acompaña el relato y que procura ser complementaria en la medida en que proporciona datos y referencias sobre la experiencia socioambiental que ha generado la red de apoyo Paquerxs Bogotá gracias a esta paca.

Figura 1. Paca en el parque del barrio Armenia, 2019, Bogotá



Fuente: Fotografía de proceso paquero del barrio Armenia

¡Que frío que hace en este lugar! ¿Quién le dijo a Guillermo que viniéramos hasta aquí?

Entiendo que estamos en Bogotá, en una huerta de una facultad de Biología con muchos estudiantes contentos de que hayamos llegado.

Guillermo ha comenzado a presentarme; siempre tan encantador, le cuenta a la gente por qué mi existencia es tan simple y poderosa en este planeta.

Como es habitual, me sirvo de un molde de madera que Guillermo suele fabricar con ayuda de la gente. Esa estructura cuadrada me sirve para quedar tan bien prensada como una milhoja, dicen algunos, y luego siento cómo me van componiendo, paso a paso, con la instrucción cuidadosa y juiciosa de mi mentor. Me ponen los palitos en la base, como siempre que me instalo por primera vez en el suelo.

¡Cómo me gusta que caigan los palitos libremente, cómo caen las hojas secas de los árboles! Me recuerdan que soy una muestra de lo que enseña el bosque cuando descompone los residuos.

Luego mi protección, el nido con poda u hojarasca, ese abrigo que contendrá los residuos orgánicos que la gente me donará para poder hacer mi virtuosa labor.

¡Ah!, siempre me maravilla cuando las personas me entregan sus residuos en el centro del nido porque siento su consciente energía comprometida con nutrir la tierrita... en una especie de pago, escuché decir a alguien una vez.

Y luego viene mi momento favorito. Al cubrir los residuos de nuevo con la poda u hojarasca, Guillermo se encarama en mí y comienza a darme esos masajes tan deliciosos que acompaña con sus pasos al ritmo de una canción.

Después invita a la gente a hacer lo mismo y terminan bailando conmigo. ¡Felices y encantados!

Je, je, je y ese momento, desde que llegué a Bogotá hace más de dos años, se ha replicado tanto como se reproducen las lombricitas en mí luego de un tiempo. Ese frío que se siente al llegar finalmente pasa rápido, la calidez de las personas que comienzan a juntarse para conocerme y compartir conmigo me reconforta.

La implementación de la paca digestora Silva se ha expandido de manera libre y eficiente gracias al equipo de voluntarios que se desplazan hasta los lugares que se encuentran listos para empezar el proceso; de igual forma, la situación generada por la pandemia del COVID-19 hizo posible que se generaran acompañamientos desde el modo virtual como alternativa de apoyo para lograr una socialización del método. Además, permitió el monitoreo sobre la correcta elaboración de la paca, asistencia en la construcción del molde paquero y asesoría en metodología para la gestión de material de

poda. También se proporcionaron estrategias para el uso adecuado del espacio público, la mediación y el diálogo con la comunidad como primer paso para iniciar el proceso, y en los casos necesarios se ofreció acompañamiento en la conciliación vecinal (Red de valor compartido Paquerxs Bogotá, 2021).

He vivido ya bellos momentos en este territorio sabanero que me hacen sentir apreciada y cuidada por grupos de personas que, además, en torno a mi existencia, logran re-existir entre ellos y su entorno. Los peques se divierten tanto conmigo y se maravillan cada vez; me han dicho que soy una paca-aula, cosa que me llena de orgullo y sé que a Guillermo también.

¡Serán los futuros ministros del ambiente sano!

Hermanas pacas, ya somos más de doscientas en esta ciudad y sus alrededores; hemos procesado más de trescientas toneladas de residuos orgánicos que no llegarán jamás a la pobre Doña Juana que está tan saturada y contaminada. Sin sobrepasar los sesenta grados, luego de que haya alcanzado el metro cúbico, la alquimia de la fermentación comienza y después de seis a ocho meses las personas son aún más felices de ver que pueden cosechar tierra abonada gracias a la preciosa labor de los recicladores biológicos —los peques los llaman “bichitos”—.

De los 11 millones de toneladas al año que Colombia produce, Bogotá genera entre 6500 a 7000 toneladas por día, y el 60% de los residuos orgánicos llega al relleno sanitario de Doña Juana.

Sin duda, el impacto ambiental que se está generando por la reducción de residuos orgánicos que no llegan al relleno sanitario es contundente. Otro impacto no menos importante es la creación de una conciencia ambiental instalada en el hacer cotidiano vecinal, que comienza a cambiar hábitos de consumo y posconsumo en quince localidades de las veinte que existen en Bogotá.

La resignificación que logra generar la paca inspira a paqueras y paqueros a darle un valor simbólico de memoria viva, de resiliencia y empatía con causas ambientales (como la lucha por la defensa del agua o los humedales) o sociopolíticas (como la protesta contra la violencia al liderazgo comunitario aún presente en el país).

En algunos barrios me han permitido honrar a las víctimas de un conflicto profundo que duele en este país, y he participado en círculos de palabra, rituales

Figura 2. Indicadores resultado del proyecto de trazabilidad socioambiental en Bogotá

Indicadores

marzo 2019 - noviembre 2020

Ubicación	Número de pacas	Cantidad residuos (en kg)	Cantidad material de poda (en kg)	Familias participantes
Nodo centro	230 aprox.	48 300 kg	48 300 kg	180 aprox.
Nodo sur	180 aprox.	41 400 kg	41 400 kg	50 aprox.
Nodo occidente	108 aprox.	24 840 kg	24 840 kg	45 aprox.
Nodo norte	80 aprox.	16 800 kg	16 800 kg	20 aprox.
Nodo periurbano	150 aprox.	37 500 kg	37 500 kg	100 aprox.

= 340 680 toneladas que no van al relleno sanitario Doña Juana



Fuente: Red Paquerxs Bogotá:

<https://colombianidadur.wixsite.com/bienestar/siguiendo-las-pacas>

en su honor para transformar con dignidad la muerte en esta forma de re-existencia; alguien decía qué se siente cuando haces y siembras en una paca.

He escuchado que me agradecen además haberles ayudado a encontrarse para tejer comunidad en torno al cuidado del planeta, que han cambiado sus hábitos de consumo, han aprendido a ocuparse de su basura y a ser más conscientes de la importancia de que un acto simple y potente como hacer la paca impacta de forma contundente a la ciudad.

La implementación de la paca digestora Silva en los barrios de estas localidades ha convocado a personas que si bien no se conocían o compartían, ahora cada semana logran encontrar un espacio donde se vuelven transformadoras no solo de sus residuos, sino de dinámicas comunitarias ejemplarizantes con un potencial de incidencia en la educación, en la economía y en la política de la ciudad.

En este punto es importante señalar que hacer en colectivo y ser parte de una alternativa en el manejo y uso responsable de los residuos orgánicos han sido el impulso promotor de la expansión en Bogotá de la paca digestora Silva. En marzo del año 2020 se contaban aproximadamente veinte procesos activos en la ciudad de Bogotá que llevaban a cabo el proceso de manera regular y periódica en el interior de sus territorios; cada uno de

Figura 3. Barrio San Luis, Barrios Unidos, Bosque Izquierdo y Belalcázar en Bogotá



Fuente: Red Paquerxs Bogotá

estos procesos fue acompañado por integrantes de lo que se convirtió en la red de apoyo Paquerxs Bogotá, cuya labor es custodiar la implementación de la paca en los lugares en donde se desea iniciar la gestión responsable de residuos orgánicos.

Además, varios procesos de huertas urbanas de base comunitaria en diferentes localidades de Bogotá han introducido la paca digestora Silva en sus procesos, dando cuenta del significado de los beneficios que brinda la paca como un sistema que favorece la circularidad en cuanto a la cadena de aprovechamiento y disposición final de los residuos orgánicos y la recuperación del suelo (Red de valor compartido Paquerxs Bogotá, 2021).

En muy pocas ocasiones han llegado presencias a desbaratarme o a pedir que no me reproduzcan más; siento que es porque no tienen claridad de lo que

soy o no están listas para sintonizarse con este llamado. A pesar de que me duele mucho que me deshagan con tanto desconocimiento, me alivia cada vez que llegan los paqueros que me cuidan y procuran siempre reparar el daño, abrir espacios de diálogo para que no vuelva a pasar y comunicarse asertivamente con sus vecinos, llegando en varias oportunidades a aliviar tensiones, articular procesos y hasta posicionarme como estrategia ambiental en algo que llaman política pública distrital.

La red de apoyo Paquerxs Bogota ha participado en distintos espacios de incidencia ante instituciones públicas y socializaciones pedagógicas en varios espacios vecinales y educativos. Un ejemplo de ello es la participación en la mesa técnica del PGIRS (Plan de Gestión Integral de Residuos Sólidos) por el cierre progresivo del relleno Doña Juana, o en proyectos ambientales para las localidades de Teusaquillo, Barrios Unidos y Santafé.

A veces escucho a Guillermo en la distancia susurrarme “lo estás haciendo muy bien, mi querida paquita, sigue sembrando vida, estás en buenas manos”.

Figura 4. Las siete erres de la Paca Digestora Silva



Fuente: Red Paquerxs Bogotá

Sé que han hecho canciones, videos, Facebook live, hasta eventos en mi honor, y también parece que hablan de mí en las mesas técnicas para el cierre progresivo del relleno sanitario en esta ciudad. ¡Me puse de moda!, dicen algunos, ¡y la verdad es que sí! Ando por varias partes de la ciudad haciendo paisajismo ecológico, adornando parques abandonados, recuperando suelo maltratado, alimentando árboles, invitando a que los ecosistemas se fortalezcan, convocando comunidad para que juntos transformemos los malos hábitos de consumo y posconsumo y nutramos a la tierrita con responsabilidad.

La creciente participación de personas que se integran al grupo de WhatsApp de Paquerxs Bogotá cuenta hasta la fecha con noventa participantes; este canal ha permitido conformar equipos de trabajo que se crean desde la identificación de necesidades puntuales, como lo son: comunicación, pedagogía, dinamización, incidencia política y estudio e investigación. La participación en estos grupos es de carácter voluntario por parte de las personas pertenecientes a la red de apoyo Paquerxs Bogotá, que facilitan la implementación de diferentes acompañamientos y la puesta en marcha de distintas herramientas construidas por la experiencia de cada una de las personas que integran los equipos (Red de valor compartido Paquerxs Bogotá, 2021).

“La paca es un arte efímero”. Me gustó mucho esa expresión cuando me describió así un fotógrafo de por aquí. Así me siento, y al mismo tiempo manifiesto la conexión vital de lo que entre varias energías logramos generar: “Hacer nacer la tierra con las manos”, escuché a una paquera decir. Y cuando mi metro de altura se disminuya hasta 40 cm y luego cosechan mi abono generado, sigo existiendo en otras formas.

No logro registrar tantas evocaciones de mi existencia, me siento halagada y lo agradezco cada vez.

¡Me impresiona la potencia de la gente de esta ciudad; en tan solo un año me han permitido estar en muchos barrios y cada semana los vecinos compar-ten, desde la alegría, el ocuparse de sus residuos!

Ahora ando ocupada recibiendo a la ruta de bicipaqueros que recorren los barrios en donde me encuentro y el grupo de personas que me cuidan les cuenta, con la sincera motivación que los mueve, sobre mí y lo que son como proceso ciudadano custodio del ambiente sano.

Figura 5. Reserva Natural de la Sociedad Civil (2019)



Fuente: Fundación Cerros de Bogotá

En octubre de 2020 nace la iniciativa de crear una ruta para el reconocimiento de procesos paqueros por medio de recorridos en bicicleta desarrollados por zonas en las cuales se realizan. Hasta la fecha se han realizado tres bicirrecorridos. El primero de ellos fue la visita al proceso comunitario Puente Aranda Renace, en la localidad de Puente Aranda; el segundo se desarrolló en la localidad de Teusaquillo, visitando seis procesos de la localidad, y el último se realizó en la localidad de Santa Fe, en donde se visitaron cuatro procesos de la zona (Red de valor compartido Paquerxs Bogotá, 2021).

También estoy trabajando con algunos proyectos de paqueros estudiosos sobre los impactos positivos que mi hacer fermentador produce para la

recuperación de suelo, uso y manejo de residuos orgánicos, calidad del abono y fortalecimiento de los ecosistemas socioambientales. ¡Todo porque sin duda es necesario compartir los beneficios ambientales y el potencial de restauración que ofrezco, así como la oportunidad de tejer una gobernanza comunitaria y de educación popular!

Figura 6. Lanzamiento de la campaña pedagógica en bicicleta por Bogotá



Fuente: Bicipaquerxs de la Red Paquerxs Bogotá

La realización periódica de las pacas centra la atención en los desechos, permite aprender de ellos, profundizar en los elementos asociados, identificar qué seres vivos muestran un desarrollo adecuado de la paca y prestar atención a la estructura apropiada. Además, el rito paquero, si se me permite llamarlo así, nos ofrece orientar la vida hacia el cuidado planetario y

reconocernos como hijos de la Pachamama, cuidadores de la vida mas no sus amos; nos ayuda a recrear el sentido de la vida en un tiempo de crisis y nos orienta sobre las formas de habitar el planeta que tiene sentido construir; nos permite reconectarnos a los otros y a la tierra (Rodríguez, 2018).

¡Qué iba a imaginarme yo que me tocaría vivir tantas cosas por aquí! ¡Y las que seguiré experimentando, porque llegué para quedarme! Y con esta potente energía paquera con la que cada vez se suman más corazones a este propósito, tendremos más historias que contar.

Si quieres ver toda la familia que hemos construido mis hermanas pacas, mis hermanos paqueros y yo, puedes buscar en este espacio donde se ha procurado documentar cada paso que hemos dado en la ciudad y sus alrededores.

Partiendo de la constatación de que la Tierra necesita que sepamos reparar desde sus propias dinámicas los errores que hemos cometido con el manejo de nuestros residuos, el sistema de descontaminación ecológica paca digestora Silva es una invitación para aprender y practicar sobre cómo mejorar nuestra relación con nuestros residuos y contribuir a un ambiente sano en la ciudad y sus alrededores (Red de valor compartido Paquerxs Bogotá, 2020).

Ji, ji, me están haciendo cosquillas en este preciso momento algunos marranitos, tijeretas y lombrices; debo despedirme ahora, la alquimia requiere de mi plena atención.

Me despido, gracias por leerme.

Y si vienes a Bogotá, aquí te espero para sembrar vida y cosechar felicidad.

Figura 7. Recursos iconográficos de recicladores biológicos



Fuente: Red Paquerxs Bogotá

Referencias bibliográficas

- Red de valor compartido Paquerxs Bogota (2020). *Primer informe del proyecto trazabilidad socioambiental de la paca digestora Silva en Bogotá-Región 2019-2020*. Universidad del Rosario y Corporación Universitaria Uniminuto.
- Red de valor compartido Paquerxs Bogota (2021). *Segundo informe del proyecto de trazabilidad socioambiental de la paca digestora Silva en Bogotá-Región 2020-2021*. Universidad del Rosario y Corporación Universitaria Uniminuto.
- Rodríguez, M. (2018). Reconexión: basura y pacas digestoras. En *Tran-siciones urbanas: construcción de paz y nuevas relaciones con la natu-raleza en la ciudad* [en prensa]. Universidad Pedagógica Nacional y Corporación Universitaria Minuto de Dios.

Abner Ortiz Canamejoy

Putumayo

Actualmente trabajo con Parques Nacionales. Cuando empecé ese trabajo llegué con la idea de generar procesos de agricultura sostenible en las áreas donde se encontraban las zonas de influencia con los campesinos. Además, con mi pareja y con algunos amigos tenemos una reserva y ahí hacemos turismo de bienestar y procesos de agroecología. La idea ha sido crear una finca donde podamos hacer recorridos con niños y adultos para que conozcan sobre el proceso de la agroecología. Otra cosa que hacemos acá es transformación de productos como jabones, bálsamos, aceites esenciales, etc, con algunas especies nativas y no nativas.

En la época del conflicto armado en el Bajo Putumayo, toda mi familia salió desplazada de allá. Llegamos a Mocoa, donde ha llegado la mayoría de gente desplazada por el conflicto. Muchas de esas familias llegan a la zona urbana, pero su condición cultural y sus formas de vida estaban conectadas con su finca, sus animales y sus cultivos. Al llegar a Mocoa, se chocaron con la zona urbana donde no tenían los espacios necesarios para hacer todo lo que hacían allá. Muchas personas se ven obligadas a trabajar por días en la calle y eso se convierte en un problema social. Vimos esto con un colectivo de amigos que lleva mucho trabajando en el tema, incluso hicieron un libro que se llama *La cuchara*, que trata sobre soberanía y autonomía alimentaria en nuestro territorio. Ahí empecé a conocer esos

Abner Ortiz

Canamejoy

Integrante de la Red Nacional de Agricultura Familiar, (RENAF, nodo mocoa), y de la Red Nacional de Semillas Libres. Actualmente trabaja con Parques Nacionales Naturales de Colombia, PNN, Serranía de los Churumbelos Auka Wasi, con procesos de restauración ecológica y sistemas sostenibles para la conservación con campesinos, indígenas y afros.

Dinamizador de la red de semillas libres de Colombia en Putumayo.

jarminton.kna@gmail.com

grupos y a participar en lo que ellos hacían. Así comenzó nuestro trabajo en agricultura con campesinos que viven en la zona urbana.

El colectivo se llama Los Amazónicos. Ellos buscan implementar la agricultura y hacen transformación de productos amazónicos. Aquí en Putumayo ha penetrado mucho la agricultura convencional y se ha perdido el consumo local; ellos empezaron a hacer mercados y ferias para motivar el consumo local. Por ejemplo, aquí tenemos almendras amazónicas, enredaderas y hojas comestibles con sabor a ajo. Lo que hemos buscado entonces es la recuperación de los saberes populares, ancestrales y tradicionales, que se han ido perdiendo por toda la imposición de política mal formulada por parte del Gobierno.

Yo inicié un proceso con la RENAF (Red Nacional de Agricultura Familiar) y en 2018 creamos un colectivo llamado RENAF Nodo Mocoa, y empezamos a preguntarnos cómo podíamos lograr sacar a la gente de la ciudad para que fuera a las veredas a ver cómo se siembra, cómo el campesino trabaja, cómo transforma; y en ese proceso nació la Feria Etnocampesina. Con una actividad que se llama la Títiri Biblioteca, traemos a los niños a hacer manualidades y recorridos por la huerta. Los mismos campesinos les enseñan a los niños cómo se transforman esos productos y también se hace intercambio de semillas o plántulas entre las comunidades indígenas, afro y campesinas. Y eso se ha hecho tanto en la zona rural, para que la gente del campo salga al campo, como en las zonas urbanas.

Heraldo Vallejo es el coordinador del colectivo Amazónico; es un campesino, pero también es profesional. Se ha dedicado a la recuperación de las plantas nativas y la gastronomía amazónica. Ese colectivo ha estado formando campesinos que han sido desplazados de sus tierras por ser líderes comunitarios y llegan a esta zona que es urbana, o más bien semiurbana. Ellos tienen sus huertas agroecológicas en sus casas y además venden lo que transforman y lo que sacan de la tierra. La mayoría son mayores, pero ahora están empezando a llegar personas más jóvenes.

Entre la RENAF y el FOSPA³ (Foro Social Panamazónico) hicieron una serie de programas radiales en donde se motivaba a la gente a sembrar, se

³ El Foro Social Panamazónico (FOSPA) se organizó tras la Sentencia 4360 de la Amazonía. En abril de 2018 la Corte Suprema de Justicia de Colombia declaró a la Amazonía colombiana como sujeto de derechos y ordenó, a través de dicha sentencia, aplicar mecanismos que permitieran “frenar la deforestación, enfrentar el cambio climático, y así proteger a las generaciones futuras” (Dejusticia, 2019).

explicaba el procedimiento para sembrar las plantas, cómo se transforman, qué productos y alimentos se pueden elaborar. Esto se llamó el Plan de Siembra Inmediata. Como era muy difícil el acceso a las zonas rurales, se trabajó aquí en la zona urbana con la Pastoral Social. Entonces ellos fueron el punto inicial para empezar la huerta, ya que tenían una terraza muy grande. A ese proceso se articularon las redes de guardianes de semillas de Medellín y de Nariño, y ellos nos dieron las semillas.

Algunas semillas se compraron, con otras se hizo un préstamo. Esto se empezó a propagar con las comunidades que venían trabajando con la Pastoral Social. Entonces ellos iban fortaleciendo el proceso económicamente y nosotros nos encargábamos de los talleres con las comunidades y las personas que se encontraban en la zona rural. Los apoyamos con las huertas y les explicamos sobre fertilización y manejo orgánico de plagas; también se habló sobre la importancia de cada semilla y el uso de cada planta medicinal. El FOSPA nos permitió hacer contactos con gente de muchas organizaciones que han colaborado en varias ocasiones.

Este proceso del Plan Siembra Inmediata inició en 2020. Cuando se empezó a hacer más visible, varias personas comenzaron a llamarnos para preguntar qué podían hacer para tener su huerta en la casa; ahí empezamos a ver qué proceso podíamos empezar con ellos: visitábamos la casa, mirábamos qué tenían en la terraza, si tenían patio... y de acuerdo con eso, más o menos, hacíamos un diseño para hacer el arreglo ahí en su casa para la implementación de la huerta urbana. La mayoría de la gente en Mocoa vive del trabajo diario o del contrato, así que no tienen mucho tiempo para sembrar. La necesidad emergió en 2020, como reflejo de la pandemia, ya que la gente no se podía mover y tenía más tiempo para trabajar en su casa. Antes de ese año había muy poca agricultura urbana en Mocoa.

Se busca que no participe ningún tipo de institución, sino que sea un trabajo de base. La mayoría de la gente que trabaja ahí es por voluntad propia. Los talleres que yo hice, por ejemplo, no tuvieron ningún costo, los hice porque me llamaba mucho la atención. Pero obtuvimos donaciones para comprar insumos o herramientas que necesitaban algunas familias.

La mayoría de los colombianos somos campesinos, pero la globalización y todas esas políticas mal formuladas en el país nos han desconectado

un poco más de la naturaleza. Estar en contacto con lo que tenemos aquí nos hace generar un poco más de identidad y tener un poco más de autonomía, al defender el territorio, la Amazonía y las semillas.

Fumigaciones, cultivos ilícitos, glifosato y paramilitarismo son las cosas que están pasando aquí. Nosotros hacemos resistencia sembrando con las familias y con campesinos de base; eso es hacer resistencia a todo lo que se nos quiere imponer.

Como en esa época no podíamos movernos, buscamos amigos que estuvieran trabajando en ese tema, compañeros de diferentes organizaciones. Ellos recogieron las familias. En el Bajo Putumayo había muchas familias desplazadas en zonas urbanas que no tenían nada que hacer, pero tenían espacio para sembrar. En el Alto Putumayo contactamos comunidades indígenas, aunque no tenían semillas porque allá se han impuesto las semillas transgénicas; estas familias se han visto muy afectadas porque no tienen semillas para propagar cultivos. Ahí había otra necesidad. Aquí en el Medio Putumayo no había semillas y la gente se había olvidado de sembrar; entonces teníamos dos necesidades: semillas y conocimiento.

El colectivo Amazónico ya existía y hacía algo muy parecido a lo que está haciendo la RENAF. Toda esa violencia que se había generado por el conflicto armado hizo que se desintegrara poco a poco el colectivo, pero cuando llegó la RENAF, empezó otra vez a fortalecer todos esos procesos que estaban ahí apagados. Entonces podemos decir que la RENAF ha sido el punto de partida y de fortalecimiento de esas organizaciones que estaban todas apagadas.

La mayoría de los proyectos de los que hablan los políticos son de agricultura convencional y de monocultivos. Nosotros empezamos a darle otra lógica a lo que siempre se venía a imponer acá y a tratar de implementar la agroecología en esos procesos, que es más sana para el territorio. Ahora iniciamos un proceso para trabajar con la Universidad del Rosario y la Universidad Nacional, un proyecto de regalías. La Gobernación nunca había ganado un proceso de regalías, así que esto es un privilegio. En este momento tenemos los recursos para trabajar en agroecología con organizaciones de base.

Hay muchas plantas que están en las vías y de las que no tenemos ningún conocimiento. Hay personas que conocen mucho de plantas y han empezado a hacer una clasificación de esas plantas que se encuentran en las zonas urbanas; así empiezan a clasificar: “esa reemplaza la lechuga, con esta otra podemos hacer tal cosa”. Entonces la gente dice: “uy, pero yo esa la cortaba, la botaba”. Ese ha sido un proceso muy chévere porque uno normalmente ve plantas en las calles, pero no sabe que pueden servir como alimento, para las ensaladas. Cuando se dan los talleres, se hacen bebidas o comidas con diferentes plantas y nos explican: “esta planta se recolectó en tal lado”, y al final del taller se sirve el almuerzo colectivo y se prueban todas las comidas que preparan las personas que participan en el taller. Nosotros también trabajamos con el cannabis; como se han estigmatizado plantas como la coca y la marihuana, queremos hacerle ver a la gente que son medicinas, no drogas.

Con Parques Nacionales Naturales (PNN) hemos empezado un proceso con pacas digestoras con algunas comunidades. Los suelos en el territorio amazónico son muy ácidos y es muy difícil sembrar porque los nutrientes son muy deficientes; las pacas se convierten en abono y pueden ayudarnos a reducir costos en la compra de insumos.

En el territorio amazónico se hace muy compleja la conservación de semillas, porque la humedad oscila entre el 80% y el 90%. Entonces la mayoría de las semillas, apenas las cosechamos, se mantienen un tiempito secas, porque si las dejamos mucho tiempo en conserva, la humedad las hace podrir o baja mucho el rendimiento de la germinación. La mejor forma de conservarlas es sembrarlas (cultivo en pie) y rotarlas entre los compañeros.

La agricultura convencional fue creada por algunos poderes o países hegemónicos que han dividido al campesinado, a los indígenas, a todas esas comunidades que han creído que con la agricultura convencional se vuelven más competitivas. La agricultura tiene que cambiar bastante desde la institucionalidad y desde las universidades. Nosotros tenemos un enfoque muy diferente. Cuando llegamos al campo a ver cómo se comporta la naturaleza, no podemos llegar con agrotóxicos, fertilizantes sintéticos, semillas transgénicas o semillas híbridas, en un territorio tan megadiverso. La agricultura convencional destruye los recursos que tenemos aquí en el territorio.

Nosotros lo que hemos hecho aquí, en esta finca que antiguamente era ganadera, ha sido ir recuperando zonas verdes donde se mantenga el bosque. Se han recuperado los suelos y hemos visto que han llegado más aves, mariposas y animales que nunca habíamos visto, como osos perezosos y micos.

Hemos traído varias plantas que encontramos en los recorridos. Tenemos un árbol que se llama Zapotolongo; su fruto tiene la forma del cacao, pero la cáscara es como la del coco y por dentro tiene almendras igual que el cacao, pero son almendras amazónicas. El ajo amazónico es como el yagé, que es una enredadera, pero sus hojas saben como cuando se prepara ajo con cebolla. Así sabe la hoja cuando está verde; cuando se seca pierde su sabor. Tenemos otro que se llama Cancharano: es un árbol gigante que da unos frutos parecidos al mango, pero sabe a piña. Hay otro árbol que se llama palma de mil pesos, con eso hacemos chocolate; se pueden sacar aceites vegetales de palma de mil pesos, incluso su leche es comparada nutricionalmente con la leche materna. Entonces, si empezamos a conocer más lo que tenemos aquí en el territorio, nos vamos a alimentar muy bien y no vamos a necesitar ir al supermercado.

En la finca tenemos también diferentes frijoles: negros, amarillos, blancos, rojos; tenemos lechugas, arracacha, jengibres, cúrcumas, albahacas de diferentes variedades; tenemos guayabas, guanábanas, piña, maíz, carambolas; tenemos limón mandarina, badeas y plantas medicinales.

Cuando iniciamos un proceso con alguna comunidad, observamos cómo está trabajando la agricultura y cuál ha sido su enfoque. Porque aquí ha llegado fuerte el cultivo de cacao y café. Cuando llegan con esos monocultivos, la gente muchas veces hace préstamos en el Banco Agrario. Al principio les va muy bien, pero después viene una decadencia con esa producción y terminan cortando todo, endeudados y vendiendo su finca para poder pagar la deuda. Entonces la idea ha sido más bien sembrar lo que hay aquí. Tenemos maní estrella, que el mercado ha bautizado como Sacha inchi. Hay muchas variedades de maní, de frijol, que entre más negro más proteína tiene. Incluso hace poco conocimos un frijol que sirve para hacer control de hormigas. Hemos promovido un intercambio permanente de conocimiento entre jóvenes y mayores.

La idea es generar un poco más de conciencia en las personas que están acá y nos gustaría que en el futuro los propietarios de las fincas que están haciendo ganadería se dieran cuenta de la importancia de tener una finca diversa, que puede volverse autosostenible y que puede generar ingresos adicionales sin necesidad de talar o de construir casas. Eso nos pasó con unos vecinos que tenemos al lado, ellos tenían una finca muy grande: cuando su papá dividió la herencia, todos empezaron a construir sus casas para arrendar. Y cuando nosotros estábamos en cosecha de plátano, llegaban los vecinos, “me regala un plátano”; cuando teníamos coco, “nos regala coco”. Se vuelve un círculo vicioso: yo recibo el arriendo, no siembro comida y me voy directo al supermercado.

A algunas comunidades hemos buscado darles a conocer un poco más el contexto nacional y mundial, cómo se está manejando todo el tema de la alimentación. Porque hemos entrado a algunas comunidades que no tienen conocimiento de los TLC, qué está pasando con las semillas transgénicas o los agrotóxicos. Hacerles conocer un poco estos temas, ese contexto de lo que está pasando, creo que podría generar un poco más de conciencia en ellos, cambiar sus hábitos de consumo y dejar de utilizar agrotóxicos para sus fincas o para sus productos.

Referencia bibliográfica

Dejusticia (3 de abril de 2019). *Gobierno está incumpliendo las órdenes de la Corte Suprema sobre la protección de la Amazonía colombiana.*
<https://bit.ly/3C0iusF>

Eduard Beltrán

Cundinamarca, Bogotá y Quibdó

Soy bogotano de nacimiento, antropólogo de profesión, y actualmente laboro acompañando el proceso organizativo de un movimiento indígena nacional. El movimiento se llama Autoridades Tradicionales Indígenas de Colombia, y llevo caminando con ellos desde 2013.

Nosotros acompañamos procesos de cabildos indígenas en el país. La organización trabaja en el Chocó con indígenas emberá dobidá. También trabajamos en Vichada y estamos empezando en Puerto Carreño. En Putumayo estamos con algunas comunidades kamsá, algunos inga, y en Caquetá con algunos minika.

Mi papel en la organización es apoyar a estas comunidades de una manera muy amplia. He trabajado haciendo proyectos sobre seguridad y soberanía alimentarias, ayudando con resolución de conflictos, planes de vida, estudios socioeconómicos, fortalecimiento político-organizativo, revitalización cultural y emprendimiento económico. Hay muchas necesidades y, como misionalidad, la organización trata de que haya una armonización de los procesos y una reivindicación de los derechos. Entonces también trabajamos mucho el tema de la consulta previa y el relacionamiento institucional. A eso me dedico actualmente.



Eduard Beltrán

Antropólogo, acompañante del movimiento indígena Autoridades Tradicionales Indígenas de Colombia.

Biogobernanza

Yo vivo en un municipio cerca de Bogotá que se llama Cota, dentro del resguardo indígena muisca, aunque no pertenezco ni a la comunidad ni al pueblo; no he tomado la decisión de autorreconocerme. Vivo en alquiler, en una finquita, desde el 2013; allá empezamos a sembrar hortalizas. Cota es un pueblo hortalicero, entre lechugas, calabacines, brócolis y coliflores. Todos empezamos a sembrar alrededor de la casa y ahora tengo una huerta en el lugar donde vivo; debe tener 15 por 20 metros, algo así. En ese espacio inicialmente viví solo durante tres o cuatro años, mientras arreglaba la tierra y conseguía semillas. De los sitios donde trabajaba traía semillas de maíz, habas y frijol; las sembraba, luego las recogía y las volvía a sembrar. Más adelante se las empecé a regalar a quienes se acercaban a “la Cueva”; así se llama la casita donde vivo, porque queda en un sitio que se llama la Cueva de los Zorros.

Junto con otros compañeros que empezaron a vivir conmigo nos hemos ido vinculando con ciertos procesos de amigas y amigos que se iban acercando y que querían aprender a sembrar. Ahí ha habido un proceso pedagógico. La idea es empezar a recolectar los residuos orgánicos en las casas, mezclarlos con tierra negra, conseguir un poquito de ceniza y empezar a hacer los abonos para que esos alimentos crezcan sanos y fuertes y se puedan empezar a consumir.

La medicina también ayuda a tejer esta red. A la casa donde vivimos van taitas a compartir ayahuasca. Yo conseguí esa casa justamente para eso. Alrededor de la ayahuasca se han empezado a tejer todas estas redes y la misma medicina ha puesto sus tareas alrededor del cuidado de la tierra, de la semilla, de limpiar semillas y de empezar a compartir toda esta información que ha ido llegando y que básicamente invita al cuidado de la vida. Nosotros a eso lo llamamos biogobernanza, que es gobernar la vida propia, ordenar la vida propia para la protección de la misma vida.

Tejido urbano con Bogotá

Una de las formas de tejido con lo urbano se da con las personas de Bogotá que se han ido acercando a la casa y han ido interesándose, a través de la

mirada y la experiencia nuestra, en la posibilidad de implementarla en sus propios contextos, que generalmente son urbanos. Hemos tratado de compartir lo aprendido, brindar semillas y hacer acompañamiento; no en todos los casos, pero sí en algunos. Yo no soy experto agrícola, pero estoy en un camino de aprendizaje.

En el lugar donde yo vivo hay un grupo que se llama Buta, que significa familia en muisca. Ellos no hacen parte del censo del resguardo, pero sí se han venido autorreconociendo como muiscas. Ellos buscaban un espacio para sembrar y lo encontraron donde yo vivo. Hablamos con los dueños y nos dieron el permiso. Lo primero que quieren sembrar son unas semillas de quinua que vinieron del Cauca a través de otros compañeros yanacunas. Ellos nos trajeron las semillas, las sembré, las reprodujimos y ya hay semillas suficientes para sembrar el espacio más grande que ahora tenemos. El relacionamiento con los yanacunas se da por intermedio de un compañero que está viviendo conmigo. La idea es empezar a implementar las pedagogías y saberes que se han venido recogiendo alrededor de la siembra y del relacionamiento armónico con “la madre”. Ese es el trabajo que viene haciendo el grupo Buta.

Nosotros también hemos venido acompañando un proceso de siembra en la vega del río Tunjuelito, que nace en el páramo de Sumapaz y atraviesa parte del sur de Bogotá. Este relacionamiento se da en el marco de las tomas de medicina. Este es un grupo de familias que quisieron reunirse y tomarse esos espacios de la vega del río Tunjuelito. El río pasa también por las localidades de San Cristóbal y de Kennedy, y se mete a la localidad de Bosa, donde viven estas personas. Además de cultivar en la vega del río, también gestionaron un muro donde hicieron un mural alusivo a la siembra y a la Madre Tierra, y pusieron una malla para hacer agricultura vertical. Y ahí están sembrando hortalizas, que es lo que se puede cultivar en ese tipo de mallas.

Nosotros hemos venido trabajando a título personal con la UMATA (Unidad Municipal de Asistencia Técnica Agropecuaria) de Cota. Ellos tienen un programa de fomento de huertas y brindan plántulas y asesoría técnica. Gran parte de las hortalizas que se siembran en la huerta vienen

de las plántulas que ellos nos suministran. La UMATA incluso ha hecho concursos de huertas, aunque no lo hicieron durante la pandemia; las ganadoras suelen ser personas mayores, oriundas de Cota, que dedican gran parte de su tiempo a la huerta.

Hay una Red de Huerteros de la Sabana, que acoge Cota, Tabio, Tenjo, Zipaquirá y Cajicá, como los municipios occidentales de la Sabana de Bogotá. Hacen encuentros periódicos en los que las personas comparten sus productos y sus semillas. Esta red es un proceso de autogestión al que la gente se ha ido uniendo libremente a través de tecnologías de la información, como grupos de WhatsApp, donde periódicamente publican. Yo no hago parte de esa red; cuando van a visitar la casa comparto lo que sé, pero generalmente no participo de las reuniones ni estoy en esos grupos. Mi compañera sí hace parte de ese grupo y está más metida en eso. El tiempo que tengo para estar en la casa generalmente lo uso cuidando la huerta, sembrando, cosechando y abonando.

La gente que participa en las huertas de Cota tiene una preocupación por la Madre Tierra, es gente que ha entendido que no estamos separados de ella, que ha empezado a escuchar y a entender otras cosmogonías, otra manera de ver la vida. Ahí hay personas mayores, jóvenes, personas sin grados académicos y otras que sí los tienen. Lo que nos une es la inquietud y la necesidad de hacer algo para remediar todo el daño que le hemos causado a la Tierra. Además, también hay un trasfondo político y una necesidad de enseñarles a los niños. Nosotros hablamos mucho sobre esta nueva humanidad que está replanteándose los sistemas económicos, políticos y culturales y, de esa manera, se está buscando, en este caso, la ancestralidad. ¿Cómo podemos empezar a comportarnos como humanos, como ciudadanos, como papás, como hijos, como abuelos, como seres que quieren cambiar? Una de las cosas más importantes es ir a lo primario, a lo simple. Y dentro de esto primario está producir por nosotros mismos nuestros alimentos. Yo creo que nace desde allí, desde esa necesidad y esa inquietud de poder decidir por nosotros mismos qué es lo que nos ponemos en la boca, cómo y de qué manera nos alimentamos, cómo potenciamos los recursos que tenemos disponibles, cómo dejamos de consumir ciertos productos, cómo nos

preocupamos por el rastro ambiental que tiene lo que consumimos. Hay un conjunto de actividades que emanan de estos propósitos, y podemos dejar un legado diferente para los niños que están creciendo.

Muchos coincidimos en que no estamos produciendo comida para vender, que estamos sembrando para compartir, para enseñarles a los niños, para demostrarnos y demostrar que se puede vivir de diferentes maneras, que podemos empezar a parar un poco este envenenamiento sistemático de la Madre a través de los agroinsumos.

Tejido urbano con Quibdó

En 2020 empecé a trabajar con emberás dobidá desplazados, que están asentados en las periferias de Quibdó. El proyecto busca el fortalecimiento integral en tres ejes: la consolidación de la gobernanza, la revitalización cultural y el emprendimiento económico. En la fase de diagnóstico surgió el tema de las economías de subsistencia que son propias de los pueblos. Si hay unos sistemas agrícolas y alimenticios propios de la cultura, vamos a ver cómo podemos implementarlos en la periferia de Quibdó y cómo podemos, en el poco terreno que hay, maximizar esta producción de alimentos, que sabemos que no va a brindar una seguridad alimentaria total, pero sí va a ir, gradualmente, brindando alimentos para la subsistencia de estas familias.

Al principio empezamos a ver qué se podía sembrar, porque los suelos en el Chocó son poco fértiles. En los territorios de resguardo las siembras son itinerantes o por rotación. En este caso no es posible hacerlo así por la falta de espacio. Entonces entendimos que era importante que se empezaran a apropiarse de técnicas agrícolas que no conocían, pero que podían ser muy convenientes para el lugar donde están. Así empezamos a trabajar con pacas digestoras, tratando de acumular residuos orgánicos, recogiendo lo que se producen en la selva y llevándolos hacia esos espacios.

La iniciativa hasta ahora empieza a andar. Es muy interesante porque, de alguna manera, a través de la siembra se está legitimando la ocupación de la comunidad dentro de ese territorio, porque ellos viven prácticamente en invasión; o sea, llegaron, tomaron un pedazo de terreno y empezaron a construir sus casas. Otra parte del proceso consiste en identificar qué especies

serían más conveniente sembrar; entonces empezamos a trabajar con caimito, borojó, kipará y jagua, que son árboles que no necesitan suelos tan buenos.

Este panorama se ha venido construyendo con las comunidades a través del trabajo en espacios que la misma organización ha gestionado; y ha incluido a esas comunidades y resguardos, por ejemplo, dándoles participación en los procesos de consulta previa de medidas legislativas. En la organización con la que trabajo siempre he tenido muy presente que se debe trabajar con las bases; entonces nosotros aprovechamos estos espacios de consulta previa que financia el Estado. Depende de qué se esté consultando, del Ministerio de Agricultura, del Ministerio de Minas, para tejer esta relación con las organizaciones locales y regionales. Y allí nosotros entramos a hacer el trabajo de articulación. Para el caso de pandó y zhita ará, que son las dos comunidades con las que trabajamos en Quibdó, allí funciona un espacio que se llama Equipo Local de Coordinación, donde están inscritas unas entidades internacionales, como la FAO, e iniciamos ese relacionamiento con ellos así: “Listo, venga, aquí estamos nosotros, somos tantas comunidades, tantas personas, tenemos estas iniciativas y estamos proyectando para el año entrante pasar a generar relacionamientos que nos permitan gestionar recursos para poder seguir adelantando estas iniciativas con ellos”.

Nosotros hemos luchado para que la Alcaldía de Quibdó le dé reconocimiento a este proceso. Hay un documento que se llama “Posesión del cabildo ante la Alcaldía”, con el que se busca que más adelante salga la resolución por parte del Ministerio del Interior, que es la entidad que certifica la presencia de cabildos indígenas en el país. Nosotros tuvimos que entutelar a la Alcaldía para que reconociera este derecho, que implica participación y visibilización; como no se ha logrado, no tienen apoyo. Toda la ayuda que se les está brindando a estas comunidades viene de parte de la organización con la que yo trabajo. Para desarrollar ese proyecto hicimos un acuerdo con la OIM (Organización Internacional para las Migraciones), que lo financió. No hay ningún otro tipo de apoyo ni política pública que ampare esos asentamientos urbanos. Este problema no solamente existe en Quibdó, pues persiste en todos los cabildos urbanos del país. En Medellín se reconoce el cabildo Chibcariwak, por ejemplo; en Bogotá también hay algunos cabildos recono-

cidos, pero en general la mayoría de los municipios no están reconociendo los asentamientos urbanos de indígenas como cabildos.

Después de la evaluación de los terrenos y las posibilidades de cultivo que vimos en Quibdó, decidimos empezar a trabajar con azoteas. Son unas estructuras de madera tradicionales de esa cultura, que van sobre el aire. A partir de residuos orgánicos del bosque van formando suelos y ahí siembran cilantro, cebolla y plantas medicinales que son muy usadas. Las azoteas son el espacio de cada familia, la otra parte del trabajo corresponde a los espacios comunitarios en donde se ha sembrado piña, caña de azúcar y algunas especies de plátanos; esta era la segunda fase. La tercera fase es la de los frutales: caimito, borjón, jagua; también se sembraron algunas palmas de chontaduro.

Nosotros empezamos a mirar cómo se hacía el trabajo desde el territorio, y sobre esas técnicas que íbamos identificando, empezamos a ver qué se podía implementar en el terreno donde estamos ahorita. Empezamos también a preguntarnos qué necesitamos para poder sembrar acá. De ahí surgieron técnicas agrícolas para producir alimentos a partir de espacios muy reducidos o de suelos muy pobres. Ahí empezamos a trabajar con las pacas digestoras, con las azoteas, con la recolección de residuos. Ellos no tienen la costumbre de reunir los residuos. Empezamos a decir: “vamos a recoger y a compostar y así vamos a ver que aquí sí se puede producir”, al menos mientras llegan otras soluciones de fondo. Hay mucha recepción de parte de las comunidades, porque también hay una gran necesidad.

Ha sido un reto que las familias interioricen procesos agrícolas más limitados, pues ellos en sus territorios de origen se comportan de otras maneras. En este sentido se han logrado avances puntuales por familias. No todas las familias se han interesado de la misma manera, pero sí sembramos la semillita de que en esos lugares también se puede hacer agricultura y producir alimentos. Y como proceso de territorialización y de legitimación de la ocupación, ha servido mucho este tema agrícola, porque es muy diferente un terreno sin ninguna matic, a un terreno al que se le ha visto el trabajo; lo que llaman en el campo las mejoras. Esto también ha incentivado mucho a la gente a seguir sembrando y contactando con sus redes

familiares para conseguir semillas en los territorios. El árbol de jagua es muy significativo por todo el trasfondo cultural y espiritual que tienen ellos con la jagua y con el mismo árbol, porque en estos asentamientos no hay ese tipo de árboles; entonces se trajo la semilla, se sembró, se cuidó, y ahí van creciendo. La situación de ellos es bien compleja, porque no solo son desplazados y despojados, hay mucha violación de derechos humanos, asesinatos y muchos problemas más. Pero además necesitan encontrar alternativas para alimentarse adecuadamente.

Nosotros enfocamos el trabajo en dos comunidades y luego se nos unió otra. Una es la comunidad de Pandó, ubicada en la zona norte de Quibdó, sobre la quebrada Pandó, de donde proviene su nombre; son diecisiete familias y más o menos 145 personas. En zhita ará son once familias, unas 85 personas. La comunidad que se nos unió se llama naupua; ellos son veintiséis familias con 220 personas. Son personas generalmente jóvenes, el 70% de la población tiene menos de veinticinco años. Los emberá se casan muy jóvenes y procrean mucho, por lo que hay muchas familias jóvenes y muchos niños; todos son emberá dobidás, pero viven en medio de los afros, con quienes tradicionalmente tienen muchos conflictos por la tierra y por la cultura.

Los emberá en el territorio cultivan limpio; eso se ha tratado de conservar. Los afros sí suelen cultivar con químicos. En el trabajo que estamos haciendo en las comunidades, insistimos mucho en que no se utilicen agroinsumos. También somos muy insistentes en que sea un trabajo participativo, que desde los niños hasta los más grandes se impliquen para que haya una experiencia más comunitaria. Se les compraron unos cerditos; yo no sé finalmente cómo se organizaron, pero ya los cerditos están bien gorditos y grandes, entonces esa parte también ha sido exitosa.

Ahora estamos buscando que otros organismos apoyen este proceso. Adicionalmente, también estamos en la búsqueda de recursos para poder legalizar esos terrenos, es decir, para comprarles a los dueños. Después de esto proyectamos darles más fuerza a los frutales y consolidar mucho más las huertas y el trabajo de enriquecimiento de suelos a través de los compostajes.

El trabajo apenas empezó; lo que estamos buscando de trasfondo es viabilizar un retorno a los territorios, que es también el objetivo de ellos.

Aparte de este objetivo, buscamos visibilizarlos ante la sociedad chocoana de Quibdó, porque desafortunadamente son muy racistas. Así que también buscamos mostrar que los indígenas existen en el Chocó, especialmente en los espacios urbanos, y consolidar esos asentamientos en Quibdó. Estamos intentando mostrar que, aunque hay un movimiento en un contexto de guerra, los compañeros emberás están ahí y quieren trabajar.

Marilyn Olinda Acero Zapata

Jamundí

Cuando el ambientalismo se incorpora

Yo soy ambientalista. Soy gestora ambiental. Desde muy pequeña estoy en la parte de reforestación, restauración y mucho de educación ambiental. Esto se lo debo a mi madre, una gran ambientalista. Desde pequeños nos llevaba al parque, pero no a mirar los juegos, sino a ver aves y recoger semillas, algo que se fue quedando en mí. Ella siempre nos hablaba de los químicos, de lo que contaminan, que son un veneno. Siempre la escuchábamos hablándonos a las personas de ese tema y yo diría que eso fue lo que más me hizo buscar la agricultura orgánica, porque queríamos aprender a cultivar, pero sin envenenar la tierra, sin envenenar el agua, el aire, sin matar seres vivos, incluyendo a nosotros mismos. Más adelante supimos de un curso del SENA sobre soberanía alimentaria, nos inscribimos y ahí empezamos la formación como agricultores urbanos. Eso fue en el año 2019.

Del curso del SENA nos llevaron al primer encuentro de huertos urbanos que fue en la UAO (Universidad Autónoma de Occidente); ese fue un espacio fundamental para este tejido que estamos haciendo en Jamundí, porque se presentó la Red de Huerteros Medellín; al oír su proceso, ese día llegamos acá con la idea de hacer la Red de Huerteros de Jamundí. Digamos que esta es una hija de la UAO y de la Red de Huertos Medellín. Yo soy la fundadora, la inspiradora y la

■
Marilyn Olinda
Acero Zapata
Red de Huerteros y
Huerteritos Jamundí.
marilynacero74@gmail.com

coordinadora, soy la representante del grupo. Nosotros teníamos una conexión entre diferentes barrios de Jamundí que trabajaban en reforestación y protección de los cuerpos de agua, además de avistamiento de aves, pero a partir de ese momento nos enfocamos también en agricultura orgánica. Somos la unión de varias comunidades. Desde ese momento empecé a enseñar lo que había aprendido con el apoyo de la Secretaría de Agricultura, que nos delegó una profesora que nos empezó a dar clases.

Ecohuertas: grandes y chicos en contacto

Creamos un grupo de WhatsApp con la profe, para comunicarnos y ayudarnos. La idea es esa, que vayamos avanzando juntos. El concepto es: unidos de la mano, vamos avanzando. Tenemos también un grupo de huerteros, niñas y niños que tienen que ver mucho con la paca digestora Silva, pues se encargan de prensar y alimentar la paca; traen personas y entran a la ecohuerta, y ellos mismos hacen la exposición, van a la paca y les dicen: “mira, aquí hay que traer las cáscaras de plátano, de banano, de papa...” y empiezan a explicar el proceso. Tenemos un video donde ellos explican cómo se hace la paca digestora, cómo se maneja, cómo funciona y lo que se logra; tienen también mucho que ver con el riego. Los adultos nos enfocamos en la parte de siembra y mantenimiento; sin embargo, a los niños se les deja una paca para que practiquen y aprendan, pues la idea es que continúen replicando la experiencia, formarlos para que ellos formen.

Cada comunidad tiene una ecohuerta, de tal manera que pueda ensayar el proceso tanto de trabajar en comunidad como de experimentar con la madre naturaleza. Tenemos ecohuertas circulares, en espiral y lineales; queremos hacer la ruta de las ecohuertas para que la gente observe las distintas formas que hay de hacerlas, y tener esa aula viva para las comunidades y los visitantes y todo el que quiera aprender. Los espacios en los que se hace la ecohuerta han sido concertados con la comunidad de manera organizada y cuidando mucho de que se vea bonito. Son espacios públicos.

Huertas motivadoras

La función de las ecohuertas, en primer lugar, es la inspiración. Todo el que pasa por la ecohuerta inmediatamente quiere empezar a cultivar y quiere

cosechar. Inspira a personas y a comunidades. El que viene acá quiere ser de la red, bien sea para empezar su proceso o integrarse con lo que ya tiene; es muy motivadora la huerta, se acercan mucho los jóvenes y hacemos muchos talleres, aunque han disminuido por la pandemia. Otra función que cumple es la de alimentar; repartimos los productos que cosechamos y también repartimos semillas, pues queremos que se fortalezcan las huertas caseras. Una función básica es la educación ambiental. Como ecohuertera yo conservo el ecosistema, me pregunto de qué manera puedo conservar el agua, la calidad del aire, etc. Aparte de eso, las ecohuertas han construido un tejido que va más allá de la amistad, y ahora somos una familia; en esta época en que algunas se han enfermado, oramos por ellas, reunimos comida y se las llevamos. Los productos de la huerta tratamos de repartirlos equitativamente entre los huerteros y los que colaboran con la huerta; es muy satisfactorio verles la cara de felicidad cuando los reciben.

Somos como ochenta personas en la red, algunas no tan activas; puedo decir que activas somos más o menos cincuenta. Nosotras nos mantenemos conectadas por el chat, por allí hacemos las preguntas o mandamos fotos cuando tenemos alguna dificultad; por ahí nos felicitamos, por ahí nos asesoramos, por ahí oramos por todas y así... Tenemos también un grupo de Facebook en el que voy subiendo las actividades; yo no soy muy dada a publicar, no es mi fuerte, pero unos compañeros me dijeron que subiera lo que tenía de la red y que fuéramos sirviendo de inspiración con eso. Subimos grabaciones de talleres que nos han dado; por ejemplo, hace poco recibimos un taller de biopreparados, y ya está en el grupo.

Hay que organizarse

En cada huerta hay dos o tres personas encargadas de mantener el proceso. Nos reunimos en los talleres y ellas son las encargadas de replicar la información en la comunidad. Cada barrio tiene un coordinador, de esta manera el trabajo tiene mayor sostenibilidad, y cada comunidad asume una responsabilidad y un compromiso más grande con la red. Este año hicimos una reunión de evaluación del plan de acción y desarrollo de una nueva planificación, revisamos qué hemos logrado, qué queremos lograr y cómo

lo vamos a hacer. Hicimos un cronograma de actividades. También nos reunimos a veces para conversar sobre lo que estamos haciendo; de acuerdo con las necesidades que se vayan presentando, a veces se hace esta reunión solo entre coordinadores, pero puede participar el que quiera.

Nosotros tenemos vínculos con la Red de Huerteros Medellín, pero la Red de Huerteros de Jamundí es, en sí misma, una unión de organizaciones con algunas iniciativas comunitarias. Los aciertos de las huertas son que ellas tejen familias comunitarias, motivan a otros a tener sus propias huertas, cambian la conciencia de las personas, la alimentación sana, hablan de los residuos, de hacer compostaje, y se vuelven a su vez motivadores. Una huerta es la semilla de la sensibilidad para la conservación de la Madre Tierra, de la *pachamama*, y entender que ahí está la vida, ¿no? Te permite comprender la integralidad y compartir esto con las demás personas. Tan así es que yo me he encontrado personas que no conozco acá en la ecohuerta y que vienen a traer los residuos; me doy cuenta de que lo que hacemos se vuelve un voz a voz y una semilla a su vez. La conciencia del agua también la empiezan a tener, observan su ecosistema, dicen, por ejemplo, “acá tenemos un montón de aves, qué vamos a hacer”, es decir, empiezan a hacer propuestas para mejorar su ecosistema y conocerlo más, así es como surgen actividades comunitarias alrededor de su ecosistema. Este proceso de la agricultura orgánica te lleva a conectarte con tu entorno natural, a hacerte preguntas sobre cómo aportar para su conservación.

Apoyo mutuo

Otro proceso que ya iniciamos es el de la comercialización; en plena pandemia, hicimos dos festivales de venta y trueque; ya salimos también con productos, hay algunas compañeras que tienen productos procesados como encurtidos y conservas y las otras que sacan sus productos naturales: cebolla, cilantro, pimentón... ¡en fin, nos fue muy bien! Los puestos se ubicaban a dos metros de distancia uno del otro, hasta huerteritos salieron; hay uno que tiene emprendimiento de suculentas. Realmente hemos avanzado mucho. Ya nos tienen en cuenta, el municipio nos llamó para participar en el agromercado Jamundeño, y allá estuvimos vendiendo. La secretaría de agricultura nos

apoya con capacitaciones, lo mismo la cvc (Corporación Autónoma Regional del Valle del Cauca), por ejemplo, que nos hizo un video para darnos a conocer y que más personas se unieran; ese video salió en Telepacífico.

La mayor dificultad que hemos tenido fue la pandemia; ya no teníamos las mismas personas ayudando porque las compañeras mayores se quedaban en sus casas, además no podíamos tener ese contacto que nos hace familia; ellas sembraban en sus casas y mandaban las fotos al chat, pero ya no nos veíamos con frecuencia, tan íntimamente. Otra dificultad que noto a nivel general es para dar el primer paso; muchas personas quieren hacer las cosas, pero se quedan en deseos y posponen el primer paso de la siembra; una vez inician ya no hay quién los pare. El mantenimiento es otra de las dificultades, es un gran compromiso porque la ecohuerta es algo de mucha constancia; más que dificultad, es un reto. No veo más dificultades. Las personas y las autoridades han estado muy dispuestas a apoyarnos.

En Jamundí el personaje relacionado con la agricultura urbana es Jairo Restrepo. Yo no lo conozco, veo sus videos y parece que lo van a contratar en la Secretaría de Agricultura. Yo estoy esperando para solicitar capacitación con él, queremos tenerlo más cerca, es un sueño que tenemos; pero en realidad el apoyo que tenemos es de equipo, por el chat nos asesoramos ante cualquier problema o pregunta y el que sepa, responde. En el chat participa una profesora nuestra y nos ayuda.

La red está compuesta por un grupo muy variado, desde campesinos hasta gente de ciudad, que de todas maneras cuando cuentan sus historias siempre hablan de un pasado campesino: la finca de los abuelos o los tíos abuelos. En cuanto a ocupaciones, tenemos amas de casa, estudiantes, abogados, veterinarias, enfermeras, comunicadoras, ingenieras ambientales y nutricionistas. La mayoría somos mujeres, pertenecemos a los estratos dos hasta el cuatro, y tenemos un rango de edad desde los veinte hasta pasados los sesenta.

Las semillas soberanas

Uno de nuestros sueños y el pilar de nuestro trabajo son las semillas. La meta es tener todas las semillas orgánicas. Cuando hablamos de no envenenar, de

ser respetuosos y resilientes con la madre naturaleza, queramos o no, tenemos que hablar de semillas. En los conocimientos que hemos adquirido sabemos que en la tercera cosecha la semilla ya es orgánica, entonces estamos en ese proceso de limpiar las semillas y poder compartirlas. Nos conocimos con una señora del mercado orgánico de Cali, ella es guardiana de semillas, nos regaló unas de maíz de colores y ya cosechamos. También me conecté con doña Beatriz, que vende los productos de cabra en el mercado de Cali, ella me dio semillas de frijol y de maíz amarillo. Esos son los vínculos de semillas nativas.

En la huerta circular sembramos cebolla, jengibre, cúrcuma, cilantro, lechuga, pimentón, arveja, frijol, cimarrón. Tenemos también oregano y ruda, que la sembramos en el centro para repeler insectos. ¡Tuvimos cosecha de pepinos, divinos! La polinización es muy importante para nuestra ecohuerta, lo que la rodea son lantanas y verbenas, que atraen polinizadores; las sembramos con esa función ecológica.

A la red han llegado muchas personas que antes usaban triple15, productos químicos, pero nosotros empezamos una labor educativa y hemos logrado cambiar esas prácticas; se transforman totalmente. Ellas se vuelven divulgadoras de lo orgánico, con mucha disposición y sin resistencias.

Lo ambiental se funde con lo agrícola

Yo siempre tuve conexión con la agricultura urbana por mi parte ambiental a raíz de que mi madre me la sembró desde muy pequeña, pero en el momento en que hemos podido cultivar, cosechar y comer, lo he sentido como un proceso más interno, una conexión mucho más íntima con la madre naturaleza y he sentido que es como mi misión de vida, porque es en la naturaleza donde ella está, he podido educar y motivar a otras personas, y he podido ver cómo la agricultura las volvió alegres, hasta a mí también. Mi carácter es muy fuerte y este proceso de la agricultura, por ser tan constante y exigir tanta dedicación, me ha enseñado a escuchar, a darles tiempo a las cosas, a tener paciencia.

Creo que tenemos un gran futuro. La agricultura urbana es un movimiento, una misión, un sentir; es un tejido que se está fortaleciendo, pues

hay mucho por hacer y hay muchas personas que quieren hacer, que es lo más bello; entonces tenemos un gran futuro. Es un área que va creciendo. No hay nada más bonito que sembrar y comer lo que se cosecha. En la pandemia nos dimos cuenta de que es una necesidad. ¡Cómo nos sirvieron el cilantro, la lechuga o el pimentón en medio de la pandemia! ¡Olores y sabores frescos!

Además de dedicarme a la huerta como red de huerteros, tengo otro grupo que es el Colectivo Ambiental Riveras, que se ocupa de la conservación del zanjón del Rosario y de la nutria tropical, que es nuestra especie insignia en el grupo. También trabajo en la Secretaría de Ambiente desde el 2016; yo llegué allá impulsada por mi mamá, que es una sabia y a la que tengo mucho que aprenderle. En el futuro quiero tener un espacio que además me permita aplicar la reflexoterapia y seguir con mi trabajo en las huertas y todo lo relacionado con lo ambiental.

David Carvajal Guerrero

Santander

La huerta como espacio pedagógico

Hace muchos años inicié acciones en una comunidad del norte de Bucaramanga, en la Comuna uno. Primero fue con adultos mayores, luego con niños y después con jóvenes. Empecé haciendo actividades de integración, como tomarnos un café, una chocolatada, hacer ejercicio... Luego fui más consciente de los problemas que había en el barrio, como la contaminación o jóvenes consumiendo drogas en ambientes nada favorables.

Yo no quiero que los niños del barrio tengan esas influencias, así que empecé a generar actividades con ellos, como limpiar el barrio o la cancha, y colocar canecas. Pero, siempre que realizábamos una acción de limpieza, al poco tiempo todo estaba sucio otra vez. ¿Cómo hace uno para educar?, ¿cómo hace uno para incidir? Y en medio de mi inexperiencia y mi falta de presupuesto fui aprendiendo a generar proyectos pedagógicos en comunidad sobre el cuidado del medio ambiente, incluyendo a niños, jóvenes y, por supuesto, adultos mayores.

Entonces quise crear viveros de árboles nativos. Mi árbol favorito del territorio es la ceiba pentandra. Empecé a recolectar semillas y a germinarlas, hasta que mi mamá, pues en ese momento vivía con ella, me dijo: “si no se lleva las matas, David, no sé qué voy a hacer,



David Carvajal
Guerrero

Integrante de la Corporación CORPAZDDHH
dmcarvajalg@gmail.com

ya no puedo. No podemos pasar ya de la entrada de la casa hasta la sala”. En ese momento pensé en la UIS (Universidad Industrial de Santander), que es la universidad pública de la región; pasé el proyecto, les gustó y me dieron un espacio. Me llevé todos los árboles para allá, muchos ya estaban sembrados; les he hecho seguimiento y están muy bonitos, tienen cuatro o cinco metros de altura. Luego convoqué a jóvenes de la Universidad, de diferentes carreras. Entonces creé el Comité de Naturalistas UIS, un colectivo de ambientalistas de la Universidad, que ahora está conformado por más de treinta estudiantes, y ellos empezaron a ayudarme.

Empezamos a generar la huerta junto a los arbolitos, en bolsas. Sembramos unas semillas de maíz morado que me trajeron de Perú, auyama, tomate, pimentón, papaya... todo lo que podía. El abono que había se nos estaba acabando, así que tuvimos que aprender a hacerlo, y como la Universidad tenía comedores estudiantiles, ahí teníamos la materia orgánica, para hacer compostaje. De ahí nació la práctica de combinar las tres acciones: compostaje, germinación de árboles nativos y huerto.

Cuando restringieron la entrada a la Universidad por la pandemia, ya no pudimos seguir trabajando de la misma manera; ahí vimos la oportunidad de masificar esto por todos los barrios y creamos los huertos en las comunidades. Ese ha sido mi ideal. Yo ya venía aprendiendo esto desde la adolescencia con mi abuela, que tenía un huerto junto a su casa. El propósito es que cada barrio del área metropolitana de Bucaramanga tenga un huerto y haga compostaje.

Lo que me gusta del trabajo actual es que generamos acciones con niños, lo cual es clave. El barrio en donde viví con mi abuela se llama Luz de Esperanza; el huerto lo conforman veinte niños del barrio y ha sido genial porque los protagonistas son ellos. Poco a poco se han ido enamorando de las plantas y hemos visto cambios en ellos. Al principio, cuando un niño encontraba un bichito o un insecto, quería matarlo. Ahora, cuando ven alguno, buscan la manera de protegerlo. Creo que se puede ir sembrando en los niños el amor por la naturaleza, por cuidar el planeta.

He visto en el huerto urbano un potencial gigante de pedagogía, porque se puede hablar del uso consciente del agua, conseguir que desde ya los

niños tengan ese amor por el campo, por el agro, que vean que no es fácil sembrar, que necesitan habilidades, constancia e investigación, y quiero que los niños aprendan a valorar a los campesinos. Cada uno ha germinado en su casa, ha hecho luego el trasplante hacia el huerto y ha comido lo que ha cosechado.

La huerta es un espacio que les aporta en su formación para trabajar en equipo, para respetar el pensamiento del otro niño, de la otra niña. Y como yo aprendí de mi abuela, también hemos involucrado a adultos mayores del barrio, quienes son los verdaderos maestros, porque en su niñez trabajaron la tierra. Entonces he visto la oportunidad de hacer un encuentro intergeneracional: el abuelito, el papá de los niños y los niños alrededor del huerto, unidos transformando el barrio.

Compostar para resolver problemas en la ciudad

El lugar estaba lleno de escombros, de residuos plásticos, y ha sido una lucha que poco a poco se vaya transformando. Ha sido genial esa experiencia de transformar la cara, la entrada del barrio. Vecinas que antes no creían, que nos decían: “¿para qué se ponen en eso si son los niños los que dañan?”, han visto que son los mismos niños los guardianes de ese huerto. Son los niños los que han dado el ejemplo y más personas alrededor del huerto ya están haciendo sus jardines, cultivando. El compostaje se está haciendo de la forma clásica: hicimos tres hoyos, cada uno se fue generando de acuerdo con la necesidad y fuimos haciendo las capas de residuos orgánicos, hojas secas y tierra.

Acá está la solución a los problemas que tiene Bucaramanga, porque no han encontrado en dónde construir el nuevo relleno sanitario; el que tenemos ya colapsó. Si logramos hacerlo en un barrio como este, que es estrato uno o dos, puede ser un buen ejemplo de economía circular. Ahora estamos pensando en ir un poquito más allá y apostarle a crear lotes grandes de compostaje en los barrios periféricos que tienen mucho espacio. La empresa de saneamiento actual hace algo de compostaje, pero si creamos varios lotes en cada una de las comunas periféricas, estaríamos disminuyendo esos residuos, disminuyendo la huella de carbono en el transporte. Uno se emociona pensando en la posibilidad de aportar en la transformación de la sociedad desde ese tipo de proyectos.

Liderazgo ambiental

Yo estudié tres semestres de Derecho en la UIS y, por todo mi activismo y por todo el trabajo que he venido adelantando, decidí pasar a estudiar virtualmente. Además, yo necesitaba una carrera que fortaleciera mi tema ambiental. En Santander me he dado a conocer por la defensa de los árboles, haciendo protestas en árboles, por lo que me invitan a charlas, actividades, conferencias... Yo mismo creé una escuela de liderazgo ambiental que hoy termina, en su octava sesión, con la presencia de Susana Muhamad. Por mi activismo me invitan a muchos espacios, pero yo necesito una base académica; entonces empecé a estudiar en modalidad virtual en la UNAD (Universidad Nacional Abierta y a Distancia) Ingeniería Agroforestal, y voy a homologar lo que vi en la UIS de Derecho en Ciencia Política en la UNAD. Necesitaba todo virtual, porque tengo la meta de visitar un ecosistema diferente, al menos una vez por mes. Así conseguí ir durante una semana al Páramo de Sumapaz a aprender de los campesinos, y pude estar allá tranquilo. Me puedo ir para Chiribiquete, para la Sierra Nevada... a donde vaya puedo conectarme. Voy a seguir mis trabajos de la universidad porque estoy muy animado con la defensa de los ecosistemas del Páramo de Santurbán; ya estuve en la protesta contra la ANLA (Autoridad Nacional de Licencias Ambientales), y durante siete días en marzo de 2020 estuve encima de un árbol, resistiendo, queriendo que pararan el proceso de licenciamiento de exploración del páramo. Ahora estoy formando nuevos liderazgos, porque uno puede dedicar cincuenta años a sus procesos, pero si no incentiva a nuevos líderes, pues uno se quema solito. Creo que ese es el camino: animar a más personas para que se sumen a sus proyectos y así uno puede pasar a otros. Y uno lo que hace es jalonar, mover, animar, inspirar.

También creé una organización hace algunos años llamada Corporación para la investigación, el desarrollo de la paz y los derechos humanos; quería hacer investigación y conseguimos un convenio con la Universidad Tecnológica de Santander junto al apoyo de dos practicantes de Ingeniería Ambiental. Cuando inicié en el huerto en el barrio, estaba solo, pero al poco tiempo conté con el apoyo de las familias del barrio de mi abuela, donde me conocen de hace varios años; eso facilitó desde el préstamo de

herramientas hasta encontrar un lugar en dónde hacer el refrigerio de los niños o tener quién me ayude en el huerto.

Me han apoyado voluntarios y activistas que también defienden el Páramo de Santurbán; también me ha apoyado mi pareja. Para mí, las herramientas digitales han sido claves para convocar voluntarios, para dar a conocer las acciones. Aquí en Floridablanca está Alexander Luna; junto a sus compañeros, empezaron a tener sus propias acciones y a extenderse. Ya que era complejo que ellos fueran al norte, porque tenían sus propias actividades, yo traje la experiencia de Bucaramanga y se las compartí. El voluntariado es muy complejo porque se termina cuando la persona consigue trabajo, finaliza su carrera o cuando otra cosa le ocupa el tiempo. La huerta de Ciudad Valencia fue una iniciativa de Alex; yo solo me comprometí con el vivero de árboles, porque no puedo hacer más, ya tengo muchas cosas.

Red de Huerteros de Santander

Se ha ido gestando una Red de Huerteros de Santander, conformada por quienes hemos creado los huertos. Aparte de mí, están los naturalistas de la UIS, Alex, Yemerson —un campesino que vende café orgánico— y otros jóvenes de la UIS que apoyan los huertos de Florida, Piedecuesta y Girón. En Piedecuesta está Leidy, una lidereza comunitaria que es también ama de casa y que inició el huerto con los niños. En Girón está Laura, que es de Naturalistas UIS, con quien construimos un espacio pedagógico, a partir de la defensa del río de Oro y de los árboles, en el cual se va gestando un huerto; Laura comenzó a compostar desde su casa, tiene sus propios sembrados, genera muy poquitos residuos, es una mujer muy pilosa, se gradúa ya el próximo semestre de Ingeniería Civil. Lo que estamos buscando es que en donde vive cada joven se genere un huerto. En las publicaciones que hago en los grupos pregunto qué pasaría si en cada lugar en donde vive un estudiante de la UIS hay un huerto comunitario. Y así, poco a poco, hemos ido incentivando a los jóvenes que ven nuestras publicaciones, que hacen parte de los procesos o que alguna vez han participado en una de las siembras de árboles o en la limpieza de quebradas a que pasen a la acción y se arriesguen a liderar procesos en sus barrios a través de un huerto.

Hay un potencial gigante de que los huertos se multipliquen aquí en el territorio, pero no porque vayamos barrio por barrio, sino por la acción desde el activismo, pues cada acción ambiental que generamos por un río, una quebrada o sembrando árboles nos permite conocer a otras personas a las que también les gusta el cuidado del planeta, y por ese lado ya entramos para el huerto. El activismo de corazón por la defensa de los ecosistemas ha sido la puerta para pasar a la agricultura urbana. Eso es lo particular de aquí, de Santander, que la semilla de los huertos ha sido el activismo ambiental.

El huerto urbano es una estrategia, una herramienta pedagógica. No es para producir tantos kilos de tomate, pimentón. Se produce y se comparte, se hace trueque entre huertos de lo que produjeron, se hace la ensaladita con los niños y los adultos mayores para compartir y aprender del fruto. Pero, en mi opinión y por como lo he visto, en el huerto no nos preocupa producir en cantidad o comparar quién produce más. No, el huerto es un espacio en el que se puede hacer pedagogía ambiental.

Del trabajo en redes sociales a la Red de Huerteros de Santander

Las redes sociales con las que trabajamos son Facebook, Instagram y WhatsApp. Comencé con una *Fan Page*: @davidguerreroarbol. Cuando se organizó la red de huerteros creamos una para la Red Santandereana de Huertos Comunitarios, en la que se comparten las acciones que va generando cada huerto. Pero lo que yo busco es hacer el trabajo en red más operativo; por ejemplo, en Ciudad Valencia han avanzado muy rápido porque participan más de diez vecinas que se turnan a la semana, los martes, jueves y sábados. Si comparo este caso con las huertas de los niños, donde no contábamos con las herramientas necesarias... pienso qué pasaría si los voluntarios de Ciudad Valencia fueran a los otros huertos. Estoy viendo cómo nos organizamos para que el apoyo entre huertos pueda ser operativo. Por eso estamos evaluando cómo autosostenernos, cómo buscar proyectos con planes de desarrollo locales o con las empresas. Yo acá ya terminé de pulir el proyecto de huertos urbanos para pasarlo a las empresas. Voy a empezar a tocar las puertas de empresas santandereanas para que apoyen esas iniciativas por responsabilidad

social, empresarial y ambiental. Así podríamos pasar de compartir en redes lo que hace cada uno para empezar a apoyarnos como una red.

El apoyo que hay es del huerto del norte hacia el de Alex; yo hice el huerto del norte con los niños y el apoyo tremendo de las dos practicantes. Nosotros tres nos hemos venido para el huerto de Valencia a ayudarles y también en el huerto de Bucarica. Lo que ha faltado es que los de Florida nos apoyen en Bucaramanga.

Como mi primera conexión de activismo fue en Bogotá, veo seguido cómo mis compañeros publican en sus estados que ellos van de un huerto al otro, apoyándose. Eso es genial. Aquí estamos en esa transición, los huertos llevan poco tiempo trabajando en red. Hace muchos años yo vi en Internet que sí hubo una intención de crear huertos urbanos, pero eso paró; una fundación intentó hacerlo y no sé por qué no siguieron.

En Bogotá estamos articulados con colectivos por la bicicleta de la localidad de Suba. Yo los conocí allá por el activismo, con lo de la ANLA; llegaron en sus bicicletas desde Suba hasta el punto de la protesta y luego ya tuve sus contactos; supe que ellos también están creando las huertas. Hay un amigo que se hace llamar Griffó, de Suba; constantemente me comparte información de las actividades que realizan. Por pandemia no se pudo concretar una visita mía a Bogotá, para ir a cada huerto y concretar esas alianzas. Hay otra amiga que está en Facatativá; la comunicación con ella ha sido por llamada o a veces por Google Meet, pero no es lo mismo.

Políticas públicas

En el caso de Bucaramanga, se buscaba que en el Plan de Desarrollo Municipal se incentivara la agricultura urbana (AU). Pero al fin ese ítem lo quitaron por falta de presupuesto. Según ese texto, vi que la AU era una meta, no una línea grande en el Plan de Desarrollo. Iba a haber presupuesto para el 2022 y 2023. Lo último que vi y que puede ser favorable es que la Alcaldía lanzó una campaña de reconocimiento de buenas prácticas ambientales llamada Soy Eco; allí envié algo relacionado con los árboles, con lo que llevo más tiempo. Van a reconocer las mejores acciones en varias categorías: economía circular, huerto, arborización, protección de la biodiversidad

y demás. En los otros municipios tampoco hay un presupuesto concreto para la AU, aunque sí realizan acciones. En Girón, que hace parte del área metropolitana, estaban iniciando una buena acción de AU, pero no apoyan con presupuesto, solo con voluntarios. Al ser Alcaldía, deberían incentivar y apoyar a las personas que saben de esos temas. No he visto que haya de verdad políticas públicas que favorezcan los huertos. Nada. Solo acciones ambientales aisladas.

Prácticas agrícolas

Conozco gente que trabaja con semillas. A los primeros que oí hablar de ellas fue a unos amigos que cuidan la semilla del maíz y hacen actividades con chicha de maíz. Es una familia de guardianes de semillas; fue la primera vez que escuché de eso. Ellos viven en la zona centro de Bucaramanga. Nuestras semillas las conseguimos a través de una práctica sencilla, al extraerlas de los alimentos que compramos en la plaza de mercado.

Nosotros no usamos agrotóxicos. Por el mismo proceso de aprendizaje, ya uno entiende que todo debe ser orgánico, que sí es posible producir de esa forma saludable; que si se va a necesitar para repeler las hormiguitas o los hongos, para cada uno hay una combinación de plantas para obtener ese beneficio sin afectar la huerta. Pero sí es un área en la que reconozco que debo estar mejor informado.

Como efecto de la pandemia, espero que muchos se hayan sensibilizado sobre la importancia del agua y de la agricultura. Sé que muchos están animados o están más sensibles a estos proyectos. Cada vez hay más personas que quieren participar de la actividad; lo he notado con convocatorias. Entonces veo que se va a poder masificar y ojalá se logre promoviendo que sea consciente, que no sea simplemente mecánico, una moda, sino que varias personas lo hagan conociendo la importancia o interiorizando el porqué de un huerto, que promuevan la integración familiar; que en colectivo y en masa se pueda atender una problemática como la de los residuos, que es un problema aquí en la ciudad. Creo que la AU es una herramienta importantísima para hacer pedagogía respecto al cuidado del agua y para promover la defensa del Páramo de Santurbán, que es el símbolo de la defensa de la vida,

el agua y los recursos naturales en Santander. Nos toca formarnos y aprender cómo se hace la gestión, para qué y cómo. Cómo ser propositivos para que las políticas públicas, ambientales y demás favorezcan la agricultura urbana, para que haya incentivos y programas que fomenten esta práctica. Y es clave que se logre materializar una red muy activa; yo sueño con esos encuentros y trueques con los productos de cada huerto, que incentive la labor en colectivo, la solidaridad palpable entre los pueblos a través del cuidado de la tierra, de forjar y de obtener un fruto; y que el fruto no sea en sí el tomate, sino la unión que se levanta entre las personas. Eso es lo que yo quisiera, que al haber muchos huertos haya más espacios para compartir, para conocer otros procesos, para trabajar en red. Y yo creo que finalmente se trata de incidir para que se puedan renovar todos estos cargos en donde hay mucha corrupción en el territorio. Podría uno dedicarse al huerto toda la vida, siendo ajeno a las problemáticas de mi territorio, que es ese enfoque extractivista y alejado del cuidado del planeta y demás.

Alexander Luna

Santander

Protección de ecosistemas

La motivación para hacer lo que estoy haciendo vino de David Guerrero, que es un compañero de lucha. Él ya estaba implementando estas actividades con niños en el norte de la ciudad de Bucaramanga y ahora está trabajando en toda el área metropolitana. En Santander tenemos una lucha férrea contra Minesa, la Sociedad Minera de Santander, para que se le niegue la licencia de explotación del Páramo de Santurbán. De ahí han surgido varios líderes que en otro momento no eran tan notables, pero debido a esta lucha que nos une a todos, ya empezamos a conocerlos. Y fue allí donde yo empecé a conocer a David, ya hace más de dos años; aunque la lucha por nuestro páramo lleva más tiempo, como doce años luchando los santandereanos para que ese páramo no se toque.

Nosotros empezamos a tomar conciencia cuando llegó alguien a explicarnos el problema que se nos viene si dejamos que nos dañen nuestro ecosistema. Aquí en Santander tenemos varias luchas, no solamente la del páramo, también estamos luchando por nuestros cerros orientales, por una reserva que se llama Chocóa, donde quieren hacer un botadero de basura. También estamos luchando contra el *fracking* que van a hacer en el Magdalena medio santandereano, la minería en San Vicente de Chucurí y la ruta del cacao. Mejor dicho, cosas que se oponen a la vida, porque quieren



Alexander Luna

Red Santandereana de

Huertos Comunitarios

Comité para la Defensa de

los Cerros Orientales

alexanderluna888@gmail.com

destruir todo. Entonces el grupo de nosotros está enfocado y direccionado a cuidar nuestros cerros orientales, que son los que tenemos acá cerca. Yo vivo en el área metropolitana, en Floridablanca, municipio de Santander.

Y entonces hay intereses particulares que quieren que se haga una vía por nuestros cerros orientales que se desprenden de la cordillera oriental. Nosotros vimos que están acabando con nuestro medio ambiente, vimos la tala indiscriminada que están haciendo y supimos que no se le informó a la gente sobre esta obra, sino que llegaron con la máquina a destruirlo todo. En Bogotá se firman documentos desde las oficinas de la ANLA (Autoridad Nacional de Licencias Ambientales) y somos los de las regiones los que tenemos que sufrir las consecuencias. A ellos no les interesa, simplemente firman documentos y a nosotros acá nos toca aguantarnos las consecuencias de todo lo que ellos hacen.

Por eso nos empezamos a interesar por nuestro ecosistema y quisimos luchar por nuestros cerros orientales. Y hemos hecho bastantes acciones en contra de esa obra: acciones jurídicas, populares, sociales y también acciones contundentes de frente, como marchas y plantones. Hemos hecho toda clase de actividades para informarle a la gente, para decirles que nosotros no vamos a dejar que se haga eso, que vamos a luchar hasta el final, si es necesario, con tal de que no se haga. Pero hay mucha gente apática que no tiene la conciencia ambiental necesaria como para interesarse, como para darse cuenta de la magnitud del daño que nos están haciendo. Entonces pensamos realizar actividades que llegaran a la comunidad. Aunque nosotros estamos metidos en la montaña, defendiéndola, la gente del casco urbano no se da cuenta, por eso empezamos a generar estas actividades para llegar a la comunidad y explicarle lo importante que es la Tierra primero, el origen de la vida, que es nuestra madre naturaleza; que es el árbol, el agua, lo que nos está dando la vida directamente; y lo quisimos explicar a través de la agricultura urbana. Ninguna entidad les informó a los campesinos que se iba a hacer una carretera por todas nuestras montañas, por donde nos van a pasar entre 23 y 27 puentes, y nos van a dañar 51 acuíferos; ya se ve el desplazamiento de la fauna.

Hemos visto *boas constrictor*; hace poquito mataron una de trece metros; imagínense el daño que hace la gente al verla, al ver esos animalitos y

no tener ninguna conciencia ambiental, pues lo que pasa es que les da miedo y los atacan. También han muerto zarigüeyas e iguanas. Han acabado bastante, pero aquí aún estamos haciendo resistencia y desde esas actividades de agricultura urbana hemos tratado de concientizar a las personas de que hay algo más importante que cualquier cosa metafísica, que es nuestra naturaleza, porque es lo que nos está dando la vida directamente. Más allá de que haya un dios, ojalá lo haya, ¿cierto? Pero si no lo hay, lo que yo sí estoy seguro es de que el agua y el árbol son los que me están dando la vida, sin ellos no hay vida.

Árboles y huertas

Ya han talado varios árboles. Con el compañero David Guerrero vimos unos caracolés; son árboles nativos de Santander que crecen como secuoyas, tienen un tronco inmenso, son una belleza. Vimos que en el barrio donde yo vivo, que se llama Bucarica Cesada, hay muchos caracolés que, al botar las semillas, estas retoñan, pero la gente al no conocerlos ni saber lo importantes que son, los mandaba a talar. Entonces con David Guerrero empezamos a decir que sería bueno hacer un semillero de caracolés, para después reforestar los que ya han talado en esa obra.

Con un grupo de amigos empezamos a pasar a bolsas los que ya germinaron y tenerlos después para reforestar. Como yo vivo en un jardín amplio, entonces vimos que se prestaba no solamente para hacer esos semilleros, sino que también se podía prestar para sembrar cosas y enseñarle a la comunidad sobre la autosostenibilidad. Ahí tenemos yerbas medicinales, pimentón, tomate, papayos, patata, ahuyama, maíz, uchucas, ají, cebollín y algunas plantas decorativas como rosas. Tenemos duraznos; los duraznos se dan sobre los 1650 metros y el área metropolitana de Bucaramanga está sobre los 950, pero los sembramos en un lugar donde cae sombra y les hemos hecho hasta sistemas de riego por goteo con botellas de plástico; han crecido hermosos, o sea que vamos a tener duraznos. ¡Es un milagro!

También tenemos una zona de compost donde le hemos enseñado a la comunidad a separar y tirar sus residuos orgánicos. Ya saben que ahí se deben ingresar para después volverlos material orgánico que nos sirve para la siembra y para fertilizar lo que ya se ha sembrado.

Ya estamos ejecutando tres huertos. Yo vivo en el sector 7 y el huerto se llama Libertad Sector 7. Está el huerto Senderos de Paz y hay otro que se llama Huerto Ciudad Valencia, que es en Ciudad Valencia. Tenemos otros en proyección, pero nos faltan herramientas y gente que nos colabore.

Nosotros empezamos de forma empírica. Ninguno era agrónomo, nadie sabía de tierra. Pero nuestros papás son campesinos, eso también nos motivó. Queremos recuperar las raíces de la tierra. Colombia es un país campesino. Yo creo que todos descendemos de un campesino o tenemos algún familiar del campo.

Cuando nos dimos cuenta de que teníamos un terreno muy amplio, empezamos a hablar con los vecinos; algunos de ellos tenían conocimiento sobre agricultura, por su profesión o porque venían del campo. Ahí se fueron alineando las cosas porque ya había más experiencia, había gente que sabía más y eso nos ayudó mucho. La comunidad se empezó a reunir cuando hicimos la primera actividad para recoger fondos. Hicimos un salpicón y ahí empezó a llegar la comunidad y le explicamos. Nos felicitaron y nos dijeron que teníamos todo su apoyo.

Lo político y lo ambiental están relacionados

Así como David nos trajo el mensaje a mí y a otros compañeros, nosotros podríamos hacer lo mismo. De hecho, nosotros hemos denominado esto como el evangelio del árbol, es decir que nosotros empezamos a dar la cátedra del árbol, que es nuestro mejor amigo, el verdadero Mesías. Le empezamos a decir a la gente que el árbol nos da vida, que un árbol es más importante que un ser humano porque es un ecosistema de vida. Nosotros solamente vinimos a acabar con todo, a consumir nada más, y no le damos cabida a ninguna especie en nuestro cuerpo, a menos que dejemos que nos salgan piojos. Nosotros no aportamos mucho a esa existencia y queremos que con esa enseñanza empecemos a hacerlo, no solamente venir a comer y respirar y ya, sino que también tenemos que dejarles un mundo a las futuras generaciones, a las que no han llegado todavía, para que puedan disfrutar de ese milagro que es la vida, porque todavía es un milagro total.

Luego se empezó a unir gente con la que trabajamos en el Comité de la Defensa de los Cerros Orientales. Como nosotros también limpiamos las

fuentes hídricas los fines de semana, cuando llega gente nueva les decimos lo del huerto y ellos suben acá; al verlo se emocionan porque eso es muy raro verlo en un barrio, es como ver una finca en el barrio. Esto es único, nunca lo he visto y a través de ellos han llegado bastantes compañeros.

Yo tengo 27 años y soy de los mayores. El menor tiene quince años, es un muchacho que aprendió con nosotros sobre este tema y además le implantamos la semilla de la opinión, del cuestionamiento; él se pregunta por qué las cosas están mal, entonces uno lo va guiando sin meter doctrina, porque la idea no es esa, sino que ellos mismos vayan descubriendo por qué están las cosas mal, por qué en Colombia, siendo un país tan rico, todos los colombianos somos pobres. Nosotros les decimos: “imagínese donde se acabe la comida y no tengamos qué comer”, “imagínese donde usted vaya al supermercado y ya no haya ni una papa, parce, ¿qué va a hacer usted?” Pues toca aprovechar lo que más se pueda para sembrar, para empezar a hacer comunidades autosostenibles y que se apoyen los unos a los otros, y que este barrio cultive yuca y el otro papa y empiecen a intercambiar. Ahora suena como difícil, pero se puede, inclusive ya lo hemos hecho. Entonces ese es el ejemplo que hemos estado enseñando, inculcando eso a los jóvenes, a los más jóvenes que nos ayudan a participar.

Para nadie es un secreto que la situación del país no es buena y las redes sociales se lo han mostrado a la gente de frente; nosotros solo lo recalcamos. En las publicaciones que hacemos en nuestras redes sociales, en las *fan pages* de la Red Santandereana de Huertos Comunitarios y del Comité para la Defensa de los Cerros Orientales, relacionamos lo político con la lucha por nuestro medio ambiente. Nosotros decimos que el problema del medio ambiente no es ocasionado por la gente, sino por un sistema político déspota que no tiene en cuenta a las comunidades. Por eso le queremos enseñar a todo el mundo a que reforeste, a que siembre, a que haga huertos; pero si llega el tirano y pone una ley adversa, nos acabó todo. Aquí en Santander todo el mundo quiere a Minesa fuera del páramo, nadie quiere megaminería allí. De nada nos vale tener una conciencia ciudadana si no sabemos cuál es el origen del problema. Yo siempre les he dicho a los muchachos con los que hablo que la política es la que les da sentido social a

todas las decisiones que se toman dentro de un Estado; es decir, que todo, absolutamente todo, pasa por la política, inclusive los problemas ambientales. Todo pasa por la política.

También tenemos un grupo en WhatsApp y una cuenta de Instagram. En la página de la Red Santandereana de Huerteros publicamos asuntos ambientales y en la del Comité manejamos especialmente el tema político; por ejemplo, ponemos una noticia y orientamos la discusión, no hacia ningún partido político, sino hacia el problema. Nosotros tenemos las publicaciones políticas en una página y las ambientales en otra, porque si la gente busca en internet sobre siembra, quiere encontrar eso y no publicaciones políticas. Entonces no hemos querido infectar lo uno con lo otro para que la gente cuando entre a buscar tenga un tema preciso y se sepa orientar más.

Es muy difícil decir que el problema de la montaña es que un consorcio vino y quiso hacer una carretera. No, la gente tiene que saber por qué, qué intereses particulares hay ahí y por qué se quiere hacer esa carretera; es decir, que ahí hay intereses que mueven los hilos para ese trazado de la vía llamada Conectante C1-C2. Pero la gente piensa que como estamos en Colombia esto no va a cambiar nunca, que el sistema político está tan anclado en el poder que es imposible moverlo. Y aparte de eso, ven la política como algo exterior, como algo a lo que es muy difícil llegar, a lo que solamente pueden llegar los familiares de los mismos y que nadie más puede meterse ahí o que tienen que llegar con mucha plata o que tiene que haber alguien patrocinando las campañas para que pueda llegar; o sea, lo ven como algo imposible, algo que nunca van a poder alcanzar.

Ese es el problema que tenemos en Colombia. Yo me subía a los buses y les decía: “ojalá todo mundo se lanzara al Concejo”. Ahorita hay muchos memes diciendo que todo el mundo se está lanzando al Concejo, pero ojalá, ojalá todo el mundo lo hiciera, porque miren, acá en Floridablanca siempre mandan los mismos de siempre, siempre quedan los mismos de siempre y siempre nos roban los mismos de siempre. La idea es que llegue gente nueva con pensamientos nuevos, que no llegue a atacar a la población robándole, quitándole sus recursos, sino más bien siendo empáticos y promoviendo un verdadero cambio.

También hemos llegado a las montañas apoyando el trabajo de nuestro campesinado, labrando surcos, ayudando a sembrar. Porque los campesinos no tienen dinero con qué pagar a un jornalero. Solo pedimos que nos den el guarapo y el almuerzo, porque la situación está tremenda para ellos también.

Ecologías de saberes en la huerta

Sebastián produce pesticidas naturales, y nos da productos para alejar las especies que le pueden hacer daño a la siembra; y con él nos articulamos por ese lado. Laura, que es de Naturalistas UIS, nos ha traído plántulas, cactus y papayos. Nosotros también hacemos acá unos productos artesanales a base de bambú, bien bacanos, y también Laura nos ayuda para financiarnos, y algunos amigos nos ayudan a difundir a través de sus páginas. De una página que se llama Santander Ambiental me llamaron para hacer una entrevista. Vino un muchacho y con él empezamos a articular trabajo; por ejemplo, vamos a hacer una lombricera con la instrucción de él.

Hay gente que viene del campo, se acerca a la huerta y habla con uno y le transmite todo su conocimiento. Hay un compañero del campo que nos colabora mucho, tiene hombros de hierro, nada le pesa. Mi admiración total para la gente del campo, que nos ha enseñado a sembrar y a trabajar. Hay un señor que es de Onzaga, Santander, y ya empezamos a relacionarnos con este tema de los pueblitos, que allá nació tal, que esta lidereza nació allá... y eso es muy llenador porque uno va conociendo sobre la región y empieza a valorarla más. De hecho, ya tengo ganas de ir a Onzaga y conocer; dicen que hay un pozo que, mejor dicho, que es oculto y que toca buscarlo, y ya me emocioné, voy a ir a buscarlo; la leyenda es que meten un trapo y sale oro. Relacionarnos con los campesinos ha sido muy bonito, porque nos han llenado de experiencias y de historias.

La primera actividad que hicimos fue un compartir una olla comunitaria, un sancocho, y conversamos con la gente. También hemos traído chicos, especialmente de la comunidad de Bucarica; a un grupo juvenil de aquí del barrio lo trajimos para hacer una jornada de siembra; ellos trasplantaron algunos caracólfes, sembraron inclusive algunas semillas de aguacate en bolsas para ponerlas a germinar y les enseñamos el valor de nuestra madre Tierra.

Hemos hablado con chicos del barrio que también se interesan por este tema; es que el problema en Colombia es que hay mucho tiempo libre, los jóvenes tienen demasiado tiempo libre que desperdician; y esto en parte es terapia ocupacional, porque además de estar enseñándole a la persona algo importantísimo, también la ocupa; no digo que no tienen que pensar, sino que no se queden toda la noche mirando hacia el techo a ver qué hace, cómo busca, cómo consigue.

Activismos ambientales

Una vez me invitaron de la Junta de Acción Comunal a un comité de seguridad; todos eran mayores de cincuenta años, yo era el único joven. Decían que para arreglar la seguridad del barrio se necesitaba policía y ejército las veinticuatro horas, y yo les dije que eso no arreglaba nada. Mejor vamos, hablamos con los chicos y los empezamos a ocupar en diferentes actividades. Podemos conocerlos, dejar de estigmatizarlos porque se fuman un porro, y más bien decirles: “bueno, amigo, respeto su espacio, pero entonces empezemos a tener sentido de pertenencia y a respetar el de los demás”. De hecho, tenemos programado hacer zonas de tolerancia, inclusive acá en el huerto tenemos una zona de tolerancia que solo utilizamos nosotros, por ahora. Porque no se puede llenar el jardín de mucha gente, pero sí la utilizamos más que todo los del grupo. Hemos hecho otras actividades en el parque principal, como conciertos, velatones y un concurso de poesía ambiental. También hemos hecho plantones, pero esos tienen que ver más con protesta social.

Las semillas solemos comprarlas o traerlas de los semilleros de la UIS. David Guerrero también nos ha ayudado con eso. Pero como ya tenemos cuatro huertas, contando la del norte, hemos podido recolectar semillas de las siembras y luego sembrarlas en otras huertas. Hemos hecho esto con semillas de pimentón y de uchuva. Yemerson, el de la montaña, nos trajo las semillas de maíz.

La huerta de Ciudad Valencia sí la empezamos como era, porque allá reunimos a la gente y uno de los compañeros les explicó que la agricultura es circular, o sea que se siembra para después cosechar, y que la cosecha le

va a dar para fabricar pesticidas y abono para la misma huerta. Él nos explicó que todo sirve, nada se desperdicia. Es un tema muy bonito e incluso pusimos el ejemplo del reciclaje, o sea que acá todo sirve. Con las botellas de plástico nosotros estamos haciendo ladrillos y con ellos vamos a hacer bancales en Valencia. Todo se puede reutilizar.

En donde yo vivo es muy difícil conseguir apoyo, porque este es el municipio más corrupto de Colombia y todo es para las arcas de los intereses particulares. Nuestras políticas públicas no tienen nada relacionado con la agricultura urbana. Lo que yo le digo a la gente es que no espere nada de la administración; les toca motivarse solos y empezar.

Cuando hicimos la reunión para hacer la separación de basuras, yo les dije: “miren, tenemos un barrio feo, peligroso y encima sucio; ¿qué es lo que estamos esperando de la vida?, ¿que venga el alcalde y que vengan los funcionarios a ponerse a barrer? No vamos a hacer nada si los esperamos; nos toca a nosotros”. El barrio no es feo, pero se los dije para que les llegara al alma y obviamente les dije que esto no quiere decir que le vamos a quitar participación a la administración en lo que por obligación tiene que hacer, no, sino que les vamos a demostrar dándoles ejemplo y mostrándoles el trabajo. Como esa comunidad no tuvo apoyo de la administración, es un sector que está perdiendo. En las elecciones pasadas aquí había algo que decía: “reciba la plata, reciba el tamal, reciba la teja, pero vote a conciencia porque en el cubículo usted va a estar solito, allá nadie va a saber por quién votó usted; cuando salga dígame al político: ‘sí, yo voté por usted’. Pero no, engáñelos como ellos los engañan a ustedes”. Uno no se debe ir contra el sistema porque siempre va a perder, al sistema hay que empezar a manipularlo.

En el futuro queremos seguir extendiendo esta actividad a los diferentes barrios y a todo Santander. Queremos llegar a San Vicente de Chucurí y a Barranca a apoyar a la gente en su lucha contra el *fracking*, porque quien termina sufriendo las consecuencias es el pueblo; ellos no, ellos terminan su periodo y se van a vivir a Miami.

Nosotros tenemos cierta articulación con gente de Bogotá. Con ellos nos conocimos en una protesta por nuestro páramo, pero como empezó la pandemia, Claudia López, la alcaldesa de Bogotá, no dejaba reunir a más

de cincuenta personas; íbamos más de 5000 personas, pero nos frenaron. No íbamos a salir de Bogotá hasta que no nos dijeran que se cancelaba la licencia. La policía estaba en los límites de Bogotá para detener los buses, pero David Guerrero se fue en bicicleta y como vio que no llegaba nadie, se subió a un árbol frente a las instalaciones de la ANLA, luego llegamos otros chicos porque vimos a David en una transmisión en vivo que hizo desde allá; el comité nos respaldó con los pasajes. Aquí también hemos realizado esas acciones, nos hemos subido a los árboles para no dejarlos talar o para protestar por algún tema ambiental.

Cuando llegamos a Bogotá hicimos un campamento alrededor del árbol. Un abogado representante de nosotros nos dijo que hiciéramos el campamento y dejáramos que David fuera el referente y que nosotros tendríamos la tarea de informar a la gente por qué estábamos haciendo eso. La gente de Bogotá fue muy empática, porque ellos también tienen problemas ambientales con los humedales y con sus cerros orientales. Nosotros empezamos a dar el mensaje a varios colectivos ambientalistas; entre ellos había unos chicos de Suba, que también hacen agricultura urbana y nos apoyaron muchísimo. Allá peleamos con la policía, con piedra y patadas; iban a tirar gases para bajar a David y nosotros no los dejamos. Pudimos aguantar y lograr nuestro objetivo, que era que la ANLA retirara las audiencias virtuales, porque pensaban hacer la socialización del proyecto por internet y nosotros queríamos detener eso porque mucha gente del campo no tiene acceso a internet o tiene muy mala señal, y querían pasarles el proyecto así. Si se hubieran hecho las audiencias ambientales virtualmente, ya estarían haciendo megaminería en el páramo, ya la estuvieran haciendo porque el Gobierno no habría visto resistencia en contra del proyecto.

Esa es la mejor experiencia que he tenido en mi vida. Íbamos a defender el agua de todos. Nuestra consigna era que si se salva Santurbán, se salvan todos. Si llegan a explotar el Páramo de Santurbán, fácilmente van a explotar el de Sumapaz y los que hay en Antioquia, o sea todos.

Ángel Gustavo Rivera

Villavicencio

Soy ingeniero industrial y desde hace más o menos diecisiete años fundé con mi esposa la empresa familiar Orgánicos de Oriente Limitada. Tenemos una actividad orientada hacia la producción orgánica y la gestión de residuos domésticos e industriales. Hemos trabajado con empresas que generan bastantes residuos y la idea es que los puedan reincorporar a sus procesos productivos. Trabajamos desde hace trece años con la empresa de recolección de residuos sólidos de Villavicencio para aprovechar la materia orgánica en compostaje. Hacemos también divulgación de temas ambientales y de protección de derechos humanos con la Corporación Orinoquía Tierra Mágica. Hemos desarrollado experiencia a partir del hacer. No solo somos divulgadores, sino que nos preocupamos por pasar a la acción, y creo que eso es lo más valioso que podemos rescatar de nuestra actividad.

Comenzamos intentando ser campesinos

La idea nació a partir de un ejercicio casi obligado. Yo venía del sector de las telecomunicaciones, tenía un puesto estable que perdí porque la empresa en la que trabajaba se terminó. En ese momento empezamos mi esposa y yo a cuestionarnos nuestra relación con el ambientalismo, que era más bien pasiva, de protesta sin acción. Así que decidimos hacer un año sabático en una finca de su propiedad, y allí aprendimos a ser

■
Ángel Gustavo
Rivera

Gerente de Orgánicos de
Oriente Limitada,
Corporación Orinoquia
Tierra Mágica,
Red de Consumo
Consciente y Responsable.
angelgustavorivera@gmail.com

campesinos. La idea era darle a la gente la oportunidad de consumir sano. Cultivamos tomate, tuvimos pollos de campo, vivimos la experiencia de ser campesinos. Fue duro, porque no es fácil dejar la comodidad de la ciudad y estar en una finca donde hay que acostarse con las gallinas, además de cumplir todos los requerimientos para producir alimentos orgánicos. Nos dimos a esa tarea para demostrarnos a nosotros mismos y a los vecinos que sí se podía. Encontramos aliados estratégicos muy bonitos, campesinos a quienes ayudamos a ver que se podía producir de manera limpia. Hemos podido vivir de esto en algunos momentos, hemos tenido también dificultades financieras fuertes, pero la motivación sigue ahí, aún más viendo que en la actualidad casi todo el mundo quiere comer orgánico.

Gestión de residuos

Llevo más o menos doce años separando los residuos en la fuente, y con mi familia hemos tenido técnicas diferentes de compostaje. Mi esposa es docente, trabaja con niños de preescolar y desde esa edad les enseñamos a producir abono orgánico. El tema tiene muy buena acogida, las familias se cuestionan y lo aceptan; me he encontrado con muy gratas sorpresas.

Algo que también me motivó mucho para orientarme hacia el ambientalismo es el tema de la protección del agua. El río Ocoa está siendo contaminado por las aguas residuales que producen los desechos orgánicos de la ciudad; aquí desde el más rico hasta el más pobre contamina el río. En Villavicencio la empresa que recoge los residuos recibe 650 toneladas de desechos al día y de eso el 65% es materia orgánica; son millones de litros de lixiviados al año que caen al río Guatiquia. Cuando nos quedamos con la materia orgánica desde el origen y la procesamos en la fuente, le evitamos esa muerte paulatina al río. Todas las administraciones municipales se han dedicado a crear un sistema de conducción de aguas residuales, pero no hay planta de tratamiento de agua residual. El río Ocoa nace en Villavicencio y muere en Villavicencio, y decimos muere literalmente.

El encuentro con las pacas digestoras

Una de las dificultades fuertes que hemos tenido es el aprovechamiento de la materia orgánica *in situ*, sobre todo para que las personas puedan empoderarse del manejo de sus propios residuos y no sea tan costoso. Conocí las pacas digestoras Silva en agosto de 2019, en una conferencia de Nathaly Jiménez de la Universidad del Rosario en la Universidad Santo Tomás (Villavicencio). Me llamó poderosamente la atención esa técnica, porque planteaba una posible solución al problema. El mecanismo convencional de compostaje de volteo es bastante oneroso, tiene que hacerse una inyección de capital y lograr convencer a los agricultores, pues se necesita mucha paciencia; ellos se han dado cuenta de que restituir la materia orgánica al suelo, por ejemplo los desechos de la pulpa o del raquis de la palma africana, les permite disminuir los costos de fertilización, que son bastante altos anualmente. La paca resultó ser una manera maravillosa de aprovechar los residuos orgánicos.

En septiembre de 2019 construimos y sembramos la primera paca, y en diciembre la incorporé a mi trabajo. Se fue volviendo como una bola de nieve. En la siembra de la primera paca nació el grupo virtual Composta por tu Ciudad, pero no lo quisimos encadenar solo a la paca, sino que también se tuviera acceso a otras técnicas. La idea es que la materia orgánica no siga llegando al relleno sanitario.

La empresa que recoge los residuos en la ciudad también está sembrando pacas. Desde hace años ellos vienen haciendo un proceso de compostaje y han ido evolucionando fuertemente; ya tienen varias naves. Procesan aproximadamente 300 toneladas de materia orgánica por nave y se quedan cortos, porque aquí hay una necesidad apremiante de materia orgánica para nutrir los suelos de la altillanura; y paradójicamente, nosotros botamos esa materia orgánica. La zona de Puerto Gaitán, la altillanura, anteriormente era un peladero, una sabana estéril; ahora hay cantidades de cultivos de árboles, de caña, de arroz, pero producidos con el método convencional, a partir de la incorporación de muchos agroquímicos. Sin embargo, los productores se han dado cuenta de que incorporando materia orgánica en el inicio de sus cultivos, mejoran tanto la producción como el suelo. Tenemos

la oportunidad de oro de coger todo lo que es mal llamado basura y convertirlo en dinero, que es lo que más despierta la conciencia de la gente.

Algunas familias también han empezado a entender que pueden producir sus propios alimentos en los solares y en las áreas verdes. Ahora tenemos la posibilidad de entrelazarnos con varias instituciones y eso es lo que de alguna manera he logrado hacer mediante el ejemplo, ya no desde el escritorio; de hecho, aquí tengo un molde. Mis hijas tienen un proyecto paquero con los amigos de la universidad para mirar cómo pueden integrar el aprendizaje y la enseñanza práctica de las matemáticas con las pacas. Esto es algo maravillosamente amplio.

Sobre todo he trabajado con colectivos que no tienen mucho que ver con las instituciones o con empresas privadas, y con personas que tienen la necesidad de hacer algo por el planeta. Afortunadamente, el ejercicio ha sido copiado por algunas instituciones del Estado, y bienvenido sea, porque siempre nos hemos quejado de que no nos escuchan.

El trabajo con las pacas nos motiva porque se ven resultados a nivel comunitario en varios estratos sociales. Es bonito ver cómo las comunidades se integran en torno a lo mismo: pura basura en el buen sentido de la palabra. Porque no vamos tampoco a estigmatizarla.

En mi trabajo está por un lado la parte privada, que genera dinero; pero también asistimos a donde nos llamen para colaborar. Por ejemplo, nos llaman de diferentes barrios, de comunidades organizadas. Si nos dicen: “queremos aprender a hacer pacas”, allá vamos. Yo he procurado sembrar la semilla de la paca en la comunidad, acompañarlos durante unas semanas y luego, cuando ya hay alguien empoderado o un líder que se encargue, lo suelto, porque no puedo estar en todas partes. He sido el eje articulador y eso me llena de mucho orgullo, porque es mi granito de arena a esos proyectos. Y si hay que corregir, corregimos; y si hay que aprender, aprendemos.

Ya han salido proyectos de los que no me entero. Por ejemplo, en la escuela de Carabineros iniciaron el proceso conmigo, y ya han desarrollado otros proyectos. Me alegra que haya otras comunidades interviniendo en el tema. Trato de visitarlos para ver cómo lo están haciendo, porque las pacas son de mucho cuidado; existen también las malas prácticas, a veces se to-

man muy a la ligera y pueden producir olores ofensivos o moscas. Cuando la paca digestora se logra hacer bien, la gente se encariña porque empiezan a integrarla con las huertas urbanas y a ver que tiene la posibilidad de producir alimento sembrando sobre ellas. A veces, incluso las personas se dan cuenta de esto de manera accidental: creció una mata de tomate y empiezan a cultivar tomates y ya después lo hacen de manera intencional.

El trabajo con las instituciones

En ocasiones la integración de la comunidad es complicada porque hay disparidades o desencuentros. Por ejemplo, cuando llegamos a establecer la primera paca en el barrio Madrid, una parte de los asistentes no sabía qué era; no hicimos una socialización previa y ese fue un error del que aprendimos, pero también pudimos constatar que logramos mostrarles que la paca genera buenas alternativas para manejar los residuos orgánicos. A la semana siguiente estaban ahí tanto los detractores como los promotores, todos juntos haciendo pacas; uno llevaba la limonada, otro llevaba el pan y así se integraron. Vimos el tejido social que se va generando a partir de la paca.

En este momento histórico tenemos una oportunidad de oro. Como decían en alguna película de esas catastrofistas, hemos tocado fondo y vamos hacia el fin del mundo. Ya todos queremos hacer algo para reencontrarnos con la naturaleza y posiblemente por eso se están desarrollando estas dinámicas sin distinción, en todos los estratos sociales. Alguna vez tuvimos que abandonar un proyecto en una comunidad porque hubo enfrentamiento de bala, y no pudimos volver. Siento que estamos todos interesados en cambiar las cosas. Yo lo hago desde la paca digestora Silva, ese es mi quehacer, pero están también los demás, los que saben sembrar. En las comunidades hay mucha gente que viene desplazada del campo; ellos retoman sus saberes y empiezan a decir cómo cultivaban y a enseñarles a los vecinos. Uno casi no necesita llegar a enseñar nada, solo tiene que dar el empujón inicial y ya.

Con las instituciones también nos hemos relacionado; nos hemos acercado a la Secretaría de Medio Ambiente del departamento y del municipio, hemos tenido la posibilidad de integrarnos a la Escuela de Carabineros y a la Central de Abastos de Villavicencio. Gracias a que hay directivos que se

interesan, se ha logrado empezar una dinámica paquera, también con vistas a producir plantas en las pacas. Ha habido un cambio generacional entre los gobernantes; hay algunos que no esperan a que los busquemos; ellos mismos se han acercado, y eso ha hecho que la articulación funcione. En enero (2020) hubo un evento ambientalista y allá llegaron dos funcionarios de Medio Ambiente, el departamental y municipal; estaban entre el público, no los identificamos porque normalmente se ven doctores con corbata y ellos eran dos muchachos, muy proactivos. Hay que reconocerlo, se les felicita porque han hecho que la gente se sienta animada desde el ejemplo.

Hay una institución muy bonita aquí, fuerte, que está trabajando con nosotros y con la que tengo un vínculo cercano, la Corporación Universitaria Minuto de Dios; ellos poseen una granja donde tenemos un cultivo de cítricos en el que hemos intercalado pacas, para ver cómo se comporta el cultivo en las épocas de sequía. También trabajamos con la Asociación de Fincas Turísticas (Afitur), que participó de un proyecto que tuvimos con la Corporación Ambiental Cormacarena. Además de atender público de turismo, también se volvieron agricultores; les mostramos las pacas y ya las incorporaron a la siembra. También me he dedicado a llevar las pacas a los industriales, porque de hecho ellos son unos de los grandes generadores de residuos y no saben qué hacer con ellos.

Yo cuestiono a los funcionarios de Cormacarena, que son los que se supone que deben dar el ejemplo. Nos exigen que hagamos las cosas de una cierta manera, pero ellos mismos no separan los residuos en la fuente. Realmente han tenido la nobleza de reconocer que no hacen nada y se cuestionan. Entonces los invito a establecer, en las instituciones, normas y medidas concretas que impulsen la acción.

La paca digestora descompone residuos orgánicos y compone sociedades

Desde una iniciativa civil, he querido enfocarme en que sea la comunidad la que les demuestre a los dirigentes y a los gobernantes que sí se puede hacer algo, inclusive con bajo presupuesto. Ya hemos logrado, por ejemplo, que la Gobernación se interese en este tema y nos ayude a conseguir unas canecas para empezar a hacer separación en la fuente.

En Villavicencio, desde el año 2013 se creó el acuerdo municipal que obliga a la separación en la fuente y al aprovechamiento de la materia orgánica. Eso, como suele suceder en nuestro querido país, se quedó en letra muerta. Les comenté a los señores de la alcaldía municipal que existía el acuerdo y no sabían de él.

Creo que como colectivo nos hace falta visibilizarnos un poco más. Hemos estado atentos a lo que sucede con la red paquera en Bogotá, que va más allá de la integración de la parte social y llega hasta el tema científico. A través del proyecto, hemos logrado algo significativo en el barrio Madrid, una de las comunidades más grandes de Villavicencio, donde se está implementando algo parecido a lo que sucede en Bogotá. Allí planearon el proyecto “Madrid sin basuras”, pues debido a la configuración del condominio, el carro recolector no puede pasar casa por casa, lo que resulta en montones de basura en la avenida principal. Esto genera un conflicto terrible, porque es una acumulación de basura que nadie quiere ver, y además se generan malos olores y dispersión de residuos por los perros. Estamos trabajando para obtener el apoyo de la Gobernación y combinar la paca con la huerta urbana, para demostrar su importancia y que sirva como ejemplo para las demás comunidades. En algunas veredas, por ejemplo en la Vanguardia, que es de estrato seis, tienen muy buenas áreas verdes y han empezado a producir alimentos a partir de la asociación de la paca digestora con la huerta urbana. Eso ha sido un ejemplo muy bonito.

Poco a poco hemos ido aprovechando distintos espacios para divulgar el conocimiento de la paca. El próximo sábado iremos a Acacias, donde van a inaugurar la plaza de mercado, y la idea es montar allí una paca digestora para enseñarles a los productores locales cómo pueden aprovechar sus residuos orgánicos y de qué manera los habitantes de la ciudad pueden empezar a transformarlos y aprovecharlos para la producción de alimentos. No estamos tan organizados como colectivo de paqueros, pero creo que nos hemos identificado por zonas. Nos hace falta seguirle un poquito más el ejemplo a Bogotá.

Ya perdí la cuenta de cuántas pacas hemos hecho, pero creería que me quedo corto si digo que en este año hemos sembrado trescientas pacas, porque se han sembrado también en varias fincas. Un amigo por ejemplo

me decía: “yo tengo pacas por todos lados”, porque tiene mucho material: la boñiga de las vacas, la gallinaza, el material de poda, la hojarasca que antes quemaba. Hemos logrado que estas personas dejen de hacer quemas y que recojan ese material y lo descompongan mediante una técnica tan sencilla como la paca. Este ejercicio ya ha migrado a otros municipios. Solo en el proyecto de Cormacarena tuvimos más o menos en cuatro meses veintisiete pacas, sin contar que las familias integradas en el proyecto han hecho otras más.

Con las pacas no solo se hace gestión de residuos orgánicos, hay muchos otros motivos que nos llaman a adoptar este sistema, porque tiene infinidad de consecuencias benéficas. La paca genera tejido social; hay una frase muy bonita que cita Guillermo Silva: “la paca digestora descompone residuos orgánicos y compone sociedades”, y soy testigo de eso. Además, se aprende a ver la fauna desde el nivel microscópico, los animalitos que empiezan a interactuar ahí, las aves, la dinámica biológica de la naturaleza, cómo los niños se van integrando al saber. Cómo un elemento orgánico se transforma en tierra y de allí emergen plantas que nos van a dar alimento. Es la posibilidad de que los niños vean crecer un entorno ecológico en un ambiente urbano, que empiecen a identificar algunas plantas y a tener conocimientos de biología. Además de la parte lúdica, está la ornamental: pusimos las pacas en una avenida principal en la central de abastos y la gente no podía creer que eso estuviera tan hermoso gracias a los residuos orgánicos y que no oliera mal. Cuando empezamos con la Escuela de Carabineros, el coronel director dijo: “sí, hagan las pacas, pero allá lejos, allá en la huerta, bien lejitos”, después de un tiempo, cuando vio la paca produciendo flores, ordenó ponerlas todas al frente de la oficina del comando, porque le fascinó ver todo eso; ahora está orgulloso de abrir la ventana y decirles a sus visitantes: “Mira, allá tengo las pacas. Eso es basura”. Les expuse la idea de las pacas también por la posibilidad de mejorar la imagen de las fuerzas armadas; les dije que tenían la posibilidad de enseñarles a sus estudiantes que a través de las pacas digestoras se puede generar tejido social e integración con las comunidades; ellos pudieron detectar que así es y ahora ya han adelantado otros proyectos con pacas.

Con la paca se activan dinámicas económicas como el trueque, y así las comunidades tienen la posibilidad de contar con buenos recursos sin cobrar absolutamente nada. Eso ha sido muy bonito. Se trata de reconocer nuestros ancestros y nuestra cultura.

Finalmente, cada vez que se hace una paca se está evitando que lleguen a los ríos todos los lixiviados que se producen por la presencia de residuos orgánicos en el relleno sanitario; líquidos que cuando se mezclan con todo el resto de basura son supremamente tóxicos.

Para el futuro la idea es poder irradiar todo esto a más municipios de la región. Es difícil encontrar los líderes, que es lo esencial, pero por ejemplo ya hay en el municipio de Uribe un líder que está empezando a hacer las pacas. Creo en la posibilidad de que esto vaya creciendo, porque la paca realmente genera todas las condiciones que pueden evitar las disculpas de los gobernantes.

La meta es lograr que esto se masifique, que podamos contar con el apoyo de los industriales. Soy partidario de que los empresarios que están dedicados al tema del reciclaje identifiquen en la materia orgánica una fuente de economía fuerte, además del plástico. Hay una muy buena demanda acá, nosotros tenemos muchos agricultores que están necesitando esa materia orgánica, les hace falta quién los oriente adecuadamente.

Afortunadamente, el relleno sanitario ha avanzado mucho en ese sentido. Hoy se puede ir, comerse incluso una ternera a la llanera al lado de una de las celdas del relleno y no tener que espantar una sola mosca ni percibir malos olores. Tenemos la fortuna de un relleno sanitario de esas calidades, cero malos olores y cero moscas; para lograr esto, fue necesaria nuestra labor comercial de involucrar el control biológico en el sistema de disposición final de los residuos. Es increíble, cuando lo habitual en un basurero es que haya moscas. Eso también lo estamos aprovechando a través de la industria, y hemos visto que hay receptividad.

La proyección a futuro es grande, en eso soy muy optimista. Vamos a tener dificultades, seguramente, como todo, así como las hemos tenido por diecisiete años y aquí seguimos. Ya hay gente que tiene pacas en los antejardines de las casas. Creo que ustedes también lo han visto en muchos sectores que ni se imaginarían. Eso es maravilloso. Cambiar el concepto de basura y lograr acciones que lo demuestran. Es muy gratificante.

**Impreso en los talleres de Publicaciones VID
Itagüí - Antioquia, septiembre de 2023**

Tipografía: EB Garamond, TT Norms Pro y Josefin Sans
Papel: Propalcote 300 g y Bulky Beige 60 g



**UNIVERSIDAD
DE ANTIOQUIA**

Facultad de Comunicaciones y Filología

Tanto la capacidad de la agricultura urbana para integrar el consumo y la producción de comida, el reforzamiento del tejido social, la conciencia medioambiental, la conciencia de la relación estrecha entre el campo y la ciudad como el compromiso cívico convierten el trabajo de los agricultores urbanos en un proceso comunicacional donde convergen acciones de articulación social, aprendizaje colectivo y apropiación o reapropiación de espacios urbanos.

